

REVISTA CONTEMPORANEA

SUMARIO

- I. DOS ROMANOS, por *D. Víctor Suárez Capalleja*.
- II. MIS MEMORIAS (continuación), por *D. Joaquín María Sanromá*.
- III. CARTAS DE PARÍS, por *D. Leopoldo García-Ramón*.
- IV. ESTUDIOS ACERCA DE LA ÉDAD MEDIA (continuación), por *D. Adolfo de Sandoval*.
- V. REVISTA CRÍTICA, por *D. R. Alvarez Sereix*.
- VI. REVISTA DE TEATROS, por *Ramiro*.
- VII. EL MOSÉN (novela, continuación), por *D. Antonio Vascáno*.
- VIII. CRÓNICA POLÍTICA, por *A.*
- IX. REVISTA EXTRANJERA, por *S.*
- X. BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO: *Mis memorias íntimas*, por *D. Ch.*—*La Physiologie de l'Amour*, por *A.*—*El Figaro illustré*, por *L. G. R.*—*Le Theatre espagnol contemporaine*, por *C. S.*
- XI. ANUNCIOS.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE PIZARRO, NÚM. 17, PRINCIPAL, MADRID.

OFICINAS

PARIS, R. SERRANO, 42, RUE LAFONTAINE

MÉJICO

J. F. Parres y Comp.^a

VENEZUELA

E. Fombona

BUENOS-AIRES

Manuel Reñe

BRASIL

Bellarmino Carneiro

Pernambuco

CUBA

D. Miguel Alorda

O'Reilly, 96

Habana.

(DERECHOS RESERVADOS)

REVISTA CONTEMPORANEA

Sale dos veces al mes en cuadernos de 112 páginas en 4.º, y forma cada tres meses un abultado volumen de cerca de 700 páginas.

MADRID	PRECIOS DE SUSCRICION		EXTRANJERO Y ULTRAMAR
	Pts. Cs.	PROVINCIAS	
Tres meses.....	7,50	Tres meses.....	8
Seis meses.....	15,00	Seis meses.....	15
Un año.....	30,00	Un año.....	30
			Seis meses..... 20
			Un año..... 38

Número suelto, **2 pesetas** en toda España.

CENTROS DE SUSCRICIÓN:

MADRID: LIBRERÍAS DE GUTTENBERG, PRÍNCIPE, 14, Y FE, CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

IMPORTANTE

Los aspirantes á plazas de taquígrafos de las Cortes, los estudiantes, los secretarios de juzgados, tribunales, Diputaciones provinciales, Ayuntamientos y toda clase de corporaciones en donde se discuta algo ó se pronuncien discursos, así como todos los que tienen que redactar mucho, ora para sí, ora para la imprenta, deben adquirir *La taquígrafía verdadera*.

Esta obra, de la cual ya *no quedan más que seis ejemplares*, y tan completa que sólo con ella, sin necesidad de profesor, puede aprenderse á escribir *ciento cincuenta palabras por minuto*, ó *siete pliegos en cada hora*, se vende por 15 pesetas en Madrid, 16 en provincias, 17 en Ultramar y en el extranjero; y con la importante rebaja del 25 por 100 únicamente á los que acrediten que son librereros con la firma y sello de sus respectivos establecimientos.

Diríjense los pedidos, acompañados de libranza ó letras de fácil cobro (nunca con sellos), al autor, D. Luis Cortés y Suaña, jefe de los taquígrafos del Senado, en donde cuenta, *por oposición*, treinta y dos años de servicios, y de cuya Academia (sita en Madrid, calle de la Flor baja, 9, principal) han salido discípulos que hoy son excelentes taquígrafos de las Cortes.

SUPERIORES CAFÉS

DE

MATÍAS LÓPEZ Y LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

AROMA CONCENTRADO

EN

ELEGANTES BOTES DE 100 Y 200 GRAMOS

Café molido superior, á.....	2 pesetas los 400 gramos
Puerto Rico y Caracolillo.....	2,50
Puerto Rico y Moka.....	3
Moka puro.....	4

Tés de 8 á 20 pesetas libra en botes de 2 y 4 onzas.

Tapioca del Brasil en botes de 200 gramos.

NOTA. Los botes de CAFÉ y TAPIOCA de 200 gramos contienen una sorpresa cada uno. De venta en todas las tiendas de ultramarinos de Madrid y Provincias.

DEPÓSITO CENTRAL, PUERTA DEL SOL, 13

ARTE Y LETRAS

SUSCRICIÓN PERMANENTE

Sección 1.^a—Biblioteca ARTE Y LETRAS. Un tomo lujosamente encuadernado é ilustrado, con su correspondiente volumen de la Biblioteca clásica Española: *16 reales*

Sección 2.^a—BIBLIOTECA DE MARAVILLAS: un tomo mensual, encuadernado en tela con relieves y profusamente ilustrado: *8 reales*.

Sección 3.^a—NOVELISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS. Se publica en tomos, á *10 reales* por suscripción.

ESPAÑA

SUS MONUMENTOS Y ARTES. — SU NATURALEZA É HISTORIA

UN CUADERNO SEMANAL DE 100 PÁGINAS, CON PROFUSA ILUSTRACIÓN

Se suscribe en los principales centros y librerías de España y Ultramar. —Representante en Madrid: Juan E. de Bona, Preciados, 33, bajo.

Han salido ya á luz en la biblioteca ARTE Y LETRAS más de 50 tomos de autores tan notables como Andersen, Schiller, Daudet, José M. de Pereda, Emilia Pardo Bazán, D. Ramón de la Cruz, Goethe, Campoamor, Víctor Hugo, Cherbuliez, Heine, Farina, etc., y en la CLASICA ESPAÑOLA otros tantos, escritos por Cervantes, Quevedo, Fray L. de León, Moratín, Feijóo, Jovellanos, Cadalso, Melo, Rojas, Rivadeneira y Zabaleta.

PÍLDORAS Y UNGÜENTO HOLLOWAY

ESTOS MEDICAMENTOS obtienen una aceptación y una venta mas universales que las de ningun otro remedio en el mundo.

LAS PILDORAS son el mejor purificante conocido para la sangre, corrigen todos los desórdenes del hígado y del estómago, y son igualmente eficaces en los casos de disentería: en fin, no tienen rival como remedio de familia.

EL UNGÜENTO cura pronto y radicalmente las heridas antiguas, las llagas y las úlceras (aun cuando cuentan veinte años de existencia), y es un específico infalible contra las enfermedades cutáneas, por malignas que sean, tales como la lepra, el escorbuto, la sarna y todas las demas afecciones de la piel. Cada caja de Píldoras y bote de Ungüento van acompañados de amplias instrucciones para el uso del medicamento respectivo, pudiendo obtenerse estas instrucciones impresas en todas las lenguas conocidas.

LAS PREPARACIONES HOLLOWAY se hallan de venta en todas las principales boticas y droguerías del mundo, y en Londres, 533 Oxford Street, en el Establecimiento central del Profesor HOLLOWAY.

RESUMEN DEL 41 BALANCE ANUAL

DE

LA NEW-YORK

COMPañÍA MUTUA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA.—FUNDADA EN 1845

1.º DE ENERO DE 1886

INGRESOS
EN 1885

Por primas de seguros.....	Pesetas.	61.198.628,64	
» capitales para rentas vitalicias.....		4.733.670,31	
» intereses y alquileres, incluyendo los beneficios realizados por ventas.....		17.615.678,77	
TOTAL DE INGRESOS.....		Ptas.	83.547.977,72

PAGOS EN 1885

Por fallecimientos.....	Pesetas.	15.542.885,71	
» seguros mixtos vencidos ó descontados.....		3.844.194,37	
» rentas vitalicias.....		4.660.471,13	
» rescate de pólizas.....		8.764.099,46	
» beneficios distribuidos entre los asegurados.....		6.998.760,04	
TOTAL PAGADO Á LOS ASEGURADOS.....			39.811.310,71
Por contribuciones y premios de reaseguros. Pesetas.		1.296.362,57	
» comisiones, honorarios á los médicos y gastos de agencias.....		10.489.849,02	
» sueldos, anuncios, impresos y gastos de administración.....		2.531.374,61	
TOTAL DE PAGOS.....		Ptas.	54.128.896,91

ACTIVO

Efectivo en caja y Bancos de depósito....	Pesetas.	10.585.477,03	
En valores mobiliarios (valor según cotización actual, 191.710.645,51 pesetas).....		174.340.443,05	
» inmuebles.....		35.528.797,86	
» préstamos sobre primeras hipotecas (inmuebles asegurados por 85.111.250 pesetas en pólizas transferidas á la Compañía á título de garantía suplementaria).....		94.111.608,75	
» préstamos á corto plazo (con garantía suplementaria de valores mobiliarios, importantes al precio corriente 3.080.892 pesetas).....		2.339.898,75	
» anticipos de primas sobre pólizas vigentes (la reserva hecha sobre estas pólizas asciende á pesetas 10.000.000).....		2.156.096,98	
» primas semestrales y trimestrales correspondientes al ejercicio y que vencen después de 31 de Diciembre de 1885.....		4.551.072,75	
» primas por cobrar y en vía de trasmisión.....		2.983.562,66	
» saldos en poder de representantes.....		301.324,70	
» intereses acumulados ó vencidos en 31 de Diciembre de 1885 de capitales colocados.....		2.255.860,26	
» aumento de precio en los valores mobiliarios según cotización de 31 de Diciembre de 1885....		17.370.202,46	
TOTAL DEL ACTIVO.....		Ptas.	346.524.345,25

PASIVO

Reserva para los capitales asegurados (al 4 por 100).	251.662.982,56		
Reserva para las rentas vitalicias.....	39.598.052,13		
Beneficios que quedan por pagar á los asegurados, siniestros, seguros mixtos pendientes de liquidación y atrasos no reclamados.....	2.307.748,54		
Beneficios acumulados correspondientes á pólizas de acumulación.....	16.188.796,91		
Primas anticipadas.....	155.133,11		
TOTAL DEL PASIVO.....		Ptas.	309.912.713,25

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación de la Compañía (Reserva del 4 por 100)..... 36.611.632

Excedente del Activo sobre el Pasivo, según el tipo de evaluación del Estado de New-York (Reserva del 4 ½ por 100)..... 68.538.842

EN 1885 LA COMPañÍA HA EMITIDO 18.566 PÓLIZAS ASEGURANDO... Pesetas. 355.112.425

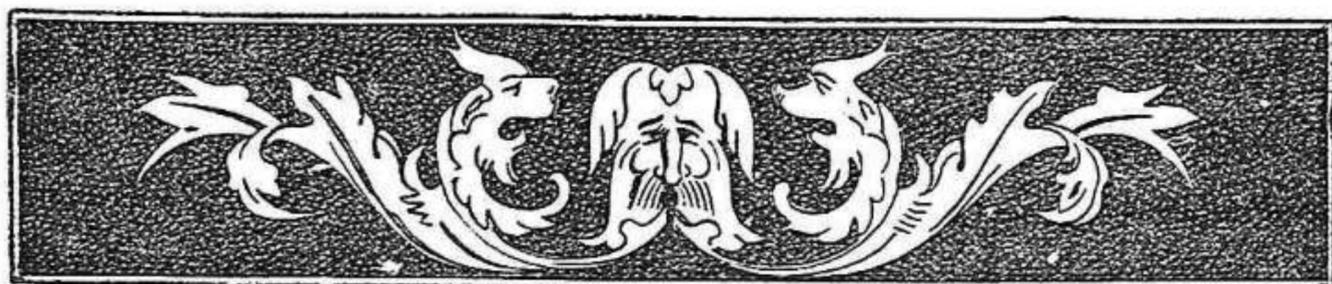
EN 1.º DE ENERO DE 1886 EL TOTAL DEL CAPITAL ASEGURADO ERA..... 1.345.763.096

SEGUROS para casos de vida y muerte, dotes, capitales para menores y para viudas, pólizas para garantizar débitos, préstamos y operaciones comerciales, rentas vitalicias, pensiones y seguros sobre dos ó más personas ó asociados.

Direcciones generales en New-York y París. Sucursales en todas las capitales de Europa y América. Sucursal en España, autorizada por real orden, calle de Alcalá, 12, principal, MADRID, donde podrán dirigirse para informes y prospectos, ó á los Agentes de la Compañía en provincias.

Dirección general para Europa: PARÍS, 16, Boulevard des Italiens, y 1 y 3, Rue le Peletier.

Director para ESPAÑA: **DWIGHT T. REED**, exsecretario de la Embajada, cónsul general y encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Madrid.



DOS ROMANOS

FANTASÍA DE NAVIDAD



SENGÁÑATE, amigo mío: la filosofía no consiste en soñar en lo porvenir, sino en gozar de lo presente coronados de rosas, como dice mi querido Horacio.

¡Oh, qué gran poeta es Horacio y qué buen camarada! Le conozco y le trato como amigo desde la infancia. ¡Oh *sæpe mecum!*... El mundo, querido mío, se va haciendo viejo, muy viejo, y siento mucho que hayas entregado alma tan hermosa y tan adornada como la tuya, á vagas utopias de progreso y de porvenir; condenas tu juventud á la inútil espera de un bien indefinido. El mundo marcha cada vez peor, créeme; es preciso aceptarlo tal como se nos presenta, y tomar, como buen convidado, la copa en el festín de la vida.

Así hablaba el tribuno Craso á su amigo el centurión Valerio, cabalgando, seguidos de pequeña escolta, por el camino que guiaba á Belén, á las cinco de la tarde del sétimo día, antes de las Calendas de Enero, del año de Roma 746, cuyo día corresponde á nuestro 25 de Diciembre.

El tribuno tendría unos cincuenta años, y era de ancho abdomen, de coloradas y carnosas mejillas, pudiendo pasar por un

Vitelio. Discípulo de Epicuro, no se cuidaba más que de pasar alegremente la vida, como aconsejaba Horacio, según hemos visto.

El centurión Valerio frisaba en los treinta años; alto y delgado, nariz aguileña, rostro pálido, ancha y protuberante frente, abrigo de profundas ideas, parecía buscar la solución de un enigma difícil, contemplando con mirada escudriñadora las soledades de las cercanías de Jerusalem. Dirigíanse á Belén á hacer el censo de sus pobladores, obedeciendo las órdenes del divino Augusto.

El epicúreo Craso seguía infatigable en su charla, alabando la vida del goce, encomiando á Augusto y á Horacio, y la grandeza de Roma, señora del universo, sin obtener de su compañero de viaje ni siquiera un monosílabo de aprobación ó de contradicción.

Cansado ya de tanto silencio, le dijo:

—Me parece, Valerio, que vas degenerando de tus nobles antepasados; los sueños del judaísmo...

—Basta—respondió Valerio con noble altivez:—acabemos, ya que así lo quieres, con esta broma pesada; me explicaré del mejor modo que pueda. ¿Qué quieres, Craso? No todos se pueden consolar con copas de Falerno. No soy judío, ni quiero serlo, como tú insinúas, sino romano, completamente independiente y libre de toda superstición y vanos escrúpulos. Todo lo he sentido y apurado todo, y, sin embargo, me muero de fastidio en medio de los placeres.

Las alegrías de este mundo ahondan mis deseos, y dormiría, como tú, en el goce, si un no sé qué de infinito no viniese al punto á inquietar mi sueño y á lanzarme en ansias ilimitadas. Deseo, espero y llamo: ¿qué, ó á quién? No lo sé; llamo lo que debe venir, para responder al profundo instinto que abriga mi alma; creo en un bien que ignoro, y si en él no esperara, ni un solo día quisiera vivir en este mísero mundo.

—¡Por Hércules! Me parece que estás enfermo, amigo mío—repuso Craso con voz paternal.—Pero vamos á ver: ¿qué es eso á que llamas *lo infinito*, y cuyo nombre ni aun se conoce en la lengua de Roma? ¿O crees que el hombre, para ser feliz, necesita buscar un mundo superior á él? El secreto de nuestra

felicidad se halla en nosotros mismos, y en los bienes que nos rodean, según dice el buen sentido.

¿Para qué desear tesoros que á nuestra naturaleza no es dable alcanzar? Y aunque tales tesoros existan, renuncio á ellos por no condenarme al suplicio de Tántalo. Pido, pues, humildemente á los dioses que me dejen tranquilo en la tierra, y que no turben mi vida con el ansia de separarla de sus bienes, pues yo, pobre mortal, tampoco intento turbar los placeres del Olimpo. Cada cual en su casa, y páselo como mejor pueda. ¡Por Júpiter! mi querido Valerio, hace ya mucho tiempo que yo no había filosofado tan admirablemente.

—¿Y te contentas—le replicó Valerio con ligera sonrisa— con los bienes que encuentras en este mundo? ¡Qué poco ambicioso eres, Craso! Vas á llegar á la vejez, se acercan las enfermedades y la noche de la vida; ¿y qué te va á quedar de todo? El amargoso dejó de escasos goces, comprados con el sufrimiento de los demás; dolores estériles, sin consuelo y sin razón; el sentimiento de inmensa decepción durante la vida, y la nada, la horripilante nada, después de la muerte! ¿Y para esto has recibido viva y ardiente inteligencia que procuras extinguir, corazón capaz de amar, cuya generosa y sincera bondad he conocido más de una vez? No lo creo. Craso, no puedo creer que tal sea el destino humano: creo en una solución mejor del problema, en una revelación que nos mostrará lo que en vano buscan nuestros ojos; creo que la humanidad no continuará girando eternamente en las tinieblas, aunque hasta un Dios tuviese que venir á traerle el tesoro de la verdad.

—¡Bravo, Valerio! Eso sí que es una solución—dijo riendo el epicúreo;—¡ya no se trata, *charissime*, sino de romper las cadenas de Prometeo, para que pueda volvernos á traer el fuego sagrado!.....

—No te rías tan pronto de los antiguos sueños de los sabios; siempre me ha llamado mucho la atención la fábula de Prometeo.

—¡Eres muy joven!—exclamó Craso, tendiendo la mano á Valerio, que la tocó sin reír.—¡Y qué hermoso es—continuó Craso, separando su caballo del de Valerio—ser joven, cuando el mundo va siendo tan viejo!

—Mi querido tribuno—replicó el joven,—no tenemos dos ideas semejantes; yo, por lo contrario, creo que el mundo es muy nuevo, y que apenas ha salido de las mantillas de la infancia; le hallo en la víspera del despertamiento moral de su conciencia y de su corazón. ¿Qué maestro le ha enseñado, ó qué mano poderosa le ha guiado por el verdadero camino de sus destinos?

La humanidad se parece á un pobre niño entregado desde la aurora de sus días á malévolo genio, que ha podido extravíarlo, pero no perderlo sin recurso, y que no espera para caminar por la vía de la verdad y del bien más que el socorro de alguien, cuyo sacrificio será sin límites, porque ilimitado será su amor.

—¿Y crees en ese alguien?

—Sí.

—¿Y esperas que venga?

—Sí.

—Estás más enfermo de lo que pensaba, Valerio—dijo gravemente Craso.

Profundo silencio guardaron los dos romanos, entregándose cada cuál á su más favorito pensamiento. Salían en aquel momento de los desfiladeros que flanquean la montaña de Sión; atravesando el valle de Cedrón, subieron por una colina que dominaba un horizonte majestuoso. Al Norte, dejaban tras sí á Jerusalem, que enrojecía á los últimos reflejos del sol; al Poniente, descubrían las montañas de Judea, y hacia Levante, más allá del mar Muerto, las montañas de Arabia. Valerio, como ensimismado, dejaba vagar su mirada por el abrupto perfil de las cumbres que se destacaban en el crepúsculo de la tarde. Craso llamó á dos esclavos de la escolta para que se adelantasen á preparar en Belén posada para la comitiva. El epicúreo, fatigado del frío de la tarde y de las molestias del viaje, suspiraba por las delicias de Roma, y juraba por todos los dioses del Olimpo que aquel sería el último año que serviría en Oriente.

—¡Qué admirable es el Oriente!—pensaba Valerio, sin escuchar á Craso.—Es cuna de toda luz, y ¿qué grandeza ha durado que no haya venido á consagrarse en él?

¿Qué doctrina ha vivido que no haya nacido en esta parte del mundo? Las antiguas tradiciones dicen que son llegados los tiempos en que recobrará nueva fecundidad y dirigirá el mundo. No sé qué instinto me impele á amar estas tradiciones. ¡Cuando contemplo estas montañas de la Judea, antiguo país de prodigios, regiones llenas de Dios, paréceme que tras ellas va á surgir la aurora de un siglo nuevo! Montañas de Palestina, desiertos silenciosos y mudos desde que eternas voces han resonado en ellos, ¡cuánto más me gustan vuestros torrentes y vuestras palmeras que los soberbios monumentos de Roma! ¡Vale más una hora pasada en tus austeras soledades que la gloria tumultuosa del Capitolio!

—Ahora entramos en el campo de Rama—dijo un poco amostazado Craso, viendo que Valerio no contestaba á su sempiterna é insulsa charla.

Y en efecto, llegaban al campo de Rama, célebre por el fúnebre lamento de Raquel, inconsolable por la muerte de sus hijos. Aquella soledad, cubierta por los velos de la noche, parecía más solemne que de ordinario. Los caballeros llegaron á la tumba de Raquel, que algunos judíos de la escolta iban á besar, si la severa voz de Craso no se lo hubiese impedido, ordenando que nadie, durante la noche, abandonase las filas, so pena de ser cargados de cadenas. Todos callaron; solo un anciano judío murmuró:

—«¡Hija cruel de Babilonia, dichoso el que se apodere de tus hijos y los aplaste contra una piedra!»

—¡Qué supersticiosos son estos judíos!—dijo Craso;—la semana pasada tuve que restablecer el orden en el templo, que parecía un corral con sus bueyes y ovejas para el sacrificio. ¿No es cierto, mi querido compañero, que es un absurdo querer agradar á los dioses inmolando y quemando animales sobre sus aras?

—Yo no lo creo así—replicó Valerio;—verdad es que soy escéptico, lo que me hace sufrir mucho; pero mi escepticismo no me impide reconocer por doquiera los rasgos generales de una religión universal, que más bien es la alteración de una verdad que un simple error. El sacrificio es uno de esos rasgos generales; y ¿cómo creer que una costumbre universal de to-

dos los pueblos y países, no tenga su razón de ser más que en la versátil imaginación humana?

No, no; el hombre culpable ha sentido la necesidad de satisfacer á la justicia del cielo; busca, pues, una víctima en él ó sobre él, pero quisiérala inocente y capaz de reconciliarle con los dioses. Si alguna vez apareciese un nuevo Hércules sobre la tierra para purificarla y salvarla, todo me dice que debería sufrir y morir por ella...

—Ea, Valerio—le contestó Craso, esforzándose por reír,—no me hallo á tanta altura. Dejemos esos sueños, para mí incomprendibles, y tratemos del modo con que vamos á desempeñar nuestra misión en Belén. Pero ¿qué quiere decir Belén? ¡Eh, viejo judío!—añadió dirigiéndose á un anciano de la escolta;—acércate y dinos lo que quiere decir esa palabra.

Un judío acudió al llamamiento del tribuno y empezó lentamente su explicación.

—Belén quiere decir «casa de pan,» señor.

—¿Y qué más?

—Dicen nuestros rabinos que este nombre es simbólico y significa que Belén nutrirá un día á todas las naciones de la tierra.

—¡Bravo!—exclamó Craso;—estos mendigos están empeñados en salvar al mundo. Prosigue.

—Se llama también Belén *Ephrata*, es decir, la fecunda, la fructuosa, porque será la más rica y bienhechora del universo y extenderá sus tesoros por todos los ámbitos del mundo. Esta ciudad pertenece á la tribu de Judá, y los ancianos del pueblo la llaman ciudad de David, porque ha nacido en ella el santo profeta.

—¿David, no ha sido uno de vuestros Reyes?—le preguntó Craso.

—Sí, señor; nuestros rabinos dicen que el haber nacido David en Belén significa que el verdadero David, esto es, el verdadero Rey de todo el mundo, á quien se le han prometido en herencia todas las naciones, ha de nacer en Belén.

—Y ¿cuándo ha de venir ese verdadero David, ese Rey universal, ese Salvador del universo? ¿Cuándo nacerá en los palacios de Belén?...

Y diciendo esto, se inclinó hacia adelante, como intentando descubrir un objeto en la oscuridad.

—Según el cálculo de las semanas de David—replicó el judío,—debe venir muy pronto...

—¡Muy pronto!—repitió Craso.—Tanto mejor; mucho me alegraría de... Valerio—dijo el tribuno interrumpiéndose;—¿qué es eso que va andando delante de nosotros?

El joven centurión parecía salir de un sueño; miró y dijo:

—Un pobre hombre y una mujer que caminan lentamente. Pronto los alcanzaremos.

—¿Si será ese tu Mesías, que vendrá á tomar posesión de su trono de Belén?—dijo con insolencia el epicúreo tribuno al judío.

Al oírle, el viejo se estremeció como un joven; detúvose, y lanzando al romano una fiera mirada, le contestó:

—¡Quizá!...

Y de un salto perdióse como un gamo en la oscuridad y en la maleza.

—¡Quizá!—repetía por lo bajo Valerio, y turbación extraña le hizo latir el corazón y las sienas. Acercábanse á Belén; estrecho y escabroso era el camino, y á los pocos instantes el caballo de Craso alcanzó á los dos viajeros que antes habían visto.

—¿Quién eres tú?—gritó el tribuno.

El así interpelado volvió el rostro; en él se dibujaba la mayor dulzura, unida á la más viril energía. Saludó noblemente, y respondió en hebreo, lengua que solamente conocía Valerio.

—Te contesta que se llama José—dijo Valerio—y que se dirige á Belén con su esposa á cumplimentar las órdenes del César.

—Y ella, ¿cómo se llama?—continuó Craso.

El extranjero respondió en hebreo algunas palabras.

—Se llama María—dijo Valerio á Craso,—y padece mucho.

El epicúreo tribuno lanzó una palabra cruel, que indignó al joven Valerio.

—¡Cállate!—le dijo con noble fiereza.

Un movimiento de los caballos separó en aquel momento á los dos extranjeros; José se quedó al lado de Craso, y Ma-

ría al lado de Valerio. El joven romano se conmovía en lo más profundo de sus entrañas; extraña turbación se apoderó de su vista, y sintió que sus labios pronunciaban acentos para él desconocidos; inclinóse hacia la que marchaba á su lado, y tembloroso le dijo por lo bajo en hebreo:

—¡Oh tú, quien quiera que seas, que te llamas *María*, no sé qué instinto me impele á preguntarte el secreto de mi destino! ¡Hija de Judá! ¡He leído los escritos de tus profetas, y he luchado entre mi desesperación y sus promesas; si tienes una sola palabra que pueda iluminar mi alma, en nombre del cielo, habla!

La viajera no desdeñó la súplica del romano; volvióse hacia él en el momento en que, desgarrándose una nube, el astro de la noche iluminó con sus dulces rayos el rostro de la Virgen. ¿Quién podría describir la belleza de aquella visión divina? ¿Qué pluma capaz de trazar sus rasgos? La Virgen estaba pálida, y en su purísima frente esplendían fulgores seráficos: ningún mortal vió su mirada; pero con dulce y austera voz pronunció estas palabras:

—*¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!*

Después de oír estas palabras, Valerio nada más oyó, ni vió ni sintió nada.

Cuando salió de su sueño, hallóse solo en una habitación de la posada, con el codo apoyado sobre una mesa: ante él estaba un rollo de *papyrus*.

Lo desarrolló. Era el *Diario* de su vida, las últimas líneas eran copia de la égloga 4.^a con que Virgilio, el poeta amado de Augusto, había encantado á Roma, y que un amigo había remitido al joven caballero. Horas antes de salir de Jerusalem, Valerio, conmovido por el espíritu profético de aquellos versos, había copiado algunos trozos, los siguientes, traducidos después por nuestro Fray Luis de León.

La postrimera edad de la Cumea
y la doncella virgen ya es llegada,
y torna el reino de Saturno y Rea.
Los siglos tornan de su edad dorada

de nuevo largos años nos envía
 el cielo, y nueva gente en ti engendrada.
 Tú, luna casta, llena de alegría,
 favorece, pues reina ya tu Apolo,
 al niño que nació en aqueste día.

.....

En este vuestro, en este Consulado
 Polio, de nuestra edad gran hermosura,
 tendrá principio el rico y alto hado.
 En él comenzarán con luz más pura
 los bienhadados meses su carrera,
 y el mal fenecerá, si alguno dura,
 lo que hay de la maldad nuestra primera,
 deshecho quedará; ya los humanos
 libres de miedo eterno y ansia fiera,
 mezclado con los dioses soberanos,
 de vida gozará (cual ellos) llena
 de bienes deleitosos y no vanos.

.....

Emprende, que ya el tiempo viene andando,
 pimpollo divinal, obra del cielo;
 á ti sólo lo grande está aguardando.
 Mira el redondo mundo, mira el suelo,
 mira la mar tendida, el aire y todo,
 todo esperando el siglo de consuelo.
 ¡Oh, si el benigno hado de tal modo
 mis años alargase que pudiera
 tus hechos celebrar y bien del todo!

.....

Valerio tomó el *papyrus*, y quiso escribir en su *Diario* su salida de Jerusalem, las preguntas de Craso, sus propias respuestas, para él mismo misteriosas; la impresión extraña de las soledades de Palestina, sus sueños, sus esperanzas más fuertes y más impacientes que nunca, las revelaciones del viejo judío, aquél quizá que le había oído, el encuentro de los dos extranjeros, aquella mujer más noble que una diosa, más pura que un ángel, el dulce nombre de María, el esplendor sobre-

natural de su rostro divino, el timbre de aquella voz, dulce como la de un niño, fuerte como la eternidad, su frase extraña, el éxtasis en que le había sumergido cierta indefinible alegría que sentía su alma después de tantos años ¡ay! de escepticismo y de tristeza, el vago sentimiento de un destino cumplido, un inmenso deseo de la muerte... todos estos recuerdos, todos estos sentimientos se atropellaban en el corazón de Valerio. Estaba como anonadado, inclinado sobre la mesa y oprimiéndose la frente con las manos.

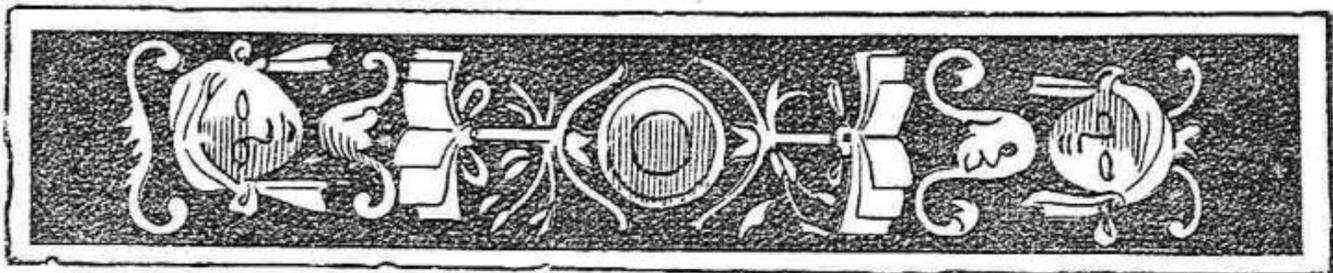
Súbitamente se puso en pie; parecióle que extraordinaria luz disipaba la lobreguez de la noche, y dirigióse apresurado hacia la terraza que dominaba la campiña de las cercanías. Parecióle que todo estaba ardiendo, que el silencio mismo se animaba y que el eco lejano de inefable melodía le traía la dulce y penetrante frase: *Paz á los hombres de buena voluntad*. El joven romano tuvo miedo de sí mismo; creyóse atacado de demencia, y huyó; pero después de haber atravesado el dintel de su habitación, sintió que su febril agitación había sido reemplazada por profunda paz, y que á los deseos y esperanzas que torturaban de muy antiguo su alma, había sucedido como la certidumbre de poseer un inmenso tesoro. Desde aquel día, Valerio ya no buscó; ¡amó!

Aquella faz divina no le abandonó ya. Apenas habían corrido dos meses después de verificado el censo mandado por Augusto, cuando murió Valerio, siendo la última palabra que pronunciaron sus labios: ¡María!

Los que hallaron el rollo de *papyrus*, en el que confiaba sus impresiones el joven centurión, se asombraron al ver que terminaba el 25 de Diciembre. En la página correspondiente á este día sólo hallaron dos líneas escritas en hebreo. ¡*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios!*

Y por bajo un nombre: el de aquella viajera que en la hora de su muerte purificó sus labios: ¡*María!*

VÍCTOR SUÁREZ CAPALLEJA.



MIS MEMORIAS ⁽¹⁾

1846-1850

SECCIÓN TERCERA

Volvamos al mundo.—Las precauciones de D. Ramón.—¡Silencio en las filas!—De las balsas de aceite en general y de la educación política en particular.—También me divierto yo.—Apertura del Gran Teatro del Liceo.—¡Por un botón!—¿Habría panzas en Roma?—Macbeth al piano.—Róvere, Roppa y los Ronconi.—Liceístas y principalistas.—Camita á las once.—El maestro Obiols.—Entre bastidores.—Matinées musicales —Un público de Duquesas.—¡Aquel pisar!—Recuerdos de una amapola.—Las compañías de Santa Cruz.

I

Los cinco años que vamos historiando forman parte de aquel largo período de los once, totalmente ocupado por la dominación moderada: más digna de mención, si, para la educación del país, hubiera sido más provechosa. Llenáronla Narváez y sus parciales, los idólatras del sistema doctrinario francés, y de su propia inclinación muy dados á la paliza, á medir á puños las cabezas y las espaldas á varas: la política del

(1) Véase la pág. 375 de este tomo.

cartucho en el cañón y tente tieso. Cómo las gastaban en Barcelona, podrán adivinarlo los que en el curso de esta relación hayan visto la algarada estudiantina. Bajo aquel pie vivía entonces la Ciudad de los Condes. Centinelas de día y de noche en las torres de la Catedral, cuando no, bajo cualquier pretexto, en las avenidas de la plaza de San Jaime; Atarazanas con troneras nuevas del lado de la Rambla, y los correspondientes cañones apuntados; bien artillado Monjuich, reparada la Ciudadela, la guarnición reforzada; si entrabais en uno de los muchos sitios guardados por la tropa, un brusco *atrás, paisano*, ó un *paisano, la capa*, dicho con el melífluo acento de los que cargan con el chopo; de tarde en tarde, y para freno de hervores populares, algún consejo de guerra, algún ciudadano mandado á tomar aires ó á cambiar de domicilio, según frase consagrada. Juntábase á esto la policía olisqueándolo todo, fondas, cafés, otros lugares concurridos; recelo de una cara *feroce*, de unas guías insolentes, de unas barbas significadas. Tal ánimo tomaron los Mozos de la Escuadra que, más que gente mercenaria, parecían señores de pendón y caldera.

No así, y conviene advertirlo, la Guardia civil, que por aquéllos días se estaba organizando bajo la inteligente dirección del viejo Ahumada. Estaba el instituto en sus alboradas, con mozos gallardos de limpísimas notas, escogidos entre los mejores. Daba gusto verles con su correa amarilla, cruzado sobre el pecho, pantalón de crudo en verano, el de invierno, con la levita, ajustado al mismo modelo de hoy, soberbios potros y bota de montar los de á caballo, y aquél famoso tricornio que, por no ser conocidos en provincias los alabarderos, causó tanta extrañeza en la gente del pueblo. Un día que el General estaba revistando dos tercios en Molíns de Rey, no pudiendo contener mi admiración, lleguéme á él y le dije:—«Señor duque, puede V. estar orgulloso de esta fuerza.»—«Joven—me contestó,—agradezco mucho sus palabras. Dios mediante, no sólo hemos de hacer de todos estos valientes un modelo de bizarría, sino de cada uno de ellos un aspirante á los premios de la virtud, que se dan en Francia.»—¿Cómo había de admitir el ilustre veterano que

sus Guardias pudiesen jamás emplearse para fines políticos ó electorales ó para arreglar en los paseos las filas de carruajes?

El régimen Bum-bum iba dando en Barcelona el fruto codiciado. Engordaban los bolsistas al olorillo de los negocios y de una bonita conversión que ya se divisaba entre celajes; los fabricantes, felices poseedores del *oído* del Capitán general, trataban con él, en familia, la forma y manera de sostener sus aranceles; el obrero, amansado en apariencia, pero odiando en secreto lo que de público no podía señalarse; asomo de reacciones clericales, pujos de restauraciones nobiliarias; para la gente madura los intereses materiales; para la gente moza la vida de los sentidos, como la desean los Gobiernos de resistencia, sin los correctivos del libro, ni los ensanches del espíritu.

Había tranquilidad, ¿por qué negarlo? Tranquilidad, así, un poco á estilo de las soledades de Tácito y de los cementerios de Schíller. Lavas ardientes bajo capas de leche. ¿A qué condujeron tantos afanes? El cañón de Atarazanas no impidió el 54 ni evitó el 68; no se mató el espíritu levantisco; la misma persecución empolló el catalanismo; apesar de las mordazas, pronto empezaron los coros de Clavé, precursores de las expansiones obreras. Y por lo visto no había medio de entrar en términos de vida razonables. O los horrores de la Jamancia ó el bajalato de Narváez. Palo de abajo, palo de arriba.

Comenzaba á preocuparme esta idea, y deseaba para mi país más favorecido trato. ¿Por qué no el inglés? me preguntaba. Eran mis ilusiones de entonces, cuando todavía creíamos en la verdad y eficacia del parlamentarismo. Un pueblo que trabaje, que piense, que lea, que estudie, que viaje: con prensa, con Jurado, con derecho de reunión, y en el Poder hombres serios y corazones leales. Notaba *ya* con profunda pena cuán lastimosamente se confunden aquí dos cosas enteramente distintas: el mando y el gobierno. Sentía *ya* por instinto un odio profundísimo á nuestras dos políticas favoritas, la menuda y la de partido. Pero los libros que traía entre manos nada me decían de estas cosas. Y seguía estudiando.

¡Eh! cuidado: con desahogo, sin meterme á cartujo. ¡Bona edad aquella para encerrarme en la concha! ¿Tocaban á fiesta? Pues á la fiesta. ¿Bailes había? Pues á danzar. ¿Se abrían teatros y casinos? A gozar de la ocasión: allí acudía yo, pagando el debido tributo á mis primaveras.

II

A tal señor tal honor: hablemos primero del Liceo. Como si los oyera á VV.; catalán y el Liceo, ya pareció aquello. ¿El peine? Cierto que sí, y á mucha honra y con razón que nos sobra por encima del pelo. ¿Con qué teatro me vais á comparar el Liceo? ¿Con la nueva Opera de París? Es un alarde de arquitectura: de arquitecturas. ¿Con nuestro Real? Es una sala bonita. ¿Con la Scala, con Covent Garden? Son vulgares hasta lo plebeyo. ¿Con la Moneda de Bruselas? ¡Horror! ¿Con Viena, con San Petersburgo? Es sacar las cosas de quicio. Yo juzgo el Liceo de Barcelona como teatro, y sostengo que no hay otro que le aventaje en grandiosidad, ni en desahogo, ni en la perfecta y acabada distribución del conjunto *destinado á espectáculo y á espectadores*. Probadme que no estoy en lo justo.

De tiros largos y en butaca de anfiteatro, asistí á la inauguración del hermoso Coliseo. Fué la noche del 4 de Abril de 1847. Función variadísima, española y catalana á un tiempo. Dieron *Fernando de Antequera*, escrito expresamente por Ventura de la Vega; siguió una rondeña, compuesta por el maestro de baile Camprubí, con música de Jurch, ambos catalanes; y terminó la fiesta con una cantata titulada *Il regio imene*, arreglada en versos italianos por el profesor Cortada, y puesta en música por el maestro Obiols, á quien dedicaremos luego algunas líneas. Hubo también la alegoría de ordenanza con el busto de Isabel II, entre nubes de oro, gasas rosa y azul, león, globo, y columnas de Hércules en cartón pintado, y tres niñas de carne y hueso

representando las Gracias, símbolo de lo que siempre creen ver en otra parte los que deliran por lo augusto. Hacía bastante calor apesar de lo templado y casi frío de la estación: como que pasaban de 4.000 los espectadores y ardían en el edificio 1.120 mecheros de gas.

Desde entonces empezó en el Liceo una serie, no de funciones, sino de verdaderas solemnidades artísticas que han dejado en Barcelona imperecedero recuerdo. Era de rigor dejarse ver allí un rato todas las noches, de frac marrón con botón negro ó de frac azul con botón dorado, moda que habían introducido los *madrileños*, porque, en perfiles del buen tono, éramos los muchachos unos monitos de Madrid. Lo del botón dorado tenía un ligero inconveniente: determinaba clase. Liso, hacía caballero particular; con armas Reales lo lucía todo empleado alto ó bajo, militar ó paisano, con maestrantes, sanjuanistas y demás gente uniformada. Muchos tomábamos á risa la distincion; en otros era un cósquilleo sempiterno. A falta de lustre en la casa, suspiraban por el lustre en la casaca. Hacíanse mil locuras para obtener el derecho al botón de buena cepa. Un famoso confitero, deseoso de agregar á las de su oficio las *dulzuras* de aquel codiciado tesoro, vino á Madrid con el intento de pescar á toda costa un casaquín bordado. Removió cielo y tierra, gastó, faroleó, y á los cinco ó seis meses volvió triunfante á Barcelona con su credencial en el bolsillo. ¿Para qué era la credencial? Para *uso de uniforme de confitero* HONORARIO de S. M.

Diez reales costaba la butaca del Liceo; el precio de hoy en Guadalajara ó en Segovia. ¿Era que nos daban compañías de monos sabios y notabilidades de café cantante? Precisamente lo contrario; todo superior y de cartello y *primis-simi*. Lo más selecto que se veía y se oía en Europa. Desde luego compañía de baile francés. ¡Qué decoraciones y qué trajes, y qué mágia en *Azulma* ó *el Reino de las flores*, en *Gisela* ó *las Willis*! Allí pirueteaba la incomparable Guy Stephan, poco agraciada de rostro, pero con un talle, unas piernas y *puntas de acero* sin rival entre sus iguales. Esmerábanse los que movían aquel tinglado en reproducir sobre las tablas las mayores maravillas: hoy la cascada de Giessbach, maña-

na un lago escocés, otro día un jardín con macizos de vistosas flores; saltos altísimos de agua con aparatos hidráulicos, cañadas; gargantas y hondonadas por donde se despeñaban impetuosos torrentes; lebreles que corrían tras de un ciervo; caballos que saltaban vallas; Reyes y Príncipes con muy lucida muchedumbre de guerreros y cortesanos.

Óperas: no he visto cosa parecida. Había semana de dos y tres estrenos. Para los días de fiesta quisiéramos un estuche de músicos y cantantes como aquellos. Por mi dicha, privaban todavía Bellini y Donizetti, con cuyas divinas melodías formábamos nuestro gusto musical los aficionados. Después hemos caído en la cuenta de que estábamos escandalosamente pervertidos; porque, según refieren los críticos de hoy, aquello no es más que música *de necesser*. Enterado, y gracias por la noticia á los alemanistas. Y sin embargo, ya entonces empezábamos á cultivar el alemán en solfa: para hacer boca, nos daban de vez en cuando el *Freyschutz*, de Weber, y el *Roberto*. Y perdonen VV. aquí, señores maestros, mi modo de señalar. En lo dulce, en lo tierno, en lo melódico, en lo que hiere la fibra delicada, gustábame el género alemán *por sus reminiscencias italianas*: en lo demás, le daba la primacía, pero la primacía de música sabia. Lo peor es que, necio de mí, no he variado de concepto apesar de los *Hugonotes*, apesar de la *Africana*, apesar de Wagner: sobre todo, apesar de Wagner. Instrumentación, masas vocales, piezas concertantes, música guerrera, la nota religiosa: he aquí el verdadero campo alemán, y es mucho campo. No hablemos de Beethoven, ni de Glück, ni de Mozart, que están más altos. Son piezas de Rey y *no han formado escuela*.

Rossini, en aquel tiempo, no estaba de moda. Pude darme por contento con oír un par de noches el *Barbero*, la *Semíramis* y el *Guillermo*. Intermitencia rara tratándose de un maestro tan consumado. Echaban de ello la culpa á Verdi. Parecerá mentira; pero nos tenía *chiflados* con *Hernani*, los *Lombardos*, *Atila* y *Macbeth*. Se había hecho en Barcelona la música popular por excelencia. No oíais otra cosa en pianos, conciertos y bandas militares. Si llegamos entonces á conocer el *Trovador*, concluimos los barceloneses por dar á Verdi

carta de ciudadanía. Otro día hablaremos de esto más despacio.

Como cantantes, nadie superaba en *Norma* á Verger y á la Brambilla, matrimonio antediluviano que había ido allí á dejar su tarjeta de despedida al arte. Verger, antiguo rey de los tenores, con sesenta años encima y una tripa descomunal, hacía un Polión inimitable. ¿Por qué un *crudel romano* no podía haber sido gordo y todavía coquetón en años mayores? Oíamos en *Macbeth* á la Gruitz, alemanota rechoncha y fuerte de color, garganta sin igual para las agilidades, fermatas de efecto, picaditos y *fioriture*. Rodas, que estaba en toda la plenitud de su voz, secundaba admirablemente á la Gruitz; y allí fué donde el famoso bajo empezó la serie de triunfos que alcanzó después en San Petersburgo, Viena, Londres y París, hasta que vino á dar, con sus huesos de artista, en las tablas de nuestro regio Coliseo.

Una hombrada referiré apropósito del *Macbeth* que prueba cómo estaba de bien montado el personal del Liceo y á qué extremo llegaba la pericia de sus directores. Durante las primeras representaciones de aquella ópera y en los críticos momentos en que el público corría á oírla con más entusiasmo, antojósele á la orquesta declararse en huelga, y como entonces no se estilaba suspender las funciones á capricho, la empresa decidió continuar dando *Macbeth*, con una sola y ligerísima modificación: suprimir... los músicos. Dicho y hecho: vengan un par de pianos de casa Bernareggi, uno para el maestro *al cembalo*, otro para su segundo; á vestirse los cantantes; tramoyistas y demás gente de faena en su puesto y al avío. No recuerdo cuantos días duró la broma, y sin queja de los abonados, porque todo salió al pelo, con un esmero, un ajuste y un efecto general que dejaron á los huelguistas con un palmo de narices. De cómo todo se puede arreglar en este mundo cuando hay pesquis y sobra de agallas.

Una de las óperas de que conservo más grata memoria era *Linda di Chamounix*, que hoy pasa por una zarzuelilla. Cantábanla Ferri, Bouché, la Salvini Donatelli y el inimitable Róvere. ¡Qué caricato aquél! ¿Qué gracia igualaba á la suya? ¡Con qué distinción de maneras hacía el papel de *marchese*

Ettore Achille! Ancien régime puro, hasta en el modo de sacar la caja para tomar un polvo de rapé. Ahora no puedo resistir aquella joya de Donizetti. Todos me parecen clowns.

Eran también ornamento del Liceo la Rossi Caccia, Selva en *Hernani*, Jorge Ronconi en *María di Rohan* y su hermano Sebastián en el *Tasso*, con el dulcísimo tenor Bocardé, que, cuando preludiaba en *Atila* la bella frase *ella é in poter del bárbaro*, parecía un eco de querubines. Mas ¡qué Bocardé, ni quién no decía «todo el mundo abajo,» oyendo á Roppa, el tenor de los tenores nacidos y por nacer, aplaudidos y aplaudibles! Nosotros lo cogimos fresquito, recién *extraído* de las cocinas de un cardenal, donde lo pescó Rossini. Escena ninguna: tan soso con el manto romano como lo habría sido con el delantal blanco llenando las cacerolas. Suponed un quesito helado que os suelta de repente un *do* de pecho. Mas lo de aquel hombre no era voz, sino concierto y tempestad de voces. En el registro agudo, á pedazos os arrancaba el alma. Donde había que oírle era en los *Mártires*. ¡El credo de Roppa! Si lo llega á cantar en el Circo, bajo Diocleciano, capaz era de convertir al cristianismo la mitad del Imperio.

III

Con la anemia política, el espíritu de bandería se había refugiado en los teatros. Había *liceístas* y *principalistas*, que andaban comiéndose á bocados con tanto encarnizamiento como si se tratase de elecciones ó de codearse en el Presupuesto. Unos defendían la incontestable superioridad del Liceo: otros, los rancios, estaban por el teatro de Santa Cruz, veneranda antigualla que, apesar de frecuentes revoques, no podía competir, bajo ningún concepto, con el nuevo Coliseo. Solían cruzarse palabras mayúsculas entre uno y otro bando. Palos hubo una vez sobre quién dijo ó no dijo y si eres rubio ó moreno. Los más rabiosos parciales de Santa Cruz lo tomaban de más alto. Tachaban de réprobos y de impíos á los

que frecuentaban el Liceo, y lo abominaban porque se había construído en terreno de frailes, despojados por los revolucionarios con la desamortización dichosa. A los liceístas, lo que más les escocía era que sus contrarios siguiesen llamando *principal* al teatro de Santa Cruz, agarrados á una tradición de cerca de dos siglos.

A veces, y al revés de lo que suele acontecer, se trocaban las veras en burlas, resultando curiosos lances que nos traían embelesados y eran, como quien dice, la salsa de aquellas peleas de Bajo Imperio. Cierta año, representóse en el Liceo *Una avventura di Scaramuccia*, opereta semi-seria, entre cuyas decoraciones figuraba el interior de un teatro: platea, palcos y escenario. Mejor y más propicia ocasión no podía presentarse á los liceístas para poner al de Santa Cruz en caricatura. Hicieronlo á pedir de boca, sin omitir detalle y de mano maestra. Como diríamos hoy, una fotografía: los paños descoloridos, las estrechas é incómodas lunetas, pasillos ahogados, el anfiteatro de una sola hilera, acomodadores con traza de sacristanes, y los abonados setentones. Hasta reprodujeron en determinados sitios dos ó tres tipos conocidos, un viejecillo estantigua con la nariz pegada á la barbilla, un taimado escribano que se ponía hecho un Lucifer con solo nombrarle el Liceo y otro prójimo que, por no constiparse, sustituía en público el sombrero con un gorrito de punto de aguja, á manera de solideo. Para no faltar á la más rigurosa exactitud, imitaron el gran reloj que servía en el Principal de coronamiento al telón de boca; y cuando se le hacía señalar la hora de las once, todos los que desempeñaban el papel de abonados se levantaban de sus asientos, se despedían unos de otros con una voz trompicada en toses, é iban á tomar la horizontal, según era fama que á aquella hora precisa lo verificaban los de verdad en el más tradicional de los teatros.

IV

Más que las compañías y más que el aparato escénico, valía en el Liceo la orquesta formada con profesores notabilísimos, solistas eminentes y concertistas de primer orden: Luigini, para el cornetín de pistón; Casella, para el violoncello; Jurch, como primer violín; Grassi, como oboé; Barráu, como pianista. Durante muchísimos años, estuvo al frente de aquella escogidá grey el maestro D. Mariano Obiols, uno de los entes más singulares que registran los anales de la battuta.

Discípulo de Mercadante, con quien había aprendido en Nápoles los primores del arte divino. No era su figura un trabajo de artífice. De baja estatura, chata la cabeza y empujada en los hombros, una boca de oreja á oreja, y tan apretada, que los pómulos se le subían hasta taparle unos ojillos que, como si le sobraran, todavía cuidaba de disimularlos con enormes espejuelos. Iba por la calle como zanqueando, con las manos en los bolsillos, parándose distraído y tarareando ó mascullando entre dientes algún *número* favorito. Porque en el artículo de la música era maravilloso dechado: verle en su sitio, con la battuta en la mano, formaba parte del espectáculo. De pie, porque sentado apenas se le distinguía, ya levantaba los brazos como clamando al cielo, ya los ponía en cruz ó los balanceaba, como santo en andas, ó bien abofeteaba el aire ó lo batía en los trémolos con ambas manos, ó con una violenta sacudida acentuaba los finales secos, ó por el contrario, en los perfiles de los violines, torcía la cintura, siguiéndolos lentamente con el cuerpo, como hacen con la bola algunos jugadores de billar, cuando temen que, por sobrado fina, no les llegue á término. Gesteaba, pateaba, perneaba; y si la partitura rezaba toque de vigor, no se podía contener y soltaba un enérgico *¡enlaine!* No era cuestión de saberse los spartitos de memoria: era llevarlos incrustados

en el cerebro. Total: pinturería aparte, un eminente colorista. Así nos hacía tan difíciles y delicados para las audiciones de orquesta. Difíciles no, tan desgraciados. Porque ha sido después una desgracia hallarlo todo deficiente en materia de masas instrumentales: una verdadera desgracia. Porque si sostengo que hasta que llegaron los conciertos de Rivas no he oído en Madrid un efecto cumplido de orquesta, se me echarán encima los inteligentes de platea y toda su legión de musicistas. *Eppur mi muovo*, y me mantengo en mis trece, y afirmo y aseguro que el tránsito brusco de Obiols á Sckodzopole era para que se le cayesen á cualquiera los palos del sombrero. Gestero, cómico, estremoso... ¿qué me cuenta V.? No, sino andaos con repulguitos y veréis á qué queda reducida la lista de lo selecto. ¿Cuándo se había oído en Madrid un acompañamiento como aquél en el ária de la *Calumnia*? ¿Dónde un par de crescendos tan bien espaciados como los que se ejecutaban en *Lucrezia* y en *Otelo*? ¿Y la romanza de Isabel en el *Roberto*? ¿Y aquella entrada soberbia al pasar á toda orquesta desde el harpa? Aquí era una mera transición: allí nos enloquecía. Pañuelos, guantes, sombreros, todo andaba por los aires. Platea, palcos, anfiteatros, todo se venía abajo. Como en Madrid cuando *Frascuelo* da una de las de órdago.

En confianza, y hablando imparcialmente: tales diferencias de efecto artístico no obedecen solamente á lo más ó menos acabado de la ejecución, ó al mejor ó peor tino en las direcciones. Otro lado tienen menos visible, que estirándolo un poco, podría hasta llevarnos al estado general de las costumbres públicas. Los barceloneses de entonces (no respondo de ahora) íbamos al teatro *por el teatro*, prosaicamente por la función; á oír, á ver, á comparar, á saborear. Diez reales aprovechados. No diré que entre tanto aficionado dejase de haber alguno con segundas miras: si estará *ella*, si tonteará con *el otro*, si habrá paces, si habrá monos, ó en otro terreno, el recado del procurador, la confirmación del señalamiento de vista para mañana, la nota del agente de cambio, la última palpitación de la Bolsa. Pero lo esencial, repito, era el espectáculo. Levantado el telón, silencio en las filas y ojos

y oído al escenario. Llevábamos hasta el abuso la aplicación de esta frase: «dejarse impresionar.» Con lo cual, y con perdón de VV., nada se nos escapaba; ni una nota chillona, ni una nota apagada, ni un *forte* de escaso matiz, ni un *pianissimo* embrollado. Aprendíamos á fuerza de atención el arte del *orecchiante* y el paladeo en regla. ¡Cómo ha de ser! Los tiempos cambian. Dicen que ahora es más *práctico* gastar en el teatro aires de aburrido; entrar á media función, y todo lo más, concluido el primer acto; volver la espalda á la escena, y cruzado el pie derecho sobre el muslo izquierdo, seguir el compás apaleando con el *stick* la punta de la botina; sonrisitas y telégrafos con la duquesita, la marquesita ó la amable vizcondesa; adelantarse al barítono ó al tenor, cantando su parte por lo bajo, para que se entere la vecindad de que aquello es de sobra conocido en casa; en medio de un dúo apasionado, hacer otro dúo de fila á fila sobre la última declaración de D. Antonio, ó la última embestida de D. Práxedes, ó la última evolución de D. X.; en los palcos, cháchara larga, abaniqueo de sensación, y sus pujitos de carcajada en lo más afiligranado del rondó de la *Lucía*, del *Dammi ancor* del *Fausto*, del *Spirto gentil*, del *O mia Selika* ó del *Lasciami partire*. Pagar para oír y no oír, pero *encontrarse*.

Dicen, sí, dicen, que esto es lo práctico. ¡Cómo ha de ser! Los tiempos cambian...

Tenía el maestro Obiols ocurrencias deliciosas. Él fué quien inventó el famoso *m'en ric de la violla*, que después han usado los catalanes en el sentido de *me importa un bledo, se me da un ardite*. Díjolo un día que se le soltó la contera de la *battuta* á fuerza de bracear en un ensayo; tan poseído estaba de lo que tocaban, que siguió un cuarto de hora repitiendo la frase al compás de los instrumentos. En otra ocasión, ensayando *Regina di Golconda*, se apercibió de que el segundo clarinete había dado una pifia. «¿Qué está V. haciendo, condenado?»—pregunta Obiols.—«Lo que pinta»—contesta el interpelado, que era un alemán por extremo fleumático.—«Lo que pinta? ¿Cómo lo que pinta? Traiga acá el papel y veremos.»—En efecto: la nota estaba equivocada.—«¿Es decir—replicó Obiols,—que si hubiese en la solfa pin-

tada una escarola, hasta en un oboé nos la serviría V. aderezada?»

Allí, allí en los ensayos, era donde había que ver á Obiols de domador con látigo y espuelas. No perdonaba una tilde. Todo quería llevarlo por lo perfilado. ¡Pensar en que se presentase cualquier artista á ensayar sin ponerse aquellas prendas que el maestro creía indispensables para el efecto lírico-dramático! Una noche estaba Rodas probando al piano el duettino de *Atila*, con un tal Rauret. Iba Rauret en traje de calle, sin llevar al cinto la espada que requiere el argumento.—«¿Qué ha hecho V. de la espada?»—pregunta Obiols.—«¿La espada?—dice Rauret—arriba está. ¿Qué falta me hace para ensayar?»—«Pues ya la está V. bajando en seguida. ¿Qué música de pega es esta, ni qué carácter va V. á dar á su papel, berreando y manoteando *senza brandò*?»

Dióme por ahí una temporadita: por asistir á ensayos y colarme entre bastidores. No me arrepiento de ello: mucho se aprende, de teatros adentro, en lo trágico y en lo cómico. ¡Cuántas desdichas bajo la marchita flor de papel, las plumas ajadas de un sombrero, la manteleta usada ó el velo de encaje parduzco ya y clareado á trechos! Cuerpo de señoras, cuerpo de baile, cuerpo de coristas: ¡nombres sonoros á telón alzado; tristes, bien tristes á telón caído! *Los Misterios de París* me habían aficionado á estudiar de cerca los dramas *íntimos* trazados sobre un traje de percal ó sorprendidos entre los desechos de una prendería. Causábanme, más que maravilla, espanto, los contrastes del teatro interno: una diva que empieza, como Mignón, arrastrando harapos por los aduares, y llega al colmo de la gloria entre los aplausos de una generación entera: un tenor que trueca por coronas de laurel los beefsteacks que antes preparaba: un bajo que, después de haber servido de lacayo, casa á sus hijas con príncipes y duques. Echaba luego los ojos por el lucido cortejo de los *eminentes*, el eminente actor, el eminente *artista* que os hacen reír ó llorar á tanto la entrada: un Talma, un Garrick, un Romea: una Mlle. Mars, una Rachel, una Matilde, mimados, agasajados, festejados por la muchedumbre, tuteándose con las Altezas, recibidos casi en familia por las Majestades.

¡Ah! miradlo con buen anteojo. Estos pocos son los inmortales: puntos luminosos perdidos allá entre negros horizontes. Bajad un escalón, las segundas partes: un grado menos, coristas, figurantes y comparsas. ¿Lo subalterno? Lo nulo. Abrojos y asperezas. Por allí andan las tinieblas. Como decía La Bruyere: el arte no admite medianías. En el teatro, la divisa de Borgia: ó César ó nada. Con talento y aceptación, los esplendores: sin talento ó con suerte esquinada, la oscuridad, la casa de empeño, la viuda sin pan, el hijo sin oficio, la hija con muchos, porque la tentación abre caminos. Ved cuánto tiene de trágico el estudio entre bastidores.

Más conocida es la parte cómica. Vais á ver á un actor en su cuarto. Le encontráis gesticulando, muy preocupado, de hongo sobre un peinado á lo príncipe Eduardo: en cota de malla y zapatillas. Se está escarbando los dientes con un pabillo: una manopla puesta, la otra encima de la mesa al lado de una cajetilla de cigarros. De repente os mira con ojos de tigre, os coge de un brazo como con tenazas y vais de un empujón á la pared. «¡Miserable!» grita con voz estentórea. Es la famosa escena del cuarto acto que está acabando de perfilar entre dos sorbos de café. Al paso tropezáis con una cantante que os recibe á gorgoritos, mientras acaba de encargar un caldo para cuando la hayan cortado la cabeza. Un bandido os pide cortesmente lumbre para encender un pitillo: una gitana y una Princesa, cogidas del brazo, están hablando del sarampión del chico: el apuntador, ya instalado en su perrera, echa pestes por el ruido que mete la granujería encargada de hacer las olas.

Lo más salado era el departamento de los aéreos. Las bailarinas sin soltar la barra, pirueteando, trenzando, estirando la pierna, atendiendo á los chicoleos. De capota, chaquetita ajustada, *écharpe* de gasa oriental y una faldeta provisional por el decoro. Medias, las caseras, blancas, azules, negras: el *maillot* para el público.

Algunos pollastres se reunían en el *camerino* del primer bailarín. Temas de la docta academia: mujeres, toros, caballos, esgrima y asaltos de Mr. Thomase. Allí se acuchillaba

sin piedad y la más limpia salía con cada tira de pellejo. Lo de *El gran Galeoto*.

«Con cuatro tijeretazos
dejaban aquellos chicos,
las honras hechas añicos,
las damas hechas pedazos.»

Se había creado un nuevo derecho; el de las confianzas ilimitadas. Un día os pedían el brazo para dar volteretas; otro os tomaban de *partner* para el paso estirio, si no os cogían por la cintura y os levantaban en alto, creyéndose con la Guy. El rapto de Ganimedes.

VI

Otro mérito del Liceo: haber introducido las *matinéés* musicales. Dábanse los domingos y fiestas de guardar, de tres á cinco de la tarde, ordinariamente desde el mes de Abril, durando á veces todo el verano. Allí lucían sus habilidades los solistas de la orquesta con otros profesores nacionales ó extranjeros que se encontraban de paso en Barcelona, ó con tal ocasión se contrataban. Naturalmente, predominaba en los conciertos el elemento alemán para ostentar en la orquesta riquezas de instrumentación; algo también del género francés, con su poquito de música ligera para desensebar y contentar á todos. Unos *Ecos* ejecutaba el cornetín de Luigi, que oíamos con delicia, y los hacíamos repetir veinte veces. Los cornetines de repuesto se colocaban á distancias proporcionadas, invisibles, en el último plano del escenario. Cuando sonaba el postrer eco, lánguido, perezoso, melancólico, indefinido, perceptible apenas, hacía en la sala un silencio sepulcral; reteníanse los alientos; almas, miradas, lenguas, abanicos, todo estaba en suspenso; y al perderse vagamente en el espacio la nota final, rompía el público en un descomunal aplauso, parecido al primer trueno, seco y es-

tridente, que estalla de golpe en un cielo plomizo, tras aquella imponente calma y aquel reposo general precursores de las grandes tempestades.

Algunos años después se aclimató en Madrid esta clase de conciertos: primero en Rivas; más tarde en Apolo. Sentiré que lo tomen á manía; me quedo con mis antiguos de Barcelona. Cierto que los de Madrid llevan la inmensa ventaja de la concurrencia, compuesta de la flor y nata de la sociedad española, *la crème de la crème*, como han dado en decir, para no hablarnos en romance. Duquesas, marquesas y condesas con apellidos históricos ó con nombres retumbantes; junto á tan nobles damas, otras osadamente instaladas con sólo rango de mujer y nombres de capricho, *vengadoras* crueles que os barren de un flechazo una casa patricia, ú os dejan en cuerecitos vivos á media docena de millonarios; gallardas *toilettes* de Worth, de Rouff, de Redfern, varones esclarecidos é incorruptos que han obtenido del Genio de la moda el insigne privilegio de escribir, sobre el mismo cuerpo de la hembra, poemas enteros de terciopelo ó de faya: y estuches de Ansorena, y brillantes de Boucherón, y perlas de Fontana, y olas y más olas de crugiente seda; con aquel pisar y aquel asesinar de las miradas, y aquella punta de provocación en el gesto, y aquel sonrosado de la tez, ó aquellas lácteas palideces, y aquellas palpitaciones del eterno femenino en el fulgor de los ojos, en el sordo batir de los abanicos, en la divina sonrisa y en la ligera ondulación del talle, que hacen de la dama madrileña el más perfecto y amoroso dechado de la gracia sin par y de la suprema elegancia.

Añadid á esto el contingente masculino, el *pañó*, valiosísimo elemento en un Madrid, que es el centro de todas las ambiciones; mágica linterna donde un buen titiritero podría entretenerse largo tiempo haciendo desfilas á vuestra vista las altas reputaciones del país, discutibles, usurpadas ó legítimas; el poeta, el orador, el periodista, el actor, acaso el torero, conocidos y aplaudidos en toda España; el político travieso, el de fortuna, el limpio, el entreverado, el manso, el manchado de sangre; el General de campaña, el de gabinete, el de los tocadores; el grande de España que saca en la pista los pre-

mios pequeños, y el banquero que saca los gordos en las jugadas de Bolsa; con la gente de Palacio, ministros, embajadores, extranjeros de distinción, y tantas otras estrellas de diversas magnitudes de que se compone la astronomía cortesana.

Todo esto es imposible en un pueblo de provincia: por sabido se calla. Vuelvo empero á mi tema de los conciertos en absoluto: dirección, ejecución, elección de repertorio, mejores allí que aquí. Mejor, cien veces mejor que lo que oímos. Mas iba decir; pero no quiero pasar por exagerado. Sin embargo, ya era fácil que hubiéramos tolerado en Barcelona olvidos como los que he notado alguna vez en el Trocadero de París y en el Albert Hall de Londres.

¿Ni cómo comparar un decorado con otro decorado? Aquí, para los conciertos, alquilan un teatro, ponen decoración cerrada, la orquesta en el escenario, y empieza el rasca que te sopla. Allí, antes de la *matinée*, se vestía la sala dignamente. Representaba la escena un bellissimo jardín esmaltado de flores naturales con caprichosos juegos de agua: corrían los surtidores durante los intermedios. Luz, ambiente, perspectiva, nada se olvidaba. Los ventanones y la claraboya estaban dispuestos de manera que entrase en la sala una suave claridad como la del poético amanecer en cielo muy sereno. No nos hubiéramos acostumbrado á las lobregueces de calabozo ni á las tintas de catedral bizantina tan comunes en los teatros vistos de día. Cuajada de ramos la escalera principal: jarrones, bustos, guirnaldas y ramaje en el vestíbulo. La gente colocada con comodidad; y á su disposición, para los entreactos, los anchos corredores y el *foyer*, donde se servían delicados refrescos.

Al terminar la función, no he menester decirlo, corría la juventud á instalarse al pie de la escalinata. Magnífico golpe de vista. Por allí bajaban ó se deslizaban, como sáfides, las deidades de aquellas devociones. Por alto andaban finezas y requiebros. Era el momento *psicológico* del zapatito de raso, de la media calada, de la *pointe* de Chantilly, del primor de capota azul, de la blanca mantilla, de la vara de refilón ó de la furtiva seña. Había mortáles afortunados y mortales sin fortuna: fe-

lices y desgraciados, como sucede siempre en esta triste humanidad que paladea tantos deleites y devora tantas amarguras. Unos, los descontentos, se retiraban á sus casas, mustios y cariacontecidos, llorando el tiempo perdido en ajustarse el guante *lila* y en probarse el lazo de la corbata. Otros, los satisfechos, salían reventando de gloriosos, alta la frente, y ceñidos los nuevos laureles alcanzados en la conocida faena de jugar, con puntería certera, la batería de los gemelos.

En sus bailes de máscara desplegaba el Liceo más lujo que en los conciertos. La primera vez que asistí á uno de los del Real, cuando se entraba por la plaza de Isabel II, me quedé hecho una pieza. Creí estar en Alcorcón ó en Vallecas. Aquella especie de trampolín que os llevaba de la puerta al salón, merecía una cruz para el que la había inventado, y otra laureada, sin juicio contradictorio, en pago de nuestra paciencia. Figuraos qué contraste viniendo del Liceo de Barcelona, con su vestíbulo engalanado en la misma forma que acabo de describir, con el mármol de la escalera, aquellas anchuras y aquella magnificencia. Concurrencia escogida: la gente *non sancta* buscaba otros desahogos. Por esto se bailaba en las máscaras, porque encontrabais vuestra sociedad, la que frecuentabais, la que sabía vuestros pecadillos, la que os intrigaba sin faltar en un ápice á las conveniencias. Disfraces poquísimos: el dominó hacía el gasto. Tal vez alguna payesita con pañuelo de encaje en la cabeza, otro cruzado sobre el pecho, largas arracadas, *xipó* de raso negro, mitones de seda y en la cesta una soberbia amapola. Si, como al descuido, os la daba al pasar, estábamos bien: *Consuelo*.

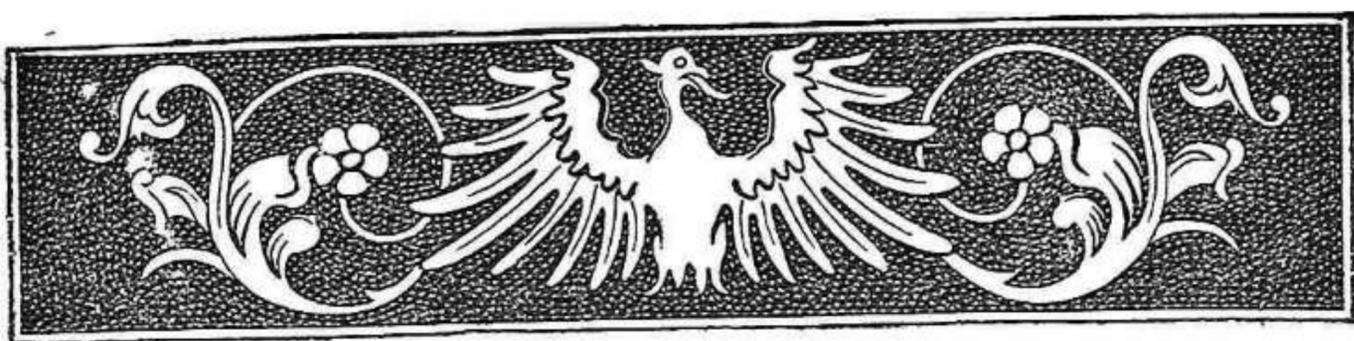
Firmes allí desde las doce de la noche hasta las siete de la mañana, abstraídos del mundo real, entre flores, armonías, hadas, amores, esperanzas, finas correspondencias y dulcísimos coloquios. ¡Abstracciones! ¿Abstracciones, digo, de la vida real? Humo, vapores de la mañana. Las abstracciones de la vida real son como los sombreros buenos del guardarropa: se acabaron..... á las once.

VII

Apesar de lo dicho, no sería justo ni generoso olvidarnos del *Principal*. En ciertas temporadas sacaba los pies del plato sorprendiéndonos con una buena compañía italiana. Allí oí dos triples excelentes: Emilia Goggi, en *Ana la Prie*, y la Cattinari, en otras partituras. Pero lo que predominaba en Santa Cruz era el verso, con Romea, Arjona y la Matilde, Valero y la Cairón, Ceferino Guerra, Florencio Parreño y la Pepita Palma, que tuvo la crueldad de abandonarnos pronto para dar su linda mano á un rico heredero de Barcelona. Repertorio, el de entonces: Bretón, Zorrilla, Hartzenbusch, Rubí, Ventura de la Vega. Item: lo terrorífico que nos traía Valero. El hacía prodigios en *La Hermana del Carretero* y en *El Perro del Castillo*: Matilde arrebatava en *Amor de Madre*: Julián en *La Huérfana de Bruselas*. Papá Parreño nos entretenía con piecitas de buen humor, alguna de ellas bilingüe. También trabajaban Perico Delgado y Pizarroso.

En fin, que aquello era eminentemente aprovechable, con perdón de los líricos y de los liceístas. Así lo entendíamos los imparciales. A cuyos humildes representantes no se nos ha borrado de la imaginación el buen efecto de algunas funciones del *Principal*, con el indispensable acompañamiento de niñas bonitas, mamás escamonas, padres inoportunos, pérfidas declaraciones, planchas, osos y monós colosales, y algunos curiosos incidentes de entre bastidores.

JOAQUÍN MARÍA SANROMÁ.



CARTAS DE PARÍS

Señor director de la REVISTA CONTEMPORÁNEA:



XCELENTE amigo mío: Cuando me anunciaron la feliz idea de los editores Cortezo y Compañía de publicar una colección de *Novelistas españoles contemporáneos*, supuse—sin más razón que mi deseo de ver los buenos libros impresos con el merecido lujo,—que se trataba de ediciones en 4.º mayor, tiradas á dos tintas sobre purísimo papel de hilo, con caracteres españoles antiguos, con viñetas y adornos dibujados para el caso y grabados en madera, algo, en fin, como la biblioteca de la casa Quantín, de París, pero con aspecto y sabor nacionales. Ha resultado errónea mi suposición, y lo siento, y por eso lo digo. La edición de la casa barcelonesa es bonita y barata, pero no es obra artística, como lo hubiese preferido, aunque costara muchísimo más. El negocio queda en pie, tentador y difícil, para un librero rico, osado y de buen gusto, quien por ahora no parece aún haber nacido en nuestra tierra (1). Pero en lo que

(1) Nuestro ilustradísimo corresponsal demuestra, al decir esto, que reside hace veinte años en París. Por desgracia no es posible intentar en España lo que desea; y harto mérito contraen los Sres. Daniel Cortezo y Compañía publicando dicha *Biblioteca*, pues son muchos los obstáculos que han de salvar

los Sres. Cortezo y Compañía han estado acertados y manifestado la inteligencia que indudablemente les adorna, es en pedir á la autora de *Los Pazos de Ulloa* unos apuntes autobiográficos, y D.^a Emilia Pardo Bazán ha hecho muy bien en escribirlos, aunque D. Juan Valera diga luego que en esto, como en lo del naturalismo, mi respetada amiga se viste á la moda francesa; no á la última, por cierto, pues la tal moda es aquí sobrado vieja, y basta con acordarse de Montaigne.

Como, por el momento, nadie ha atacado este género, no es oportuno defenderlo. Lo único que confesaré es que me deleita más que la mejor novela, por ser un verdadero documento humano, sobre manera provechoso para la crítica. Los cerebros privilegiados no pasan de los veinticinco años sin conocerse á sí mismos, y placer y ventaja nos ha de reportar el conocerlos cuando son tan bellos, moral é intelectualmente, como el de Emilia.—Y ya no vuelvo á escribir *Doña Emilia*; me parece que la ofendo, como ofendería á Pereda si le llamase el *Señor de Pereda*, que por algo son glorias españolas.—Las confidencias de un escritor, á condición que sea sincero y no un guasón como Próspero Mérimée, y sin que la sinceridad raye en cinismo como le pasa á Rousseau, son una contra-crítica, necesaria á mi juicio para los historiógrafos y biógrafos de los siglos venideros, pues el crítico puede equivocarse aunque posea la certera sagacidad de un Sainte-Beuve. «*Casi equivalen semejantes escritos á tratar al autor,*» dice la autora; yo añadiré lo que su modestia no le ha permitido añadir, y es que sucede así, cuando esos escritos tienen la frescura, facilidad y espontaneidad de éste que nos ocupa; en efecto, los que tengan el honor de tratar á Emilia, leerán esas páginas con la ilusión de estar oyéndola hablar. La pluma, puesta en el papel, ha corrido del principio al fin, con igual soltura, gracia y desenfado que la lengua en las conversaciones ordinarias. Ya sospecho que á seguida ha habido tachones y enmiendas, pero tarea difícil sería señalar dónde, y

—varios de ellos señalados por el excelente crítico Leopoldo Alas en el periódico *La Opinión*—incluso el que nace de ser los españoles tan poco aficionados á la lectura, mal de que ya se dolía el insigne Figaro.—(N. de la R.).

la impresión es la de una conversación, ó monólogo por ser más exacto, dicho lisa y llanamente en hora de expansiva confianza.

Tal vez no falte algún malicioso—creo que algo ha dicho de esto el Sr. Ortega Munilla,—que indique en esos apuntes la constante preocupación de agradar, cierta manera de exponer, de contar, de embellecerse sin que lo parezca, cierta coquetería, en suma, para decirlo de una vez, lo cual en nada destruye la espontaneidad; pues esa coquetería femenina la tenemos todos los escritores en mayor ó menor grado, y más una señora, tan mujer como Emilia, tan poeta como Emilia, tan refinadamente artista como lo es su varonil inteligencia. Esa coquetería es natural, inevitable, y sólo agrega un encanto más á tan encantadoras revelaciones.

Encantadoras é interesantes. Todo interesa, por nimio que sea, en los seres queridos y admirados; los episodios de su vida, la evolución de su voluntad y carácter, sus opiniones y predilecciones, hasta sus manías, ya que toda individualidad se compone de factores grandes y pequeños. Sobre este punto no quedo satisfecho con las confidencias de la autora; no nos da suficientes detalles respecto de su propia esencia, de su alma. Y no es que yo tenga la indelicada curiosidad de conocer *las hondas tristezas y las ideas oscuras que iba á olvidar en la portería del convento*, en Compostela, por más que sea muy necesario para descubrir la *intima conexión* que existe entre el *San Francisco* y el estado de ánimo de su autora cuando lo escribió, pero sí desearía saber, pongo por caso, el trabajo que se efectúa en el cerebro de Emilia cuando ha recibido la impresión de un asunto novelable; cómo lo compone, cómo le da vida, cómo lo vierte; si todo él se le presenta ya ordenado y bien distribuído, ó si, á semejanza de lo que á Balzac le sucedía, el embrión no promete las proporciones que llega á medir la criatura adulta, y se va aumentando poco á poco, con sucesivo desarrollo. Más claro; si escribe sobre un plan y notas, ó confiando en la memoria y el calor de la concepción, una vez trazadas las líneas fundamentales. Todo ello es importantísimo y muy digno de saberse. Mas tampoco olvido que no fué el propósito de la autora regalarnos una

autobiografía, sino unos *apuntes* autobiográficos, y me conformo con esperar, muy contento, con lo que tiene la condescendencia de comunicarnos.

Francamente, sería preciso ser descontentadizo para pensar de otro modo; pues estos apuntes, con sus bien escogidos recuerdos infantiles, nos dan la clave casi completa de la mujer ilustre de que todo español se enorgullece; y digo *casi*, por faltar la historia de los abuelos paternos y maternos de la escritora, historia que nos explicaría la influencia de la herencia en su tan peregrino ingenio. Es indudable que ha habido en su familia grandes virtudes, voluntades enérgicas, esforzados pechos, corazones nobles, elevadas inteligencias; que la trasmisión de tantos y preciosos elementos ha acabado por producir una obra maestra, adquiriendo grado máximo de desenvolvimiento en esta mujer extraordinaria. Pero la dominante de la raza ha de ser la curiosidad, la santa curiosidad del saber, que en Emilia parece innata; curiosidad tan necesaria que los padres deben fomentarla ó provocarla por cuantos medios les sugiera su razón. Esa curiosidad, lo repito, ha de ser en mi amiga cuestión de herencia; desde su más tierna infancia la vemos leyendo todo *cuanto cae por banda, hasta los cucuruchos de especias y los papeles de rosquillas*, y aunque no nos lo dice, todo le debía ofrecer igual atractivo en la vida; ha sido, seguramente, una *niña preguntona*, ansiosa de aprender, de saberlo todo. Hay rasgos fisonómicos que no mienten, y quien haya observado la mirada de esta señora y su típica nariz, tan robusta, expresiva y hermosa, por más que sea incorrecta, convendrá en que la curiosidad es parte constitutiva de este temperamento. Y la sólida cultura, los múltiples conocimientos de este espíritu, no satisfecho nunca con lo mucho que ha atesorado, anhelando siempre por adquirir más, son los frutos de la primitiva curiosidad, que á cualquier medio hubiera resistido, como planta vivaz, pero que se ha desarrollado sin vientos contrarios, favorecida por un cúmulo de propicias circunstancias.

Nace de padres bien acomodados y de clarísima inteligencia, lo que ya son dos bienes; no negaré que la pobreza sea una gran aleccionadora de hombres, aunque es más común-

mente fecundo manantial de decaimiento y corrupción, sobre todo para el artista; pero mejor me parece el bienestar y la quietud de ánimo que produce, máxime tratándose de una dama. Los padres, en vez de impedir las lecturas de su hija y burlarse de sus aficiones, las miran con buenos ojos, y la niña, además del cariño acendrado que le calienta el alma, encuentra la aprobación que tan grata y estimulante es, cuando sentimos que nuestras aspiraciones la merecen.

Abre Emilia Pardo Bazán los ojos á la luz en tierra bendecida; cubre un cielo clemente su cabeza; le sonríen por doquiera las galas de una flora tan rica y variada, que nada tiene que envidiar á ninguna otra del mundo, y sí mucho por qué ser envidiada; tiene el mar á sus plantas, y las brisas cargadas de sal purifican sus pulmones, fortifican su organismo que más tarde la maternidad volverá tan potente y sano como le vemos hoy, afortunadamente para las letras, pues ya lo dije en otra ocasión: la característica del talento de Emilia es la salud. Ella que tan *modernista* es por su manera de ver y de expresar, particularmente en el paisaje, no adolece de la prostración, del neurosismo, mal humor é impotencia de los escritores modernos de por acá y algunos de por ahí, tan ojerosos y tristonos, que grima causa verlos. Por el contrario, hay en ella virilidad, fe y entusiasmo por todo lo grande y bello, y no me extraña que *sublime escalofrío del amor patrio* subsista en ella sin que lo hayan modificado *ni lecturas, ni estudios, ni azares de la vida, ni ciertos sofismas que hoy corren disfrazados de última palabra del desengaño filosófico, cuando no son más que atrofia del alma y signo infausto de decadencia en las naciones*. Dice la autora que en el particular se encuentra á la altura de una mujer de pueblo, y yo le alabo el gusto. ¡Dios la bendiga!

No contaré los prodigios infantiles de nuestra escritora, que no recuerda haber delectado—detalle olvidado, sin duda, por otros muchos,—pues he conocido tantos *prodigios* tronchados en flor, que no les hago ya caso. Podía muy bien hacer versos *la nena*, como la llamaba un amigo de su familia, y no haber pasado de una de tantas *damas distinguidas* como, por culpa de nuestros pecados, siguen escribiendo versitos en los perió-

dicos de modas, y novelucas ultra-morales y ultra-empalagosas. No conviene, por lo tanto, dar mayor importancia al hecho de escribir versos *en los años en que la Iglesia Católica concede uso de razón á los parvulitos*, ni Emilia se la atribuye; el por qué de este su primer recuerdo literario, está en la tentación de describir el regreso de las tropas expedicionarias de Africa. Pero, en suma, bueno es saber que este pasmoso cerebro estaba ya agitado por la *necesidad* de componer, desde su más temprana infancia. Lo que presenta más interés é indica mayor dosis de ingenio natural, es que la niña leía, comprendía—claro está que no como hoy; pero lo bastante para deleitarse con la lectura,—tres obras eternas: la *Biblia*, que es, y será, aunque un día las religiones cristiana y hebraica desapareciesen—lo que no creo,—el más grandioso monumento literario que existe; el *Quijote*, la novela-tipo que—por no juzgar lo porvenir—tal vez se iguale en futuros siglos; pero que nunca será superada; y la *Iliada*, la del divino Homero, que tantos hombres ilustrados y pagados de su *buen gusto*, no consiguen leer sin bostezar, y acaso, acabar por dormirse. Leía, además, esta preciosa niña, los *Varones ilustres*, de Plutarco; la *Conquista de Méjico*, de Solís, y fácil sería demostrar, si éste fuera momento propicio para entrar en tan minucioso análisis, que sus grandes virtudes literarias, la claridad del concepto, la profundidad del pensamiento, la energía, la gracia y la novedad de las imágenes, la elegancia y pureza del estilo y muchas también de sus virtudes morales, han nacido ó se han desenvuelto al calor de esas lecturas. Tiene mi amiga tan bondadosa y atractiva indulgencia, no sólo en cuestiones literarias—sin llegar á *panfilismo*, como dice Valera,—sino en las cosas corrientes de la vida, que no me cansaré de alabarla. Y esta indulgencia, secundada, indudablemente, por su excelente salud, es otro resultado de las primeras y bien digeridas lecturas.

Considerando torpe el sistema de hablar de un libro recordando en él unas páginas como muestra, no reproduciré ninguno de los recuerdos á que aludo, y quien desee saber si ando acertado en mi sentir, que los lea después de comprar la obra que para venderse se publica. No sé si, por más que apli-

case el método experimental y el determinismo— que yo acepto en todo lo aceptable,—llevaría á una niña nacida en tal medio y con tales facultades, hasta formar una mujer como Emilia Pardo Bazán; pero sí sé que, conocida la mujer, toda su infancia nos parece natural, forzosa, inevitable tal como fué; partiendo de la mujer, un gran pensador crearía una niña sobre manera parecida á la que con tanta sal nos describe la autora de *La Tribuna*.

Con no menos sal nos habla la autora del empacho de krausismo que á seguida de la revolución de Setiembre tuvo España, y la llevó á leer libros de filosofía alemana, aficionándola «á la lectura seguida, metódica y reflexiva, que pasa de solaz y toca en estudio.» poniendo en actividad sus facultades intelectuales y permitiéndola adquirir «el lastre que necesita todo artista para no flotar sin rumbo como un tapón de corcho en el mar.» Y aconsejó á los aprendices de literato la meditación de esta verdad, pues apesar de la copia de ciencia, de los infinitos conocimientos que la novela naturalista exige de sus adeptos y que no reclamaba la novela idealista (las pruebas abundan), muchos siguen creyendo que para escribir novelas basta con observación, sentimiento de la realidad, intuición del corazón humano, como antes bastaba con imaginación, sentimiento dramático, verosimilitud, etc. Basta, si se quiere, pero los que no tienen fondo, por muy hermosa que la forma sea, tendrán que conformarse con hacer sonreír siempre que hablen de filosofía, de medicina, de agricultura, de cualquiera de las muchas materias que no han estudiado y de las cuales tienen, cuando más, ideas falsas y vulgarísimas. El mismo Zola, que bien sabe lo que le falta, deja asomar muy á menudo la punta de la oreja, y si no hace sonreír, se nota que ha hecho los estudios que necesitaba para tal ó cual novela, de prisa y con ansia, superficialmente, asimilándoselos con prodigiosa fuerza digestiva, pero siempre de modo incompleto. Puede parecer á los simples que es un pozo de ciencia, que posee el referido *lastre*; pero los que por hábito ó instinto leen entre líneas y descubren el trabajo del autor, saben que no existía tal lastre algunos meses antes de que fuese necesario, y que no hay tal pozo; todo lo más un pilón. Cuando el escritor

es un ingenio como Zola, puede dispensarse la carencia de sólida instrucción; cuando sólo tiene el escritor talento, esa falta equivale á inevitable padrón de inferioridad.

Cuéntanos luego Emilia cómo al salir de las lecturas graves y medulosas á que se había dedicado, vino á Francia, y por primera vez trabó conocimiento con las novelas de Balzac, Flaubert, Goncourt y Daudet, comprendiendo: «*los rumbos que sigue la novela moderna—y entre paréntesis preferiría este adjetivo al de naturalista,—su importancia, su papel principalísimo en las letras contemporáneas, su fuerza incontrastable y su obligación de vivir y reflejar, como epopeya que es. la naturaleza y la sociedad, sin escamotear la verdad para sustituirla con ficciones literarias más ó menos bellas.*» Es lo que también le ha venido á pasar á Narciso Oller, del cual no sabré decir si hubiera escrito como lo hace hoy día, caso de no caerle en las manos *Fromout jenué et Risler ainé*; pero sí sé que al realismo ó verismo estaba en la masa de la sangre de Emilia; que aunque nunca viniese á Francia ni leyese ningún autor francés naturalista, habría escrito novelas realistas adaptándolas al gusto moderno, que unas narices como las suyas habrían olfateado á escape; que sin conocer á Zola, su inteligencia habría sido capaz de crear algo como el naturalismo; la lectura de los novelistas franceses le ha ahorrado trabajo, le ha expuesto con claridad lo que ella sentía confusamente, no habiéndolo meditado aún lo bastante; mas no conviene exagerar la influencia del naturalismo francés en el espíritu de Emilia. Pardo Bazán. No ha seguido *dócilmente un impulso recibido de fuera*, como dijo Menéndez Pelayo, pues el impulso es en ella interior y yacía latente. No se ha dejado tampoco *arrebatado del torbellino de la moda literaria*, lo ha aceptado, lo ha adaptado, lo ha sujetado y lo dirige. No niego la verdad de que *toda gran mujer ha sido grandemente influida*, pero es cuando su alma está preparada para sufrir la influencia. Yo supongo que es moda ser irreligioso, desmenuzar el cristianismo y hacer con él jigote; supongo que Emilia es esposa de un gran filósofo á quien ama y en el que adora y venera, ¿cree Menéndez Pelayo que la influencia del pensador anticristiano tornaría, no atea, sino heterodoxa, á la autora de *San Francisco*?... Desengañense

Menéndez Pelayo y Valera; que en su delirio anti-naturalista pierden la constante y admirada claridad de su juicio crítico y son injustos; nuestra escritora era naturalista antes de venir á Francia; y en cuanto á lo de seguir la corriente de la moda... había tanto que redargüir y tantas concesiones que señalar aun en los que parecen más rigoristas, que lo dejaré para otro día.

Si bien es difícil salir fuera del terreno de la novela y del naturalismo, pues desde aquí los *apuntes* no hablan de otra cosa, y la historia de los libros de la autora—que no es completa y tendrá que rehacer si alguna vez escribe sus Memorias literarias,—ocupa tal vez veinte páginas, hasta la bellísima descripción, que nos da de la granja de Meirás y de sus horizontes. Todas esas páginas son exquisitas y deleitables, y por mi parte, sólo en un punto no estoy conforme con mi amiga y maestra. No quiero hacer á esta señora lo que pintorescamente llaman los franceses *une querelle d'allemand*; aunque secundaria, la cuestión no es despreciable. Como Valera, y otros muchos, Emilia cambia el nombre á las localidades en que pasan sus novelas, creando una geografía imaginaria, que yo no puedo sufrir, por la misma razón que el lenguaje de *Pascual López* desagradaba á su autora, porque es una convención, y de todo punto innecesaria. No oculta nada ni nada evita. Acaso, ¿no se sabe perfectamente, y la autora lo confirma con su aserto, que *Marineda* es la Coruña, como se sabe que *Vetusta* es Oviedo? ¿Será en Emilia una influencia romántica y poética, y en *Alas* cierta tendencia al simbolismo? Parece, además, querer dar á entender, que la historia es tan sabida y verídica que hay que callar donde ocurrió; y esto es bueno para las novelas inventadas, no para las reales. Emilia Pardo Bazán da las razones á que obedece, y son tres, pero las tres insostenibles. «*Primera: precaver objeciones fundadas en cualquier inexactitud material que yo cometa, como si, por ejemplo, supongo que la feria de Cebre está á la entrada del pueblo, cuando dista de él un cuarto de legua, ó cosa por el estilo.*» Con todo el respeto debido, el escrúpulo es una niñada. Ningún crítico serio puede poner semejante objeción á esta ni otras inexactitudes materiales, y de los que las pongan no debe hacer caso

la escritora. En la *Muse du département*, Balzac llama Tobías á Mr. Piédefer, sin acordarse de que los calvinistas no admiten el libro de Tobías en las Sagradas Escrituras; en *Albert Savarus*, mademoiselle de Watteville se llama Filomena, lo que es un anacronismo. ¿Ha echado nadie en cara á Balzac estas inexactitudes? «*Segunda: eximirse del realismo servil, que detesto tanto, cuanto amo la verdad sentida que deducimos de la impresión del conjunto, y no de particularidades triviales?*» Es indudable que cuando Galdós llama Madrid á Madrid, se exime, apesar de eso, del realismo servil, que la autora detesta con razón como todo el que tenga buen sentido; además, lejos de mí la idea de llamar triviales á las particularidades que abundan en la descripción de Vichy (*Un viaje de novios*), pues todo aquello es delicioso y está pintado con arte, pero hay allí mucho más que la *impresión del conjunto*. En fin: «*Tercera: más libertad para crear el personaje, pues aunque la afirmación sorprenda, yo no he copiado jamás ninguno de los que en mis novelas figuran.*» Me atengo á lo dicho, y repito que idéntica libertad tendría la autora llamando al pan pan, y á la Coruña la Coruña. Respecto de lo de *crear* el personaje, Emilia está en la verdad, y tiempo habrá de explicarlo, puesto que la *cuestión naturalista* se encuentra en estos momentos sobre el consabido y raído *tapete* de que tanto ha abusado la jerga política. Para cerrar esta oposición mía diré, que si Emilia pone una novela en París, seguramente llamará á la capital *París*. ¿Por qué no hacer lo mismo con las otras localidades? Sus razones son preocupaciones inadmisibles en tan robusto cerebro.

Y preocupación es igualmente en la elegante prosista creer que sus versos son pecados. «*La poesía, dice, no me satisface sino cuando se acerca á la perfección y además es original, en el sentido en que entiendo yo la originalidad: cuando expresa cumplida y sinceramente la personalidad de un poeta.*» Soy de ese parecer y menos que otro género sufre medianías la poesía. Pero es el caso que los breves poemitas reunidos bajo el título de *Faime* no encierran medianía, sino incontestable superioridad y originalidad, es decir, *personalidad cumplida y sincera*. Siendo Emilia, como lo es, poeta en prosa y pose-

yendo por modo natural el mecanismo del verso, sus poesías han de llevar la marca de su ingenio y la fluidez y galanura de forma á que nos ha acostumbrado. Como no conozco otros versos que los poemitas de *Faime* no puedo defender otros contra el descrédito en que su autora parece tenerlos; pero éstos los defiendo, y la crítica toda y todo el mundo los defendería de ser conocidos. Yo desearía vivamente, como la autora cuando era niña, que me saliesen en los hombros alitas de golondrina para entrar por la Coruña sin que nadie reparase en mí, penetrar en casa de la novelista, descubrir la colección de sus versos y escaparme con ella bajo un ala; y aunque me tratasen de indelicado, ó cosa mayor, aunque diese un disgusto á la tímida poetisa, imprimía los versos y los enviaba á los críticos, y para que se leyesen universalmente—en el universo de lengua española,—se los regalaba á la gente. Entonces, tal vez, Emilia se convencería de que escribe en verso tan lindamente como en prosa.

Y aquí, mi buen amigo, terminaría mi carta reservándome hablar de *Los Pazos de Ulloa* más adelante, si no recordase estas líneas con las que concluye el artículo de Alfredo Vicenti, á quien aprecio en lo que vale y quiero mucho, pero que ha comprendido defectuosamente el juicio de Emilia acerca de Revilla: «*Después de leído, nadie se maravillará de los absurdos rumores que por acá circulan de algunos días á esta parte. Necesaria sería una verdadera revolución para que una dama entrase en la Academia. Por eso, y nada más que por eso los calificamos de absurdos.*» En 1.º de Enero de 1885 escribía yo en *Europa y América*, dirigiéndome á Emilia Pardo Bazán, sin nombrarla, que «la Academia Española, si fuese lo que debiera ser, coronaría su talento, no para lustre de la escritora, sino para honra de la Academia.» Acaso, ¿es ahora la Academia lo que debe ser; es capaz de comprender que las mujeres excepcionales reclaman medidas excepcionales también; puede llegar á ofrecer al mundo un ejemplo tan alto de libertad é igualdad ante el talento? Cuánto desearía equivocarme, es innecesario apuntarlo, pero no lo creo ni podré creerlo hasta que lo toque con la mano. Y en verdad que la Academia pierde una buena ocasión de conquistar el aplauso y los ví-

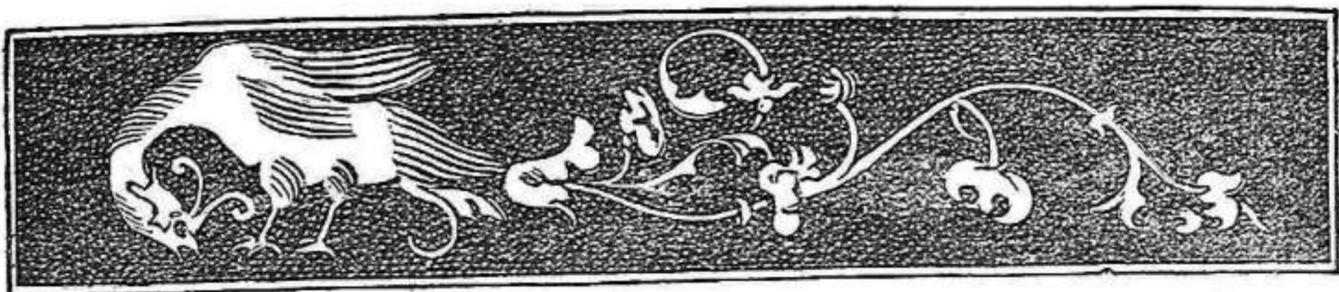
tores del elemento joven de la literatura contemporánea, porque Emilia Pardo Bazán en la Academia quiere significar...

¡Pero, punto en boca, para no echarlo á perder, *por sí acaso!*

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

París 2 de Diciembre del 86.





ESTUDIOS
ACERCA
DE LA EDAD MEDIA

Continuación (1)

VII

COMIENZOS DE LA FILOSOFÍA EN LA EDAD MEDIA
SAN AGUSTÍN (*La ciudad de Dios*).—LA ESCOLÁSTICA

(Conclusión)

A partir de la aparición de la *Ciudad de Dios*, de San Agustín, ¡qué curso tan majestuoso el curso de la filosofía cristiana por la historia! Un senador, Boecio, sobre cuyo sepulcro en Pavía rezan aún hoy las generaciones creyentes, deja á las almas su *Tratado del Consuelo*, y á la inmortalidad su vida, por el martirio cruel purificada (2); Casiodoro, monje,

(1) Véase la pág. 290 de este tomo.

(2) V. J. A. Fabricio, *Bibl. latina*, tomo II, lib. III, cap. XV, edic. de Hamburgo, trae el catálogo de las obras de Boecio.

historiador, ministro, rectorico, panegirista elocuentísimo, dicta sus *Instituciones Divinas y Humanas*, que son la verdadera enciclopedia de su tiempo, y busca la soledad para sus pensamientos en el retiro de Vivaria, por él cuantiosamente enriquecido (1); Beda el Venerable compone su obra «*De sex mundi ætatibus ab orbe condito ad annum*,» mostrándose en ella teólogo, filósofo, historiador, rectorico; un Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, lumbrera preclara en el cielo de la historia hispana, reasume en portentoso libro, *Las Etimologías* (2), la ciencia de su siglo, y explica desde el hombre hasta el ángel, desde el Creador á la criatura, desde la palabra de Dios, encerrada en la naturaleza, hasta la palabra de Dios encerrada en la Escritura; otro Prelado, San Leandro, hermano suyo, pinta el cuadro de la *Historia de los Godos*, al fulgor de la luz del Evangelio; Gregorio de Tours escribe su *Historia Ecclesiástica Francorum*, en cuyas ingenuas páginas irradia todo el pensamiento de su siglo; Gregorio Magno, reformador del canto religioso, pastor celoso, que manda misioneros al Oriente para contrarrestar los ataques teológicos de Byzancio, al Norte para convertir á los anglo-sajones, á España para acabar con el arrianismo, hace inmortales sus *Sermones* y sus *Diálogos*, que van á informar toda la literatura legendaria de la Edad Media (3); San Martín, León II, Gregorio III, Zacharia, Pontífices, son el prodigio de su época por su saber vastísimo, esparcido en *Epístolas* famosas, que constituyen los primeros cánones disciplinarios del Papado; dos prelados, San Braulio y San Eugenio, ornamentos de la Iglesia de Toledo, suben á los cielos de la poesía con sus himnos, y á los cielos de la ciencia con sus libros filosóficos; un monje, naturalista, físico, matemático, llamado mago por sus contemporáneos, Gerberto, luego Silvestre II, abarca en su entendimiento penetrante la ciencia

(1) V. Marchio Maffey, *Complexiones. Epistolæ et Acta. Apostol et Apocalip*, sacada de los pergaminos de Verona y de Florencia, 1721, Introd.

(2) V. la obra *Isidoriana sive prolegomena in editionem operum S. Isidori hispalensis*, de Faustino de Arévalo. Roma, 1797.

(3) V. la *Edic. de los Maurinos*. Præet.

divina y la ciencia humana; en España, en Barcelona, el Obispo Samuel Tajo, forma la primera *Suma Teológica*, recomendable por su erudición y método; un monje, Alcuino, de erudición portentosísima, explica en la corte de Carlo-Magno los misterios de los cielos y los misterios del espíritu (1); un clérigo de Normandía, Teodulfo, es nombrado Obispo de Orleans, *missus dominicus*, grande del Reino, por su inspiración fecunda, atestiguada en numerosos cánticos latinos; Anastasio el bibliotecario, recoge con severa crítica los *Anales del Papado*, y las *Actas de los Mártires*, haciéndolas entrar en el plan y dominio de la historia; Pedro de Pisa, bien penetrado del genio literario de la Italia, que luego infunde con sus predicaciones y sus libros en la naciente cultura de los pueblos germánicos; un benedictino, Rabano Mauro, que escribió del *Universo*, es decir, de todo, hace memorables la silla arzobispal de Maguncia y el monasterio de Fulda, por sus 51 obras de Teología, Moral, Cronología (2); un diácono, Paulo, concluye erudito *Homiliario*, sencillo y candoroso, como todas las creaciones de aquellos siglos; un Obispo de Salzburgo, Virgilio, defiende con la esferoicidad de la tierra, la existencia de los antípodas, tan controvertida en las escuelas; otro Obispo español, Julián, habla en su libro de *Pronósticos*, de la existencia sobrenatural de los espíritus, del dogma del purgatorio, y lega á la posteridad la guerra entre Wamba y el turbulento Duque Paulo; Claudio, elegido Obispo de Turín por Ludovico el Piadoso, ilustra á los italianos con los fulgores de su saber extraordinario; Paulo Varnefrido, y Eginardo, historiador de los Lombardos el uno, y de Carlo-Magno el otro, merecen el honroso dictado de *maestros en el arte de escribir historia*; Prudencio Galindo, aclamado Obispo de Troyes por el clero y el pueblo de consuno, va á engrandecer con la eficacia de su palabra la Iglesia de los francos; *Speraindeo*, San Eulogio, San Álvaro, Sansón, Leovigildo, Cipriano,

(1) Prólogo á las obras de Alcuino, por Frobenio. Rastisbona, 1877; dos tomos 4.º—V. también la *Hist. litter. de la France*, tomo IV, págs. 295 á 347.

(2) V. Coussin. *Fragments philosophiques*.—París, 1840, pág. 104.

perpetúan la tradición isidoriana en frente de las escuelas mozárabes de Córdoba; un cenobita de Reims, Riquerio, después de comentar los tratados de Hipócrates, describe admirablemente el espectáculo de su tiempo, subordinando todos los hechos á un pensamiento capital y soberano, pudiendo decirse que con él se inicia la *Filosofía de la Historia*; un oscuro lombardo, Papias, concluye el libro *Elementario*, lexicón de voces latinas, base y modelo de los modernos diccionarios; un mendigo recogido en el monasterio de Prun, Regino, forma la primera colección de Cánones de jurisprudencia eclesiástica, sustituyendo el orden por materias al orden cronológico, que era el seguido frecuentemente por los expositores; un prelado de Canosa, Donizo, esculpe en crónica famosísima la memoria de la Condesa Matilde, esa heroica amiga del Pontificado; Juan de Galandia, Obispo, dedica al Emperador de Alemania un *Tratado de Ortografía* y otro de *Sinónimos*, en el que á cada palabra siguen puestas en verso las que pueden servirle de equivalentes; una monja de la Baja Sajonia, Hroswitha, *Blanca Rosa*, prepara con sus *Historias Sagradas* y sus *dramas*, el advenimiento de la poesía dramática moderna; Valafrido Estrabón, pariente del venerable Beda, comenta con sublime crítica la Biblia en su *Glosa ordinaria*, y reduce el culto á su pura y verdadera forma, en el *Tratado de los oficios divinos*; un monje de Corbia, Pascasio Radberto, sostiene contra los heterodoxos, con invencible argumentación, que el pan y el vino consagrados se convierten en el verdadero cuerpo y sangre de Jesucristo; Lanfranco, de sutil ingenio, pulveriza los sofismas del hereje Berengario acerca del sacramento eucarístico, y reúne importante colección de códices del Nuevo Testamento y de los Santos Padres (1); un prelado piadosísimo, Pedro Damiano, trabaja con elevado criterio en las *Vidas de los Santos*, en disciplina eclesiástica, en cuestiones exegéticas y teológicas; un monje irlandés, Dicuil, muestra sus grandes conocimientos en ciencias físicas, publicando *De mensura orbis terræ*, notable por los datos que

(1) Mabill. *Ann. Bened.* T. II. Act. Ss. Ben. T. IX.

ha reunido; Guillermo de Champeaux refuta las teorías nominalistas renovadas por Roscelino, entre el ruido de las disputas filosóficas de la Edad Media (1); por toda Europa, en los monasterios y en las catedrales, en los palacios de los Obispos y en los palacios de los Reyes, poetas, matemáticos, filósofos, místicos, naturalistas, exégetas, jurisconsultos, canonistas, que estudiando toda la ciencia al resplandor de la lámpara del santuario, dotados de observación sagacísima y de constancia inconcebible, iluminados por *la luz de la revelación divina*, considerando la misión de la enseñanza como misión del cielo, como verdadero sacerdocio, luchando contra los errores de la tradición oriental y de la tradición griega, refiriéndolo todo á Dios y por Dios, salvan la ciencia en las escuelas, el arte en los templos, y preparando el imperio de la civilización católica (la única verdadera y altísima civilización, puesto que no es más que la revelación divina encarnada en el pensamiento de la humanidad transfigurada), en el cenit espléndido del siglo XIII, con los *Espejos*, con los *Tesoros*, con las *Catedrales*, con las *Sumas*, van á iluminar al pensamiento con las místicas irradiaciones del *lumen gloriæ*; á extender el imperio de la Cruz por la redondez del orbe conocido; á traer entre los hombres el reinado social de Jesucristo, y á purificar al mundo con el fuego del espiritualismo, bajo las alas de la Iglesia Santa.

Así, la ciencia, la filosofía cristiana, refugiadas en la *Ciudad de Dios* de San Agustín, jamás han perecido. Por los tiempos que suceden á la caída del Imperio Romano, la barbarie pudo triunfar momentáneamente; pero nunca prescribir.

Yo no he hallado en los primeros siglos de la historia europea ese período de ignorancia universal, por tantos escritores lamentado. Porque muchos lo deploran con tan grandes clamores, yo comienzo á no admitirlo. El trabajo perseverante de los primeros monjes ha disipado todas las sombras,

(1) V. Rouselot. *Etudes sur la philosophie dans le moyen age*. París 1840. Part. I. Chap. V.

y entre la ruina del imperio y el desbordamiento de las razas bárbaras, nada ha podido prevalecer contra la filosofía cristiana. ¡Ah! La Providencia, para la que nada es insignificante, cuida lo mismo de los destinos de la ciencia y de los progresos de las artes, que de los destinos de los hombres y de las revoluciones de los siglos. Impíos y degradados los pueblos que no han tenido fe ni en Dios ni en el hombre; impías y degradadas las generaciones que temieron una noche eterna.

Impiaque æternam timuerunt sæcula noctem.

Por otra parte, los Pontífices de Roma, los Soberanos más populares de Italia, en cuanto han salido de la oscuridad de las catacumbas, han sido los salvadores de los destinos inmortales de la Iglesia, y con ellos de los destinos de la civilización cristiana. Constituído el poder espiritual y temporal del papado, anterior á todos los poderes políticos de Europa (1), al querer los Pontífices realizar la reforma imperiosísima del clero, pedida por Pedro Damiano, por San Bernardo, por Hildebrando, no vieron otro medio más propio y soberano, que cumplir esa misma reforma por la ciencia. Para ello precisaba, ante todo, la independendencia del sacerdocio, y los Papas la llevaron á cabo concediéndole una propiedad, el tesoro de la ciencia, que no podían transmitir ni el cetro de los Emperadores ni el poder de los señores feudales. Realzaba también la misión del sacerdocio, la ley del celibato, que al privar al pobre monje de los deleites de la familia, le daba en cambio los purísimos goces de la ciencia.

Las escuelas conventuales y las escuelas episcopales, decretadas por el Concilio Romano de 1078, y extendidas por todo el suelo de la Europa, son el órgano de la Ciudad Eterna, y la Ciudad Eterna representa en la historia del cristianismo la perpetuidad de la predicación de Jesucristo en la predicación de los Pontífices, «cuya palabra infalible escribe el mismo Dios allá en el cielo» (2). Toda la civilización es

(1) Hume. *Hist. of England*. Henri. VIII, ch. XXIX, ann. 1521.

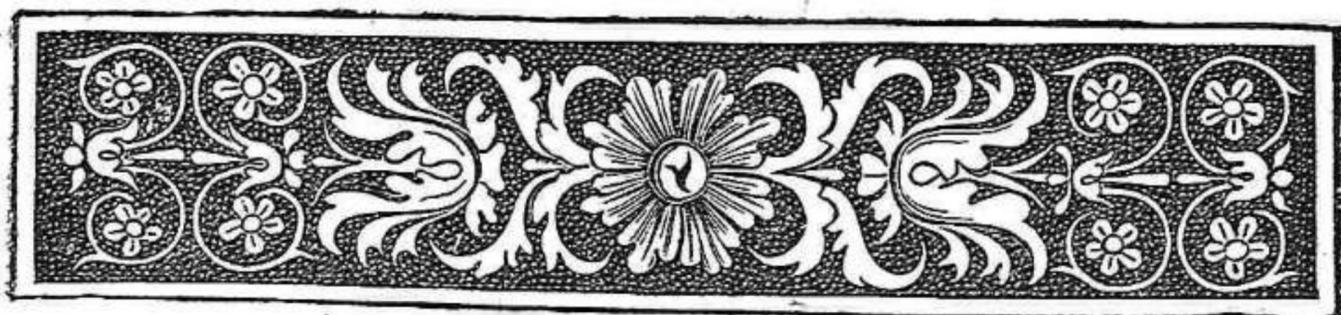
(2) Donoso Cortés. *Ensayo*, etc.

esencialmente romana. Los destinos de la humanidad descansan con toda su grandeza en la Roma pontificia, colocada sobre la cumbre de los siglos, y de la que Dante ha dicho en su poema: «Un consejo singular de Dios ha presidido al nacimiento y á las victorias de esta misteriosa ciudad, por siempre santa: las piedras de sus muros son dignas de profundísimo respeto, y el solio de sus Obispos, y el altar de su basílica merecen las apoteosis de los poetas, y las eternas alabanzas de los siglos.»

ADOLFO DE SANDOVAL.

(Se continuará.)





REVISTA CRÍTICA



SIEMPRE ha tenido para el hombre especial encanto lo maravilloso; cualquier hecho que salga fuera de lo ordinario, que no acierte á explicarse, llama en grado sumo su atención. Por eso hay innumerables personas que creen las cosas más inverosímiles. Si esto ocurre con la gran mayoría, constituída por ignorantes, tampoco se eximen de la ley los sabios, porque su misma ciencia les advierte cuánto es lo que desconocen.

Mucho tiempo hace ya que los fenómenos del magnetismo, por ejemplo, tienen entusiastas partidarios y acérrimos enemigos. Por varias alternativas ha pasado aquella creencia, desde que el médico alemán Mesmer lograba excitar la atención de París y que fuesen á examinar sus experimentos comisiones de las Academias de Medicina y de Ciencias, hasta cuando esta última acordaba unánimemente no dar oídos á ninguna comunicación en que se hablase del magnetismo, á la manera que se acostumbra hacer con los que afirman haber descubierto la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo, hasta la época reciente en que la misma docta corporación citada vuelve á tomar en serio los fenómenos del magnetismo.

Y es que el moderno *hipnotismo* no es ya imaginaria papa-

rrucha ideada por algún charlatán. Sabios ilustres, hombres de acreditado talento, se ocupan en su examen, el cual ofrece grandísimo interés, porque son de mucha trascendencia las consecuencias de la hipnotización, debiendo influir hasta en la responsabilidad ó irresponsabilidad de los criminales. A esta cuestión compleja y difícil han dedicado sus esfuerzos dos ilustraciones de París, los Sres. Binet y Féré, autores de una obra muy notable titulada *El magnetismo animal*, que en estos días ha dado á luz el editor de París Mr. Félix Alcan, libro que forma parte de la excelente *Biblioteca científica internacional*.

Aprovechándonos de él, indicaremos algunos de los curiosos particulares de que tratan los autores mencionados.

Pasando por alto los albores del magnetismo, los esfuerzos de Mesmer, Puysegur, Oudet, Berna y otros magnetizadores célebres, nos fijaremos en el hipnotismo. Braid, médico de Mánchester, inicia el estudio científico del magnetismo animal, aplicando la observación y la experiencia. Y para expresar el cambio de método emplea la palabra hipnotismo, que se refiere exclusivamente á un estado nervioso definido, observable en ciertas condiciones, según reglas ordinarias que se aplican mediante procedimientos conocidos, que se fundan en modificaciones de las funciones del sistema nervioso del paciente.

Braid descubrió los efectos que produce una actitud comunicada en los sentimientos de una persona; si se le da la actitud de la cólera, cerrándole los puños, todos los rasgos de su fisonomía toman una expresión amenazadora; si se le hace que imite el acto de enviar un beso, su boca sonrío; análogamente las actitudes de trepar y de nadar se producen cuando se le da la posición requerida para ejecutar estos diversos actos.

Varias otras investigaciones efectuó aquel médico, valiéndose de ellas para la cura de diferentes enfermedades. Liébeault y otros le siguieron, distinguiéndose principalmente el Dr. Charcot, que es quien ha rehabilitado el estudio del hipnotismo con sólo dar una descripción precisa de los caracteres físicos de algunos de los estados nerviosos que con dicho nombre se designan. Ya en el año 1878 adquirieron gran resonancia los trabajos del inteligente director de la escuela de

la Salpêtrière, iniciando un movimiento científico que continúa actualmente en Francia, Alemania, Inglaterra é Italia.

Respecto al modo de producirse, el sueño hipnótico apenas se diferencia del sueño natural, del que viene á ser una simple alteración, y es dado determinarle por excitaciones sensoriales fuertes y bruscas ó débiles y prolongadas.

Prescindiendo también del capítulo que Binet y Féré dedican á describir detalladamente los síntomas de la hipnosis, sus períodos y el estudio general de la sugestión, llégase al estudio, no menos interesante, de las alucinaciones, parándonos aquí, porque la alucinación hipnótica es uno de los fenómenos más importantes de la hipnosis. Aquélla puede influir en todos los sentidos de la persona sometida al experimento.

Es dable hacer que se vea un objeto más pequeño ó más grande de lo que realmente es, ó con distinta forma. Si se le dice que una persona tiene una deformidad cualquiera en la cara, se ve que aun después de hallarse despierto el paciente, se disgusta ú horroriza cuando dirige la mirada á la cara de dicha persona, la cual suele convertirse alguna vez en un objeto permanente de repulsión. Si el experimentador lo ordena, se transforma el laboratorio en calle, jardín, cementerio, lago, etc.; sobre un cartón blanco aparece un retrato. Y hasta si se sugiere sobre el papel un cierto número de cifras, el paciente llega á sumarlas con toda exactitud.

Tocante al oído, bajo la influencia de la sugestión, confunde el hipnótico la voz de una persona desconocida con la de una persona conocida y ausente; puede oír, en medio del silencio más profundo, voces que dan órdenes, que le dirigen injurias, palabras obscenas, etc.

Respecto al gusto, si se ha presentado al hipnótico un pedazo de papel, por ejemplo, diciéndole que es un pastel, al despertarse lo desea comer con ansia. En otras circunstancias se le convence de que los alimentos están envenenados.

También el olfato puede ocasionar sensaciones erróneas. El hipnótico creerá, v. gr., que entran malos olores por el agujero de la cerradura.

Por último, las alucinaciones del tacto son mucho más variadas. Sugiéresele que tiene una llaga, y describe el dolor de

manera distinta, según que se trate de una llaga producida por instrumento cortante ó por instrumento contundente; pero dicha descripción no está conforme con la realidad, sino cuando anteriormente ha experimentado uno de aquellos accidentes.

Lo más notable es que al mismo tiempo se manifiesta la alucinación de la vista; corre la sangre, etc., y resulta un delirio más ó menos persistente, durante el cual se queja el alucinado de dolores imaginarios y se toca la parte enferma, como si realmente existiese la llaga.

Refieren Binet y Féré en la obra citada, que un día dijeron á X... que se había convertido en M. F...; después de oponer alguna resistencia, aceptó esta sugestión. Al despertar no ve á M. F... que está presente, imita sus actitudes, y no dice una sola palabra. Entonces le preguntan:—¿Conoce V. á X...? Tí-tubea un instante y contesta con aire de menosprecio: «¡Ah! sí, es una histérica.»—¿Y qué opina V. de ella?—«Que es una mala cabeza!»

En concepto de dichos autores, es muy difícil determinar la naturaleza psíquica de tales trasformaciones, las cuales constituyen un verdadero delirio.

A más de estas alucinaciones, que son bilaterales, y en las que todos los sentidos engañan, lo que ven los ojos lo toca la mano y lo oyen las orejas; hay la alucinación unilateral, pudiéndose hacer, por ejemplo, que una persona vea un objeto imaginario con un solo ojo, fenómeno que es frecuente en la enajenación mental.

Respecto á las conclusiones que pueden deducirse de los hechos indicados, recuerdan Binet y Féré que la mayoría de los psicólogos modernos admiten la ley apuntada por Dugald Stewart, y expuesta por Taine, de que toda imagen produce una creencia momentánea en la realidad de su objeto. «Pocos hombres hay, decía el psicólogo escocés, que puedan mirar de arriba á abajo desde lo alto de una torre sin experimentar un sentimiento de terror. Y sin embargo, su razón les convence de que no corren ningún peligro.»—En efecto, dice Taine, cuando la mirada llega al suelo, nos imaginamos súbitamente trasportados y precipitados hacia abajo, y esta sola imagen

nos espanta, porque durante un momento imperceptible es creencia; nos inclinamos instintivamente hacia atrás como si nos sintiésemos caer.» Hay, pues, en toda imagen que se presenta al espíritu un elemento alucinatorio, y este elemento es el que se desarrolla durante el hipnotismo, bastando que se nombre un objeto cualquiera para que la imagen sugerida por la palabra del experimentador se convierta al punto en alucinación. Resulta, por consiguiente, que entre la idea de un objeto y la alucinación de este mismo objeto, sólo hay diferencia en el grado.

La alucinación consiste en una *imagen viva exteriorizada*, pudiéndose comparar también á una *memoria en acción*.

Narran luego aquellos autores una serie de experiencias de hipnotismo que arrojan bastante luz sobre el oscuro problema de la fisiología de las alucinaciones, y demuestran que la alucinación es producida por una excitación de los centros sensoriales. Conclusión muy interesante que resulta probada por el estudio detenido de los fenómenos hipnóticos.

Curiosos sobremanera son los experimentos que se refieren á las sugerencias de movimientos y de actos, siendo más difíciles de estudiar las de esta segunda clase, porque el acto se compone, no solamente de movimientos, sino también de sensaciones, percepciones, razonamientos, reflexiones y voluntad; el acto es como la *resultante*, en la cual convergen todas las funciones intelectuales, morales y motrices del individuo.

Charcot, Richer, Heidenhain y Berger son los que han practicado más notables observaciones de esta índole, así como para determinar también por sugestión la parálisis y la anestesia.

«El estudio de las parálisis por sugestión, dicen Binet y Féré, abre á la psicología horizontes completamente nuevos; estos hechos desconciertan al psicólogo, escapan á todas las leyes mentales que ha establecido, se niegan á entrar en el estrecho cuadro de sus clasificaciones. Consultad un libro clásico de psicología y hallaréis en él las tres grandes divisiones: sensibilidad, inteligencia y voluntad; en ninguna de estas divisiones pueden incluirse las parálisis psíquicas... La parálisis por sugestión puede alcanzar á todas las partes del mecanis-

mo psíquico: sensación, imagen, memoria, razonamiento, voluntad, motilidad, etc.; es, en una palabra, coextensiva á toda la inteligencia.»

También se ofrece un nuevo campo de investigaciones á la medicina *de imaginación* ó medicina sugestiva. ¿Cómo procede ésta? Bajo la influencia de una idea persistente sugerida por circunstancias exteriores, se desarrolla, por ejemplo, una parálisis; el médico, valiéndose de su autoridad, sugiere la idea de que la curación es indudable, y la parálisis desaparece; ésta y la curación han sido determinadas por una idea. De modo que, según las circunstancias, la idea puede ser agente patógeno ó agente terapéutico.

Como anteriormente indicamos, el hipnotismo puede influir en los actos, y, por tanto, constituye parte interesantísima de la medicina legal. Binet y Féré dedican en *El Magnetismo animal* un capítulo al estudio de aquella cuestión, advirtiéndole que no basta preocuparse de la *posibilidad* de que se realicen actos criminales por medio del hipnotismo, sino que es necesario inquirir la manera de *probarlo*.

Un individuo se presenta á la justicia pretendiendo que ha sido víctima de una violencia cualquiera ó de una sugestión mientras se hallaba hipnotizado; puede admitirse la *verosimilitud* de su afirmación si se prueba experimentalmente que aquel individuo es hipnotizable; pero no es posible hacer la prueba si no se somete voluntariamente á la experiencia.

Por otra parte, un individuo acusado de un crimen ó de un delito, alega que ha obrado influido por una impulsión sugerida durante el sueño hipnótico. En este caso, como en el anterior, es preciso ver si el individuo es hipnotizable.

Como el hipnótico no sabe el tiempo que estuvo dormido, ni aun siquiera cuántas veces se le ha hecho dormir y despertarse; como ocurre á menudo que, despierto, olvida cuanto aconteció durante el sueño, sobre todo si el experimentador cuidó de decirle que después no recordaría nada absolutamente; como el hipnótico puede tener buena fe y al propio tiempo ser víctima de una ilusión, y es posible que su error provenga de que el experimentador le ha inculcado un recuerdo falso, es difícilísimo orientarse en medio de tantos y tan

diversos fenómenos y declarar categóricamente: «esto ó lo otro es lo que ha ocurrido.» Por manera que el perito debe ceñirse á averiguar la *posibilidad*, no la *realidad* del hecho.

Finalmente, bueno será añadir que como las prácticas hipnóticas son susceptibles de determinar alteraciones nerviosas permanentes, es preciso proceder en esta clase de experimentos con mucha cautela. Y no conviene ejecutarlos delante del público, porque pueden producir alteraciones nerviosas aun en los individuos que no se sometan personalmente á las experiencias.

*
* *

Tierra y Cielo es el título de una novela de D. Salvador López Guijarro, con tal corrección y galanura escrita, que pone á su autor en el escaso número de los maestros en el idioma castellano. Atento sólo á crear una obra bella, el señor López Guijarro nos pinta escenas de la sociedad elegante, dibujando en el protagonista D. Raimundo de Lara ese tipo de caballero joven, descreído y acaudalado que sólo piensa en divertirse y enamorar mujeres, cuidándose muy poco del daño que pueda producir con su conducta, al fingir pasiones que rara vez siente, y sin otro Dios que el placer de los sentidos.

Doloroso es confesarlo: el D. Raimundo del Sr. López Guijarro no es un ente fantástico: existe en nuestra época; con él nos encontramos en el Teatro Real, en la Castellana, en todas partes. Ciertamente que, por fortuna, no abundan aquellos tipos; pero desde el momento que los hay, puede afirmarse que el autor ha copiado del natural.

Léese con singular deleite *Tierra y Cielo*, porque el autor pinta con gran riqueza de colorido, presenta diálogos muy ingeniosos y mantiene embebecido el ánimo con los encantos de su hermoso estilo.

En su animada vida de Tenorio empéñase D. Raimundo de Lara en conquistar á María de Cambor, encantadora joven, casada por gratitud con un anciano achacoso, en quien ve un segundo padre. Añádase á esto que María es sumamente reli-

giosa y emplea toda su actividad en socorrer á los necesitados, y se colegirá las dificultades de la galante empresa.

Pues bien: véase de qué modo tan hábil discurre Lara y con qué tino se traza el plan de combate:

«Esa criatura es, ante todo, una gran inexperta. Más todavía que su educación, su propia naturaleza le ha hecho, sin duda, ignorar la vida. Esa niña de treinta años no sabe verdaderamente otra cosa que su catecismo y su Santa Teresa. No sabe el dolor, no sabe el amor, no sabe el mal; todo en ella se reduce á su humanitaria ternura inconsciente. No tiene siquiera la idea de su belleza. Basta ver cómo se peina, cómo se viste; basta el sencillo abandono de su apariencia, que la hace, no obstante, tan supremamente bella, para adivinar su inocencia profunda.

»Su religiosidad no es refugio de un corazón amedrentado y herido: es exaltación pura, fe instintiva, tendencia cerebral predominante. Estoy seguro de que cree hablar como su Santa preferida, con los ángeles, y de que tiene idea circunstanciada hasta de la topografía del cielo. Es una ilusa perfecta.

»Hay que obrar, pues, ante todo, en armonía con el fenomenal modo de ser de esa especie de vestal cristiana: lo primero, no atacar directamente su pureza constitutiva, no espantar la paloma, no amenazar siquiera la blancura del armiño, no hurgar siquiera la sensitiva. Una torpeza cualquiera en este sentido, alarmaría ese corazón de tórtola solitaria, y la pondría, en el primer movimiento de su defensa, á mil leguas de mis garras. El ataque, desde su comienzo hasta su fin, tiene que ser indirecto. Es un terreno que hay que ir recorriendo en círculos concéntricos de fuera á dentro, y sobre las puntas de los pies. Hay que crear en ese alma humanamente deshabitada pero con la lentitud que garantice la seguridad, un afecto que sea primero simple deferencia, luego gratitud respetuosa, después amistoso interés, más tarde cariño fraternal, hasta lograr que el ardiente germen brote, que la centella se produzca, que la explosión estalle en su fondo, cuando ya no tenga alas con que huir, ni fuerzas, ni deseo, ni miedo de escaparse. Hay que ir poco á poco acercándose á esos sentidos muertos, y moverlos y resucitarlos con el hierro candente de la astucia,

envuelto en la confianza. Hay que cambiar ese pueril misticismo en una terrenal pasión repentina, absorbente, decisiva, cuyo desbordamiento pague con usura todo el trabajo de su creación. Hay que calmar en esa imaginación, enferma de filantropía, la agitación sobrenatural que la inflama. Hay que minar cautelosamente, por sus cimientos, todo ese edificio de absurdas creencias tiránicas y de egoístas esperanzas, para hacerle desplomarse en el instante oportuno y cambiarse por la realidad de un humanitarismo que se cifre y compendie en mí. En una palabra: se trata de un caso de demencia espiritualista, cuya camisa de fuerza exige los brazos de un verdadero profesor. Yo lo soy, ó quiero serlo. ¡Manos á la obra!»

Cómo logra declarar su pasión á la mística María de Cambor, después de haber conseguido su aprecio; de qué suerte llega al momento supremo, meta de sus aspiraciones, premio de sus afanes y plenitud de sus sentidos, no hemos de indicarlo: léase la obra y entonces se satisfará la curiosidad, gozando además con las bellezas del libro.

Para que todo sea bueno en él, hasta sus condiciones tipográficas con excelentes, como estampado por D. Manuel Ginés Hernández, de cuyas prensas han salido tantos volúmenes artística y elegantemente presentados.

¿Y no tiene ningún lunar la última novela del Sr. López Guijarro? ¿Es verdadero aquel desenlace... que callamos? Algunas observaciones podríamos hacer, pero como dice el ilustre Tamayo en *El Drama Nuevo*, señalen otros sus defectos; admiremos nosotros sus bellezas.

*
* *

Dos españoles célebres por muy distintos conceptos han inmortalizado la leyenda del Rey monje: Casado del Alisal (cuyo estudio nos ha descrito á maravilla el Sr. Becerro de Bengoa) con su magnífico lienzo, y Cánovas del Castillo con su novela *La Campana de Huesca*.

Publícase ahora la cuarta edición de este libro, impreso con

amore por el ya citado Sr. Ginés Hernández, y forma un preciosísimo tomo de 572 páginas, con el prólogo escrito por D. Serafín Estébanez Calderón (*El Solitario*).

Pasó ya la oportunidad de juzgar la obra del Sr. Cánovas; á su tiempo obtuvo las alabanzas de la crítica por su interés y estilo correcto. Propúsose el autor, según observa el Sr. Estébanez, «el ofrecer un cuadro verídico de la historia de Aragón en el siglo XII, poniendo en contraste las diversas clases que formaban entonces el cuerpo de la nación; el bosquejar la condición singular y en oposición siempre consigo mismo del Rey monje, y el tejer una narración por estilo tal, que ajustándose muchas veces á la razón histórica, consienta, sin embargo, la diversidad de entonaciones que trae consigo la variedad de situaciones y personajes que exigen las condiciones de la novela.»

Cumplidamente consiguió estos tres objetos el Sr. Cánovas del Castillo, y con afirmarlo queda hecho el mayor elogio de su crónica, titulada *La Campana de Huesca*.

*
* *

La Estática gráfica y sus aplicaciones á las construcciones, por M. Maurice Lévy, individuo de la Academia de Ciencias, profesor en el Colegio de Francia y en la Escuela central de Artes y Oficios. 2.^a edición.—Primera parte: Principios y aplicaciones de Estática gráfica pura.—Un tomo en 4.^o de 575 páginas con figuras y un atlas de 26 láminas.—Segunda parte: Flexión plana. Líneas de influencia. Vigas rectas.—Un tomo de 345 páginas con figuras y un atlas de seis láminas.—Imprenta de Gauthier-Villars.

Obra es esta verdaderamente notable, por el doble concepto de su mérito intrínseco y por referirse á una ciencia nueva en cierto modo.

La Estática gráfica tiene por objeto determinar, mediante dibujos sencillos y fundándose en ciertos principios, los esfuerzos (tensiones y compresiones) que se desarrollan en un con-

junto de piezas sometidas á fuerzas exteriores dadas. Caen dentro de este enunciado la mayor parte de los problemas con que el ingeniero puede tropezar en la práctica de su difícil profesión. Pero como toda idea nueva, choca con los obstáculos que la rutina opone á su camino, acostumbrados como están los ingenieros antiguos á resolver todas las cuestiones por el cálculo, y solamente en los ingenieros modernos se advierte marcada tendencia á aplicar los métodos gráficos. Justifícase sobradamente esto con decir que muchos de los constructores más acreditados acuden ya á la Estática gráfica y se atienen á las reglas por aquélla establecidas. Mr. Eiffel, por ejemplo, constructor del famoso viaducto de Garabit, tiene ingenieros especiales (antiguos alumnos casi todos de la Escuela de Zurich) que resuelven gráficamente los problemas, y se ha visto que en la práctica se consiguen los mejores resultados.

Otra ventaja tiene la Estática gráfica, á saber: que todas sus construcciones derivan de principios uniformes, si bien no puede negarse que haya casos particulares, muy particulares, en que por el cálculo se llegue á soluciones más sencillas aún.

Apesar de esto, se nota que mientras en Inglaterra, Alemania é Italia se estudia con suma atención dicha asignatura, en Francia no se explica en los cursos de las Escuelas de ingenieros civiles, y tan sólo Mr. Rouché en la Escuela de Artes y Oficios y Mr. Lévy en el Colegio de Francia, dan á conocer los métodos de esa tan interesante rama del saber. Respecto á España, es preferible no hablar, porque nos duele el lamentable atraso en que se halla la enseñanza. En ciencias exactas, como en todo, caminamos con tal lentitud, que cada día aumenta la distancia que de las otras naciones nos separa. Posible es que dentro de veinte años empiece á hablarse en nuestras escuelas de que hay un cuerpo de doctrina denominado Estática gráfica.

Pero volvamos á la obra del inteligente profesor Mr. Lévy. Es la segunda edición y está extraordinariamente aumentada.

Divídese el primer tomo en cuatro secciones. En la primera da el autor algunas nociones acerca del cálculo gráfico en

general, y resume los principios fundamentales de la Estática y de la elasticidad, de que después ha de hacer uso.

En la sección segunda expone los principios de la Estática gráfica, y entre ellos, las propiedades de los polígonos funiculares, condiciones de equilibrio de los cuerpos naturales, libres ó no; luego se dedica á la investigación de las fuerzas elásticas. Como este es el fundamento de los problemas del arte de construir, lo trata Mr. Lévy detenidamente y con gran tino, describiendo la teoría completa de los centros y curvas de presión y demostrando el teorema del polígono de Varignon. Desarrolla la teoría y construcción de los momentos de las fuerzas situadas en un plano, compone las fuerzas paralelas y determina gráficamente los centros de gravedad de las líneas, superficies y cuerpos.

A seguida, en la tercera sección, estudia las aplicaciones de la Estática gráfica al arte de construir, empezando por las que se refieren á las vigas rectas, puentes colgantes con cargas fijas, arcos, grúas, etc. Considera con todo detalle los dos factores principales que intervienen en el estudio de una pieza elástica, exponiendo la teoría analítica y la determinación gráfica, y con el mismo escrupuloso cuidado trata el autor de la influencia que el paso de los convoyes puede ejercer en la estabilidad de las construcciones de los puentes y viaductos de los ferrocarriles.

En la cuarta sección se ocupa en la composición de fuerzas situadas en el espacio, en la teoría de los poliedros recíprocos y momentos de fuerzas cualesquiera con relación á un eje.

Concluye el primer tomo con cuatro notas dedicadas á exponer la determinación de las dimensiones de las piezas de una construcción según el método fundado en las experiencias de Wöhler; los sistemas articulados que operan mecánicamente ciertos cálculos; planímetro polar é integradores de Amsler, integrómetro de Marcel Deprez; curvas funiculares y trazado de los arcos de parábola; y, por último, distribución de las presiones interiores en un cuerpo que tiene un plano de simetría.

En el tomo segundo estudia Mr. Lévy los principios de la resistencia de materiales que son susceptibles de aplicarse á la

flexión plana en general. Después sienta la teoría de las líneas de influencia, iniciada por Winckler y Frankel, y perfeccionada por él, citando ejemplos que demuestran lo útil de aquella teoría. Concrétase luego á las vigas rectas; tratando todas las cuestiones concienzudamente. Recuerda el importante teorema llamado fundamental por el autor, en el cual se funda la teoría de las vigas rectas continuas; el teorema de los dos momentos; la influencia de las cargas que actúan en diversos puntos de una viga continua y la del desnivel de los apoyos, desnivel que modifica la distribución de los esfuerzos y que á menudo no es posible evitar.

Termina Mr. Lévy haciendo curiosas observaciones acerca del empleo del cálculo en el estudio de una viga, incluyendo las tablas numéricas de Bresse; estudia los puentes y líneas de influencia que resuelven el arduo problema de la viga continua recorrida por un convoy; expone la teoría de las vigas de secciones variables, y desarrolla el método de Mohr para la construcción gráfica de los momentos de flexión sobre los apoyos de una viga continua.

Una de las notas del tomo segundo se refiere á un ingenioso método nuevo para estudiar los arcos de igual resistencia, ideado por Mr. Lévy, y en el cual no se aplica la regla de falsa posición; otra es la reproducción de la Memoria presentada por el autor á la Academia de Ciencias de París el 28 de Abril de 1873 respecto á la investigación de las tensiones en los sistemas de barras y sobre los sistemas que, á igual volumen de materia, presentan la mayor resistencia posible. En esta valiosísima Memoria aplica Mr. Lévy, por vez primera, el principio de las velocidades virtuales á esta clase de cuestiones. Entre las adiciones introducidas se nota la relativa al examen de los caracteres excepcionales que pueden presentar, desde el punto de vista geométrico ó desde el punto de vista estático ó elástico, los sistemas articulados.

Mr. Lévy ha tenido la fortuna de escribir un libro notable, de indiscutible utilidad, y de dar con un tipógrafo tan ilustrado como Mr. Gauthier-Villars, que ha conseguido presentar la obra con elegancia, pulcritud y esmero, tanto en la parte impresa,

como en las láminas, que, no obstante su difícil ejecución, están cuidadosamente grabadas.

La primera edición de *La Estática gráfica* de Mr. Maurice Lévy, publicada hace un año, ha sido traducida al inglés por el profesor T. Alexander, y con la segunda, todavía más perfecta, ha de obtener un envidiable triunfo su ilustre autor, triunfo que acrecerá con las dos partes que piensa imprimir para completar su magnífico trabajo.

R. ALVAREZ SEREIX.





REVISTA DE TEATROS

DIFÍCIL es hacer una relación de los estrenos verificados en la última quincena del mes de Noviembre que omitimos en el número anterior por falta de espacio y en la primera del mes actual, y esta es la causa que nos obliga á suplicar á nuestros lectores nos dispensen si no somos tan explícitos y detallados como desearíamos. En la Comedia vimos por primera vez el *Tercer partido*, entretenimiento de D. Santiago Gascón, de argumento conocido, que pasó sin protesta; *La señora de Matute*, comedia en dos actos, de los Sres. Gorriz y Navarro Gonzalvo, enredo manoseado, languidez en el primer acto, movimiento en el segundo, algunos chistes y situaciones cómicas y esmerada ejecución por la Sra. Gorriz y los Sres. Romea y Riquelme; *Violetas*, fracaso estupendo cuyo autor nos alegramos mucho no conocer, y por último, *Ultramarinos*, precioso sainete del Sr. Luceño, de tipos perfectos, caracteres magistralmente trazados, situaciones de primer orden, chistes de buen género, una bonita decoración del Sr. Muriel, y un desempeño inmejorable por parte de las Sras. Gorriz, González y Vedia y los Sres. Romea, Riquelme, Altarriba y Balaguer.

También hemos visto en el mismo teatro un bonito juguete del Sr. Marzal, titulado *A vivir*, que como todas las obras del

mismo autor, merecieron una buena acogida por parte del público; del mismo modo fué recibido el juguete cómico del señor Flores García, titulado *Misto de inglés y canario*.

*
* *

En el Teatro Lara hemos aplaudido el diálogo traducido del francés por el Sr. Santero, titulado *Esperanza*, que á una fácil y galana verificación reunió un perfecto desempeño por la Sra. Rodríguez y el Sr. Rubio; á ésta siguió otro juguete muy bien hecho del dicho Sr. Marzal, titulado *Los Corridos*, en la que escucharon justos y merecidos aplausos las señoras Valverde y Rodríguez y los Sres. Rubio, Miralles y Romea D'Elpás. Después presenciamos la merecida ovación que el público tributó al Sr. Vital Aza, en la piececita en un acto titulada *Los tocayos*, digna de la pluma de tan fecundo autor.

*
* *

En Variedades han visto la primera luz el juguete original de D. Eusebio Sierra, titulado *Tres por un punto, El Club de los feos*, letra de Perrín y Palacios, música de los maestros Rubio y Espino, de la que sobresalió un bonito pasacalle cantado por la Sra. Llorens y un coro de hombres. *Susana*, engendro lastimoso del Sr. Prieto, que murió justamente á las pocas noches de haber nacido, y *Patria y libertad*, episodio nacional de Marcos Zapata, cuya hermosa é inspirada versificación contrasta con una ejecución muy mediana, caso extraño, porque los actores de tan favorecido teatro siempre se distinguieron en el desempeño de las obras que les han sido encomendadas.

*
* *

En Eslava se estrenaron *Muerto el perro*, letra de D. Ricardo Monasterio, música del maestro Hernández; *A casa, que*

llueve y Fuegos icarios, letra de Pina y Domínguez y música del maestro Nieto; de todas ellas no podemos decir nada bueno. Lo mismo sucede con las obras tituladas *Vista y sentencia*, escrita por los Sres. Granés y Navarro, con música de los maestros Gómez y Saubrat, y *Juanito Tenorio*, letra del dicho Sr. Granés, y puesta en música por el mismo maestro Nieto, estrenadas en el Teatro Martín.

*
**

En Novedades se puso en escena por primera vez una comedia muy agradable de los Sres. Navarro y Oliver, titulada *Vivir de milagro*; en ella se distinguió el Sr. Díaz; á ésta siguieron dos folletines de *La Correspondencia*, puestos en acción, el primero por los Sres. Chas de la Motte y Malvar, y el segundo, por Mariano Vallejo, titulados el *El crimen de Faverne* y *El tarjetero de marfil*; ambos pertenecen al género sangriento; el arreglo del primero excede con mucho al del segundo; está bien pensado y correctamente escrito; los dos merecieron la aprobación del público, y en los dos se distinguieron el Sr. Casañer, por la acertada dirección, y las señoras Torrecilla y Marín, y los Sres. Carrascosa-Portes, Barceló y Díaz, por el esmero con que desempeñaron sus respectivos papeles.

*
**

De buena fe creímos las promesas y felices augurios con que la empresa del Teatro de la Zarzuela trató de ilusionar al público, que imaginó iba á presenciar, no la resurrección del espectáculo lírico-español por excelencia, sino el reflejo de lo que fué hace dos años en el Teatro de Apolo. Bien sabemos que es fácil prometer y muy difícil cumplir, por las dificultades y obstáculos que se oponen las más de las veces á la realización de los mejores deseos. Esto, sin duda, ha sucedido á los empresarios del favorecido Teatro de la calle de Jovellanos, cuando en vez de obras españolas y originales, exceptuando

las del repertorio antiguo, que si hemos de ser francos, no han obtenido el mejor desempeño, sólo ha puesto en escena, como novedad, dos obras francesas, medianamente arregladas á nuestro idioma una, ó sea *El Estudiantillo*, conocido hasta la saciedad, y otra, cual es *Manolito el Rayo*, estrenada hace tres noches, que no hubiéramos perdido nada con no conocerla.

La música de Souppé agradó, si bien está compuesta de reminiscencias de otras obras del mismo autor, por lo que no resultó tan original ni tan nueva como el público, ávido de originales y novedades, esperaba; sin embargo, tiene algunos números muy agradables que fueron merecidamente aplaudidos; el arreglo, traducción, ó como quiera llamarse, sin ser tan malo como los que habitualmente se hacen, no es lo que debiera ser, y esto consiste en que no se quieren convencer los arregladores de oficio, en cuyo número no entra el señor Ayllón, que para hacer un arreglo de cualquier obra dramática no es suficiente saber mal ó bien el francés, escribir mal ó bien el castellano, sino que es indispensable, á nuestro juicio, conocer el teatro á fondo con todos sus resortes, el público para quien se escribe, el arte de escribir comedias, el alcance que puede tener la obra que se traduce en nuestro público, si es adaptable ó no á nuestro teatro, á nuestras costumbres y á nuestro modo de ser, y si dadas estas condiciones, es conveniente ó no en las obras líricas sacrificar la música á la letra, tanto más en un teatro que es emblema, como antes hemos dicho, de un espectáculo nacional por excelencia; si todo esto lo hubiera tenido presente el Sr. Ayllón, que es muy discreto y escribe correctamente, no hubiera gastado su tiempo en un trabajo en nuestro concepto absolutamente estéril. Respecto al desempeño, mucho hicieron y con fe trabajaron las señoras Di-Franco y Fabra y los Sres. Navarro y Berges; pero este género, ni se adapta á sus facultades, que están muy por encima, ni á sus condiciones artísticas, que, queriéndolas subyugar á esta esfera, que no les es propia, en vez de desarrollarse, decrece.

Una pregunta para concluir: ¿qué se hicieron de aquellas prometidas obras que tenían en mientes y en *mientes*

se van á quedar, si Dios no lo remedia, los Sres. Marqués y Zapata, Ramos Carrión y Chapí y Arrieta y Estremera?

*
**

Y va de arreglos. Otro, y no mal hecho por cierto, hemos visto, con el título de *A casa con mis papás*, en el casi ignorado Teatro de la Princesa.

Aunque, según dicen, y nosotros estamos conformes, algunos críticos teatrales que la obra pertenece al género *gordo*, no ha resultado tanto como nosotros presumíamos, dado el carácter y modo de escribir del traductor, Sr. D. Mariano Pina y Domínguez, que en esta ocasión, y faltando á su costumbre, no se ha ido á fondo, y aunque mutilando el original francés, ha hecho un arreglo del que, salvo algunas inverosimilitudes de poca monta, ha resultado una comedia muy agradable, con un diálogo amenísimo, salpicado con chistes, los más de buen género, ocurrencias felicísimas, situaciones cómicas y tipos muy acabados, especialmente el del padre, que le desempeña Rosell á maravilla, no quedando atrás, sino por el contrario, á la misma ó mayor altura, la Srta. Mendoza Tenorio, Julia Martínez, Sras. Guerra y Mavillard, y los señores Mario, Rosell, Sánchez de León y Martínez, resultando un conjunto admirable, que aplaudió espontánea é imparcialmente el escaso público que acudió la noche del estreno; hecho sensible, pero no raro, si se atiende á la mala situación del teatro, y á unos entreactos interminables, que concluyen con la paciencia de Job y con el mérito de la obra más artística, más literaria y mejor desempeñada del mundo.

*
**

Mal predispuestos acudimos al Teatro Español para convencernos de si eran exageradas las opiniones que respecto á la primera representación del drama escrito por D. Valentín Gómez, titulado *La ley de la fuerza*, habíamos oído, y por

cierto y verdad, que no le eran muy favorables. Opiniones encontradas, lucha en los espectadores y batalla formal entre adictos y contrarios al drama, fué el espectáculo que ofreció el teatro en la noche del estreno. Bajo esta impresión íbamos á juzgar el drama, y con franqueza decimos que no estamos al lado de los que con extremada dureza y visible parcialidad han emitido su juicio, tanto en el teatro como en la prensa.

No sabemos ni podemos adivinar la razón de esta sinrazón, considerando la producción dramática que nos ocupa bajo tres aspectos, cuales son: su forma, su estructura y su esencia.

Su forma es galana, bella, sembrada de grandiosas ideas estampadas en un diálogo eminentemente literario y altamente castizo, como todo lo que sale de la correcta pluma de tan distinguido escritor. Su estructura se resiente de marcada tendencia francesa, y así lo prueba el tinte de melodrama francés que se observa en el prólogo, tinte característico que desaparece, á nuestro juicio, en los dos actos siguientes, quedando un drama á la usanza de los del día, sin otra diferencia que la de marchar su acción por sus términos naturales hacia el fin que el autor se propone, al cual llega sin elucubraciones ridículas que oscurecen su objetivo, y sin alardes de la imaginación ni de la poesía que sirven en las producciones dramáticas de la actualidad sólo por ocultar el miedo de decir lo que se quiere decir, y de probar lo que á probar no se atreven los escritores dramáticos de las modernísimas escuelas.

En lo que á su esencia concierne, resultan más injustificadas las algaradas del público y de la opinión; ¿qué tiene de particular el drama de D. Valentín Gómez que no se advierta en los dramas de otros autores, las más veces con irritante parcialidad juzgados, para que el público se rebele y exalte de inconveniente modo y con descorteses formas? Si es el nombre del autor, sus tendencias ó sus ideales, la razón no puede ser más absurda; si es que echa de menos el adulterio obligado en las producciones dramáticas del día, preciso es convenir en que asiente á la generalización de ese delito, que lo aprueba y no le asusta, ó que el retrato fiel de la ambición, la infamia, el robo y el ateísmo les fustiga, ya sea porque no lo compren-

den, ó ya sea porque en el adulterio el germen queda oculto entre sombras, y el ateísmo, sirviendo de base á la ambición y al crimen, dirige sus dardos certeros á la conciencia que se subleva y se irrita. El adulterio, si bien conmueve los más profundos cimientos de la sociedad humana, produce desprecio y burla; el crimen que se combate en *La ley de la fuerza* produce justa indignación contra aquellos que vulneran los más santos principios de la moral y del deber, y prevalidos de su cinismo, de su influencia, de sus ideales, envueltos en la alevosía y en el lucro, se elevan sobre los que viven en una honrosa medianía ó en la indigencia, rindiendo culto á la religión y á la honradez.

Y he aquí las causas que algunos presumirán influyeron en la opinión desfavorable de alguna parte del público que asistió á la primera representación; nosotros no pensamos del mismo modo, pero tampoco creemos que ni la personificación del ateísmo en el personaje de Raimundo, que no tiene más Dios ni otra creencia que su hijo y que por él roba y mata, haya producido tanta aversión, cuando aún se leen los cantos de Leopardi, poeta por excelencia, se observa que en su incredulidad, toda su religión y su fe se encierran en el amor de una mujer, á la que entre sombras adora. Tampoco nos podemos acostumbrar á la idea de que las diversas situaciones del drama, tales como la de que Raimundo mate y robe á Vega por dar alimento y carrera á su hijo, como la del segundo acto, en la que María, cuñada del primero, revela á Estéban, hijo de éste, el crimen de su padre y hace fracasar el proyectado matrimonio de éste y Angelina, hija de Carrascosa, á quien se cree culpable del crimen que cometió Raimundo, y por último, las que preparan el desenlace final, en las que Esteban quiere asumir la responsabilidad del crimen de su padre, restituir á la familia de Vega lo robado y el hijo de aquél se opone al sacrificio, arrancando su propia delación á Raimundo, que acude al suicidio al mismo tiempo que se sabe la muerte de Carrascosa en presidio, hayan sido causa eficiente para que el público mirase con glacial indiferencia la última producción de D. Valentín Gómez.

Para concluir, el drama no se presenta sin puntos vulnera-

blés; los tiene, y muy marcados; tal es el final, que no prueba, en nuestro concepto, lo que el autor se propone; el corte de melodrama francés, que ya ha caído en desuso, y algún convencionalismo fácil de evitar; pero éste, dentro de los dramas modernos, de cuyo terreno debe separarse D. Valentín Gómez, cuyas dotes de escritor no se adaptan á ese género.

El desempeño fué notabilísimo por parte de la Contreras, Vico y Calvo (D. Ricardo), prueba evidente del mérito de dichos artistas y de que la obra tiene base sobre la cual han podido edificar tan distinguidos artistas.

*
* *

La falta de espacio nos impide ocuparnos del drama que, con el título *El hijo del Rastro*, se ha estrenado en el Teatro de Novedades.

RAMIRO.





EL MOSÉN⁽¹⁾

CONTINUACIÓN

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LA CRÓNICA PARLAMENTARIA DE «LA ÉPOCA»



OCABAN á oraciones las campanas de Cristierna. Era, pues, esa hora tristísima en que riñendo batalla las sombras y la luz, vencen las sombras y lo inundan todo de negro, haciendo que el alma se impregne de melancolía, se conmueva sin saber por qué, y mire con sentimiento morir al día, que nadie puede predecir si será el postrero de los que sus ojos vean. Porque el anochecer recuerda la muerte; trae, para el que piensa, la idea de la eternidad; hace asomar á los párpados lágrimas de despedida, y no deja de sumir al alma en un océano de misterios, sobre el que destaca un cierto reprochar de ingrato, á ese sol que nos visita como buen amigo todos los días de nuestra vida, y se va diciéndonos que, aunque hayamos de morir, él seguirá luciendo impasible durante muchos siglos,

(1) Véase el número anterior.

sin que empañe su brillo la tristeza que debiera producirle nuestra muerte.

El pueblo iba á atravesar el túnel de la noche; se recogían los ganados á sus establos, de retorno de los apriscos en que habían estado pastando durante el caluroso día; y las chimeneas de las casas, humeando á un tiempo, daban clara muestra de que en todas ellas las émulas de Brillat-Savarín y de Gouffé preparaban, activas y celosas de su obligación, la cena que unos dicen que *recrea y enamora*, y otros que *mata más que sanó Avicena*.

Era viernes; por eso, en casa del proto-notario, proto-cacique y proto-confidente, D. Fidel, se había suprimido el rezo del cotidiano rosario, que rezaba toda la familia de rodillas y D. Fidel sentado, en atención á la flojedad de las coyunturas de sus piernas.

Porque es de saber, que los viernes llegaba la estafeta (llamémosla así) de la corte carlista; y con tan plausible motivo, la tertulia del notario ascendía de aspecto y tomaba las proporciones de club ó conciliábulo. ¡Oh, y cómo se contoneaba el ínclito D. Fidel cuando reservaba de la lectura en alta voz algún parrafito de cartas, cuyo timbre era una corona real!

Tomaba un aire tan extraordinariamente pedantesco, que se hacía insoportable. Un secreto de Estado, era en sus manos infranqueable valla de silencio que ni sus más íntimos se atrevían á salvar.

Y aquella noche los muebles de la sala relucían de tan sobados como habían sido por el infatigable paño de mano de D.^a Obdulia. A la lámpara que de ordinario alumbraba la estancia, se había añadido el importante refuerzo de dos quinqués, y todo presentaba el golpe de vista más uniforme y bien dispuesto que puede concebirse en un Cristierna.

Dieron las nueve, y casi simultáneas fueron las campanadas del reloj y los dos golpes que sonaron en la puerta.

En seguida entraron D. Fermín Gurrea y su digna esposa...

Pero, ¿á qué cansar diciendo todos los que entraron, y cuándo y cómo?... Para ser breves, diremos que, á las nueve y media, la sala estaba llena de gente, y que en medio de la

algarabía de las cien mil conversaciones entabladas á un tiempo, sobresalían, por lo tonante del timbre, las voces de un D. Robustiano, antiguo retirado, tratante en vinos en el día, y un D. Andrés, vetusto reaccionario, dedicado únicamente á discutir la conveniencia de que el tribunal de la Inquisición se restableciera, que el Papa tuviese poder temporal, y la supresión absoluta y completa del mal llamado cuarto poder del Estado: de la prensa.

Estos dos fiscales áulicos de las resoluciones notariales, convenían en varios puntos, disintiendo en otros. Convenían en que no debía haber más periódicos que el *Diario Oficial de Avisos* y la *Gaceta*; pero disputaban siempre, defendiendo D. Andrés la Inquisición y el poder temporal, y D. Robustiano aseverando que el Santo Oficio había sido una necesidad histórica, que desapareció para no volver, y que si bien Roma no podía negarse era del Papa, no consideraba conveniente acumular en sus pastorales manos los dos poderes eterno y temporal.

Sobre esto versaba la conversación aquella noche, hasta que un suceso de más importancia cortó el hablar de todos.

D. Fidel entró majestuosamente por entre los intrincados senderos de su favorecida sala, dando la mano de refilón, llevando en la izquierda buen número de papeles y periódicos, con el ceño fruncido, como quien siente bullir en el cerebro algo importante, los ojos cargados como de haber leído mucho, y la carnosidad guarecedora del nervio del olfato aún señalada por el sitio en que las gafas se apoyaron.

Saludos, reverencias, cortesías, dobleces de cuerpo, estrechones de manos, medias frases, miradas de conocimiento, aire de importancia... todo esto subsiguió á aquella entrada triunfal.

El silencio fué la corona de todo.

El oráculo habló, y dijo sentándose:

—Señores... ¿qué tal se ha salido de la ventisca de ayer?...
¿Muchos desperfectos?...

Y en seguida, hombres y mujeres hablaron: quién refería con vivos colores el volar de todos los papeles que sobre una mesa tenía; cuál otro, el número de vidrios rotos que la Ber-

lia le causó... y todos se consolaron; pues por extraña que la progresión parezca, siempre, el último que hablaba, era el más damnificado de toda la tertulia.

—¡Un periódico!—dijo al fin D. Robustiano, mirando á D. Fidel, que tenía en sus manos un número de *La Época*.

—Sí—le contestó el notario,—acabo de recibirlo de Madrid... y me alegro, porque inserta en su crónica parlamentaria el magnífico discurso que ha pronunciado en el Congreso mi amigo Montoya...

—Hombre, hombre... veamos—dijo impaciente D. Andrés cogiendo el diario madrileño.

Y abriéndolo y llevando su vista á la sección de Cortes, añadió:

—¡Vaya una sesión borrascosa!... Todo son *interrupciones, campanillazos, rumores, protestas, aplausos*... Se conoce que el discursito hizo sangre...

Y de pronto bajó el periódico de ante su vista, y exclamó:

—¡Conforme!... ¡Sí, señor, conforme!... ¡Muy bien dicho!... ¡Oh, qué magnífica oración!... ¡Qué argumentos más sólidos, más irreplicables!...

Atónitos y suspensos escuchaban los de la tertulia estas exclamaciones de D. Andrés, cuando exclamaciones y asombro tuvieron que suspenderse, á causa de entrar en la sala el doctor Sedini... Y primero que el médico saludó á todos y cada uno de los concurrentes, transcurrió un buen rato.

Al fin del cual, la conversación cortada volvió á anudarse, diciendo D. Andrés:

—Estábamos preparándonos á leer un magnífico discurso que inserta *La Época*.

--¿De quién?—preguntó Sedini.

—De Montoya.

—¡Oh!... ¡elocuente, como todos los suyos, no es verdad?

—No sé si como todos, ó cual ninguno.

—¿Y sobre qué es?

—Es propósito de una nota que la Santa Sede ha circulado á las potencias respecto á la insostenible y anómala situación que atraviesa, apesar de eso que han dado en llamar ley de garantías.

—¡Hombre!...

—Sí, señor; con este motivo surgió un incidente en el Congreso, y...

—¿Y quién contestó al Sr. Montoya?

—Cotorra—dijo D. Andrés, sonriendo.

Y serenándose y recobrando su aspecto serio, añadió:

—Por cierto que cada dos palabras de nuestro amigo son un palmetazo para el otro majadero. Vean VV. si no un parrafito del discurso.

Tosió, entonó la voz, y leyó:

—«Pues qué, ¿acaso el acto de cesión de la Lombadía á Víctor Manuel, después del tratado de Villafranca, es un documento más legal ni más solemne que la donación del territorio romano al Papa (no Sixto, como ha dicho el Sr. Cotorra, sino Esteban), el año 755 (y no 615, como ha dicho el Sr. Cotorra), después de otra batalla reñida casi en los mismos lugares que las de Magenta y Solferino?...» Como ven ustedes—dijo D. Andrés dirigiéndose á la concurrencia,—es sumamente fácil al Sr. Cotorra esto de citar fechas y nombres, con mentar las primeras cosas que á la memoria le vengan. Lo malo para él es que hay gente que estando más en autos no le deja pasar ni una de las mil mentiras históricas que intercala en sus discursos. Pero donde nuestro amigo estuvo sublime, fué en el final: trata la cuestión de modo análogo á como la trató D. Nicomedes Pastor Díaz, y dice:

—«¡Ah, señores diputados!... Lo que hay es que de aquel árbol pomposo que cobijó con su sombra el orbe civilizado; y á pueblos ateridos y faltos de sol les dió calor y luz en abundancia, habéis cortado, tiranos enmascarados de liberales, las ramas que caían hacia sus tierras, á pretexto único de que no dejaban pasar clara la luz del cielo. Por eso arrancan y desmochan su vetusto tronco los mismos hijos del suelo en que ahondó sus raíces... aunque destilen sangre, como aquellos árboles del Dante en que se convierten en su Infierno los suicidas. Y de toda vuestra gritería sólo se desprende un ideal, una aspiración, tema único de vuestros deseos: ocupar á Roma, para... lanzar de ella al Pontífice. Todo eso de independenciam, unidad, libertad y buen gobier-

»no, son mentiras liberalescas, faramalla, música con que
»aturdís los oídos de los que sólo ven la superficie de las co-
»sas. Y si no, ¿por qué vosotros que divinizáis á los héroes
»italianos no tenéis una protesta libertadora para los márti-
»res polacos?... Porque en Polonia no hay Papa... ¿Por qué
»al padre del actual monarca, vuestro ídolo, le dejasteis mo-
»rir en la amarga orfandad de su destierro?... Porque el padre
»de Víctor Manuel, el infortunado Carlos Alberto, no era ni
»podía ser enemigo del Papa. Así es todo: se hizo perecer
»en un suplicio infame al mártir Caracciolo, y se prodigan
»dictados absurdos de mentida gloria á Garibaldi, porque, im-
»bécil, puso sitio á Roma al frente de las hordas de borrachos
»que gritaban: ¡Abajo el Papa!... Y sois inconsecuentes con
»vosotros mismos: ¿si tan necesaria era la unidad italiana,
»por qué no trabajáis por dársela á la Península Ibérica?..-
»Las escuadras y los tesoros de Italia se arruinarían por im-
»pedirlo. Porque en España no hay Papa. Y los mismos que
»aducían como sacrílego atentado al progreso la administra-
»ción de los Estados romanos por el Papa, no osan hablar
»del ignominioso desgobierno de Constantinopla... ¡Porque
»tampoco el Gran Turco es Papa!... Afortunadamente, todo
»pasará, y el límite de vuestras aspiraciones demagógicas no
»lo tocaréis: derribar el Vaticano. Sobre las cabezas de los
»que lo intenten, se desplomarán las catacumbas de cuatro
»siglos de mártires y las bóvedas de dos mil años de tem-
»plos. Porque Roma ni es ni será de Italia. Roma es del
»mundo católico. No hay allí un monumento que no sea
»prenda ó despojo de una nación; no hay una sola piedra en
»sus altares que no represente una ofrenda, una lágrima, una
»oración, un suspiro de penitencia ó una gota de sangre de
»los fieles de las cuatro partes del mundo, y por mucho que
»se construya nuevo no se podrán borrar jamás las ruinas,
»siempre habrá más sepulcros que edificios, y allí ha de es-
»tar la cabeza de la Iglesia, porque no puede estar más que
»allí, no hay otro sitio, como no tiene el hombre otro lugar
»que su cráneo para contener á su cerebro.»

«Voy á concluir de molestaros. Roma es la metrópoli de
»la gran República que se llama Iglesia. Y se funda en una

«inmensa y perenne soberanía nacional: solamente que esta
 «incomparable democracia de la igualdad ante Dios, cuyo
 «reino es la vida eterna, y cuya ciudadanía es la inmortalidad,
 «cuenta siempre como presentes los votos de los que
 «han muerto, y los derechos y aspiraciones de los que han
 «de vivir. No hay en todo el mundo foro bastante á contener
 «los comicios de su tremendo plebiscito: se necesitarían aque-
 «llas graderías de cielos que vió en el maravilloso Apocalip-
 «sis el gran poeta de los siglos evangélicos. Y el día del pe-
 «ligro, el día de la reparación, correrán todos á pisotear á
 «esas microscópicas muchedumbres del momento, con el for-
 «midable y abrumador peso de ochenta generaciones, que
 «gritaron y gritarán: ¡Viva el Papa, Rey de Roma!...»

—¡Viva!—gritó D. Fidel, imposibilitado de contenerse al concluir el discurso D. Andrés.

Y mientras las mujeres atónitas parafraseaban el documento que acababan de oír, los hombres allí reunidos palmoteaban, se miraban, y cambiaban palabras de asentimiento.

—¡Muy bien!...

—¡Asombroso!...

—No he oído nada igual...

—¡Qué maravilla!...

—De intento—dijo D. Andrés—he suprimido la lectura de los mil paréntesis que pone el periódico á la conclusión de casi todos los párrafos. Tales como, *sensación, aplausos, protestas...*

—Ha hecho V. muy bien...

—Valiente, valiente—exclamaba D.^a Obdulia queriendo aparecer emocionada.

—Este discurso—dijo Sedini terciando en el debate—me recuerda la disputa que días pasados sostuve con mi amigo Augusto Monpavón, sobre el mismo tema.

D.^a Obdulia fué á interrumpir, para decir al médico que Augusto se había ido el día anterior.

Pero se contuvo, y no dijo nada.

—Todo fué—continuó Sedini—por haber yo calificado de un modo algo violento al Rey de Italia. Con ese egoísmo

liberal que pretende discutir á Dios y no deja poner en tela de juicio la usurpación del calabrés ateo, me afirmaba que era indiscutible el derecho del Rey de Italia á la posesión de Roma: y añadía que esta usurpación indigna no había más remedio que respetarla, aunque no fuera más que por ser un hecho consumado. Tanto equivaldría suponer, le dije yo, que el año 1808 el Rey legítimo de España fuera Napoleón, porque tenía en su favor el hecho consumado de la invasión, conseguida por la fuerza brutal de las armas.

—Creo—preguntó el reservado D. Fidel—que el tal caballero era de lo más avanzadito...

—¡Ah! terriblemente... sí señor...

—Vaya bendito de Dios—dijo la mujer del notario.—Ya nos dejó en paz...

—¿Se ha ido ya?—preguntó una de las jóvenes circunstantes á quien el día de la procesión no había disgustado del todo la apostura del capitán.

—Sí: ayer se fué—concluyó D.^a Obdulia clavando sus ojos verdes y saltones en el médico.

Y razón tenía para mirarle, que Sedini palideció hasta quedar como un cadáver.

—¿Qué acaba V. de decir, señora?—exclamó poniéndose en pie.

—Pues nada—respondió la notaria,—que ayer se fué del pueblo con... el Mosén.

—¿Con el Mosén?

—¿No lo sabía V.?

—No. Estuve ayer y antes de ayer fuera del pueblo... Y hace dos horas escasas que he vuelto.

Y reinó el silencio, porque toda la tertulia dedicóse á mirar las contracciones que sufría la cara del doctor, cómo su agitación aumentaba por grados y cuál tartamudeaba impaciente palabras que nadie entendía.

—¿Qué tendrá?—se preguntaban las mujeres en voz baja. Y Sedini, dudando aún, volvió á interrogar:

—¿Pero está V. segura?

—Segurísima... Los ví partir... juntos...

—¿Juntos?

—Sí, señor. A caballo... Por cierto que no esperaron á que la Berlia acabase de martirizarnos.

El doctor quedó como una momia en su ornacina. Se parecía á Santo Tomás en que oía y no creía. Le era preciso ir, ir y convencerse de que era verdad aquel suceso no previsto por él. Pasó algún tiempo sin que volviera de su pasmo y terror, haciéndose cargo de lo difícilísima que quedaba la situación, sin poder explicarse qué habría motivado aquel brusco partir de los dos enemigos irreconciliables. No era absurdo lo que pasaba, pero sí extraordinario y anómalo.

—Señores—dijo al fin, turbado,—voy inmediatamente á ver qué es lo que ha sucedido... Adiós, D. Fidel... Adiós, señores... Señoras... Dispénsenme VV... pero... Adiós, adiós...

Y salió veloz, inquieto, repartiendo saludos á troche y moche, tropezando al uno, pisando á otro, y murmurando al hablar consigo mismo:

—¡Santo Dios!... ¡Ese Jaime! ¡Ese Jaime!...

Cuando sonó el golpe de la puerta de la calle, D.^a Obdulia lanzó una carcajada nerviosa, larga, agudísima, como el cacareo de un ave de corral.

—Divino, divino—exclamaba tendiéndose de risa en su silla.

Siguió un cuchicheo mezclado de risillas, semejante al que producen los sapos al morder las flores. Luego la tertulia se dividió en tres pelotones, que respectivamente presidían el notario, su mujer y su hija mayor. Después se oyeron exclamaciones, medias palabras, susurros. Los hombres se sonreían, las muchachas se ponían encarnadas y las viejas metían su hocico en el grupo de D.^a Obdulia, para aspirar con delicia aquella atmósfera de maledicencia, más grata para ellas que el aromoso álito de finas flores.

—¡Un hijo!—decía uno.

—¡Hipócrita!—decía otro.

—Se le fué... ¡el caballo blanco!...

—¿Por ésta?...

—¿Sí?...

—¡Pché!...

—¡Oh!—exclamaba santiguándose el D. Robustiano, alargando su cara de arcángel con perilla blanca, tiñéndola de un barniz de horror cómico y demostrando con ella que hay militares completamente inofensivos é incapaces de hacer mal ninguno.

Y zumbaban, zumbaban las más groseras invenciones, produciendo un zumbido semejante al de un enjambre en marcha.

Los agujones de aquellas víboras se cansaron de morder.

Sintióse roce de telas y percales, bullicio de saludos, movimiento de sillas que chirreaban al resbalar sobre la encerada tarima. La tertulia se disolvía. Salieron formando dúos, tercetos y hasta concertantes de seis personas, riendo aún algunos, bromeando otros, comentando todos.

Se fueron Gurrea, el vinatero D. Robustiano, el discuti-
dor D. Andrés.

—Adiós... adiós...

La familia notarial quedó en cuadro.

Era ya tarde.

—Papá—dijo la joven Barrera.—No rompas *La Época*. Precisamente me servirá mañana para cortar patrones que tengo que hacer.

Estaba de Dios que en aquella casa no se pudiera librar de la tijera, ni el periódico madrileño que por su sensatez y formalidad honra la prensa española.

CAPÍTULO II

VISIONES

Dormida, pero respirando con agitación cual si el pecho se lo oprimiesen extrañas garras de acero; con el pelo suelto y formando doble almohada de negras guedejas sobre las que apoyaba sus desnudas pero ardientes mejillas; presa de intensa fiebre, estaba María de la Paz en su lecho, material-

mente hundida entre las ropas, la frente sudosa y el semblante tranquilo, las unas pestañas ligadas á las otras por espeso humor lacrimoso; los párpados corridos y la boca entreabierta, mostrando los finos y blancos dientes, desfiladero de hielo por el que se escapaba un hálito tibio, como perfume de flor enferma.

Y á su lado, solo, en pie, taciturno, meditando, un hombre de buena estatura, canoso, quieto cual si á sus pies los sujetaran clavos y con los ojos fijos en la paciente, observando cuanto en la mudada fisonomía de ésta se presentara como síntoma de un mal temido, anuncio de mejoría ó señal de recrudescencia...

Y todo en medio del silencio de la media noche.

Estremeciábase la hermana del Mosén de cuando en cuando, revelando que cosas muy horribles debían venir á su calenturiento espíritu, y soñaba catástrofes tremendas á juzgar por las palabras incoherentes que salían de su boca sin acabar de moldear las frases, como pompas de jabón que el aire deshiciera. En su somnoliento delirio se la veía que la tersa frente se tornaba en rugosa, y que era este cambiar á modo de extraño asombro, por las visiones que debían culebrear en el espacio de sus pensamientos.

Y pasaba el tiempo, reposaba, luego se volvía súbita... y volvía á calmarse, dibujando inconcebible sonrisa de importuno placer en sus labios rojos y estrechos, como bordes de herida recién abierta. Luego oprimía su pecho con las manos; un temblor vivísimo la acometía; exhalaba un tenue grito que en su sueño debió ser horrible trueno, y gemía ahogada:—*¡No... ¿fajime... á ése no... ése!...*

Trascurrían largos espacios de perezoso tiempo, y acababa la frase diciendo:—*¡Ese... es tu... hermano!...*

Se adivinaba después que sus manos se hacían la ilusión de que cogían algo, que sus labios daban un beso al aire, y que murmuraba más quedo aún:—*¡Por mi hijo! ¡Sí, mi... hijo es... y suyo! ¡Suyo es también!...*

El espíritu de la infeliz abandonada, después de agitarse en horribles desvaríos sin determinación y de ser arrastrado en voraginoso torbellino de fantasmas de todas clases y colo-

res, se había trasladado á un campo sembrado de cadáveres, iluminado por una luz como de cueva, y por el que dos hombres corrían persiguiéndose encarnizados. Se abrazaban para luchar, caían al suelo, se levantaban sin vencer ninguno de los dos; las caras llenas de sangre, los ojos saltados de sus órbitas, jadeantes y echando espumarajos de furor por las mustias bocas. Ya las manos se negaban á arañar, á sacar piltrafas de los estenuados miembros, y eran los dientes las armas del combate.—«¡Basta (gritaba la enferma ahogada de dolor), basta... déjale!...»—Y entonces los ojos del delirio barrían las nieblas que envolvían al sueño, y la lucha era más á muerte que antes; ya el ruido de las bofetadas lo percibían sus oídos aturridos de tanto y tan brutal golpe... ¡Ya! ¡Ya caía uno!... ¡Caía herido... exánime!... ¡Y era su hermano!... ¡No... no: era Augusto!... ¡Santo Dios!... ¿Cuál era?... No veía bien... Se pasaba los dedos por los ojos, ¿estaba ciega?... Sólo distinguía entre los cardos tronchados del campo, tendido un cuerpo pálido, desgarrada la ropa, hecha la carne girones... y que el otro, el autor de su muerte, huía espantado del crimen, se ocultaba, tendía con espanto la vista... y se hundía en profunda cueva; antro sin fondo; pozo de paredes roquizas; todas llenas de puntas y cavernas donde anidaban monstruos que al pasar volteando le escupían el encendido rostro... Y luego que la cueva íbase aclarando de resplandor de fuego y haciendo visible un humo fétido y espeso que obligaba á sudar y toser ahogadamente... y al fin un choque espantoso que daba el caído contra una piedra, y que al punto unos hombrecillos de betún se echaban sobre él... ¡Qué horribles eran!... Cíclopes de Birmíngham ó Sheffield, que arrastraban el cadáver de aquel asesino del mundo, y atándole al cuello unas cuerdas tejidas de huesos humanos, le arrojaban al barullo, al vértigo, al estrépito de un caos de lumbre y chispas... ¿Pero era Augusto ó Jaime?... Nada podía asegurarse: era un cuerpo, mejor dicho, era una masa de canillas desquiciadas y carne colgante, sin cara ya, sin forma de hombre, que se deshacía cada vez más, la carne, entre alaridos de júbilo bestial; los huesos, como montón de pedernales que desparramara el galopar de un escua-

drón... Todo esto veía María con indecible espanto, sin poder gritar, ni respirar... Pero llegó un momento en que la angustia se sobrepuso al pánico; María hizo un supremo y violento esfuerzo; brotó un torrente de lágrimas de sus cargados ojos; sacó de su abrumado pecho un grito estridente y raro como un trueno, levantó el brazo de debajo de las ropas, alargó la mano, y asió lo primero que encontró: la mano de Sediti.

Abrió los ojos espantados, los revolvió por techo y paredes con el mirar estúpido de una estatua sin pupilas que pedía noticias á la cama, á un cuadro, á los muebles, del sitio y razón, dónde y por qué se encontraba. Sin saber nada; sin salvar sus dudas; sin ver más que un hombre que estaba junto al lecho, solo con ella, vigilante y atento...

Al fin le reconoció.

Sus ojos expresaron un sentimiento dulce y melancólico á la vez.

—¿Usted?—preguntó sonriendo apaciblemente.

Y el médico se acercó, inclinándose hacia ella.

Cuando descubrió las ropas de la cama para meter su mano, buscar la de María y tomarle el pulso, quedó al descubierto un hombro y parte del turgente seno, todo lleno de finas gotitas de sudor, que hacían semejar tanta blancura montañas de nieve que un imprevisto sol comenzara á derretir... Y se escapaba del ambiente de debajo de las sábanas un olor tibio á carne mojada, impregnado del característico hedor de calentura que no debió parecer del todo bien al médico, cuando frunció severamente el ceño, y sin hablar palabra, contó las pulsaciones que daba la venilla de la muñeca, sobre que tenía aplicado el pulgar.

Al mismo tiempo inclinaba á un lado la cabeza, alargando la oreja, cual si pretendiera percibir algún ruido insensible á oídos profanos.

María le miraba fijamente, aunque de un modo algo extraviado y extraño, con la hermosa boca entreabierta que, húmeda como estaba por el sudor, parecía una grosella á quien la excesiva madurez hubiera hecho abrirse en dos mitades...

La enferma balbuceó unas palabras.

—¿Qué?—dijo el médico arqueando las cejas é incitándola con la vista á que repitiera más alto lo que había querido decir.

María, con acento triste, como gemido de lejana esquila que doblase á un muerto, murmuró:

—Tarde... ya... es... tarde...

—Comprendo—la contestó Sedini.—He venido tarde...

La enferma movió la cabeza queriendo afirmar.

De pronto se hirguió horriblemente.

—¿Quién ha muerto?... ¿Quién?...—dijo.

Y se apoderó del brazo del doctor, lo estrujó contra sí, y dió un chillido...

—¿Quién ha matado á quién?... ¿Augusto?...

Se tapó la cara con las manos y quiso llorar. Pero era el de sus lágrimas manantial seco ya en aquella noche.

Su cuerpo sufrió una sacudida espasmódica.

—¿Sedini!... ¿Quién ha muerto?... ¿Él ó... ó Jaime?...

El doctor retardó la respuesta.

—¡Hable V.!...

—Ninguno—contestó Sedini, creyendo firmemente que mentía.

—¿Cierto?... ¿Es cierto eso?—exclamaba María con una vocecilla angelical de niña consentida y mimada.

—Verdad, verdad es...—seguía afirmando Sedini.

—¡Ah!...—decía respirando con más libertad la hermana del Mosén.—Creí... He soñado que habían luchado... los dos... como se fueron juntos... y sentí una opresión... un peso... aquí... Doctor, ¿en qué sitio está el alma?...

Como es de suponer, Sedini lo ignoraba.

—Pues ahí... ahí... era un dolor... horrible...—continuaba diciendo María en tono hiposo y entrecortado.

Se calló luego cual fatigada de haber hablado tanto.

Sedini sacó entonces un fino estuchito de piel, y de él un tubo de vidrio, que después de consultado, introdujo bajo el brazo de la enferma.

Allí lo tuvo por breve espacio, y cuando lo sacó, el mercurio del termómetro marcaba cuarenta grados.

María escudriñaba sus turbios recuerdos. La catástrofe se le aparecía casi borrada, pero cada minuto que trascurría, iban las imágenes despejándose más y más, resaltando mejor sobre el fondo de viento y remolinos que la Berlia le imprimió.

La voz de Paz, semejante á rumor de devota rezando, murmuraba:

—Y... Jaime le decía... «No... no ignoro... á quien arrojé de... mi casa... es al... al asesino de mis padres... al que deshonró á mi... hermana...» ¡No!... ¡No!... Esto no lo dije... porque... no lo sabe... ¡Si lo supiera!... ¡Ay!... tal vez... tal vez... entonces...

Y dando más fuerza á su moribunda voz, decía mirando al médico:

—Usted era el que... podía... Pero V. se había ido...

—Pero ya he vuelto—la dijo cariñoso, inclinándose sobre la cama.

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Que ha venido V.... tarde...

—No, tarde no; ya verás como esto que tienes no es nada: una ligera calentura.

—¿Ligera?...—sonrió María.

—Sí—le contestó Sedini, poniéndola la mano sobre la frente.

—Tarde... tarde...—decía Paz téticamente, como el naufrago que tiene toda la esperanza perdida.

—No, hija mía—replicaba el hombre de ciencia.—¿Qué ha de ser tarde?... Prometo que te curarás. Antes de cuatro días te levantas.

María lanzó al médico una mirada de compasión dulcísima, un gesto lastimoso; elocuentísimo modo de decir lo equivocado que el doctor estaba.

—¡Ay, no es eso!...

—¿No?...

—¿A mí... qué me importa ya... vivir?...

—Hija, ¿entonces á qué te refieres?

—Si es... á lo otro...

—¿A lo otro?... ¡Ah! Vaya, no hables más. Ya te com-

prendo. Augusto se marchó... ¿le echó tu hermano Jaime acaso?... Todo lo sé.

—Sí, sí... eso es... le echó... le arrastró... Si no él no se hubiera ido.

—Seguramente. Ea, arrópate y no te enfríes. No debes ahora pensar en nada, más que en ponerte buena... mañana será otro día. Si consiguieras dormirte y sudaras más, quizá al amanecer te hallase limpia de calentura.

—¿Cuántos días hace que... se fueron?—preguntó, tratando de recordar...—¿Hace ocho?...

—No, mujer. Ayer.

—¡Aún no hace más que un día!...—prorrumpió con amargura.

—Nada más. Vaya, no pienses en nada. Repito que te abrigues.

—¿Qué hora es?

El médico miró su reloj, y dijo:

—Las tres. Pronto amanecerá.

—¿Se va V.?—exclamó con tristeza.

—No, hija, no. Haré lo que tú quieras. ¿Quieres que me eche al lado de tu cama?

—Sí... en ese sofá... pero... arrímelo V. más aquí... Que yo... alcance con la mano.

Y Sedini arrimó el sofá, abrigó perfectamente á María, puso un libro delante de la luz, se persignó con fe, y se acostó en la improvisada cama.

Y el silencio más profundo siguió á todo.

El doctor, aunque muy preocupado, fatigado del viaje que había hecho aquella tarde, no tardó en dormirse.

María de la Paz cerró los ojos; pero siguió viendo fantasmas y visiones.

Soñó luego que corría por un prado llevando en brazos á su hijo Jesús, y alfombrado cual estaba el campo de flores, María gozaba y saltaba contenta, arrancaba amapolas y menutisas que ceñía y entrelazaba en el escaso cabello de Jesús...

Cuando de repente notó que le faltaba tierra; que sus pies se hundían, y finalmente que se hallaba al borde de la misma

sima en que antes cayera el luchador que vió luego en el infierno.

Gritó como se grita en sueños: sin que lo oiga nadie; pero sacó los brazos en dirección al sofá en que dormía Sedini, y se agarró á las primeras hierbas que encontró á mano.

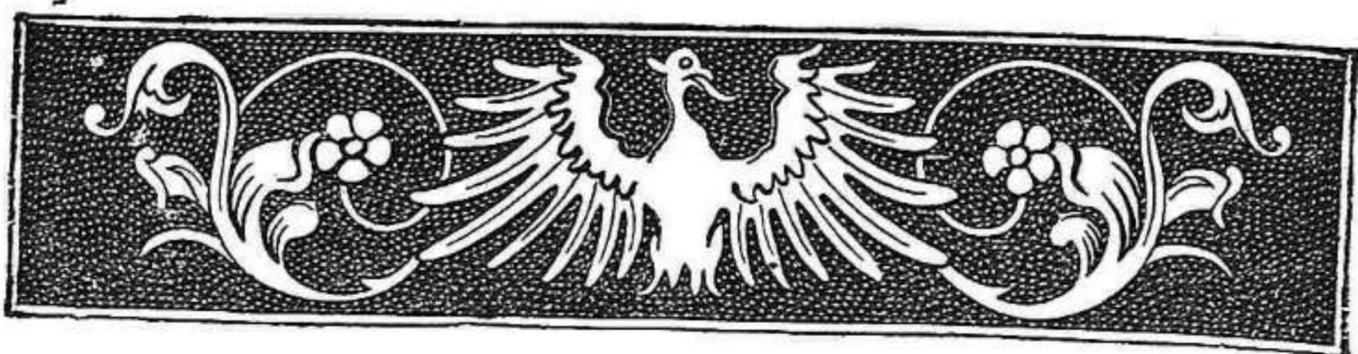
Gracias á esto no se la tragó la tierra.

Por eso se aseguraba en ellas y las oprimía tanto, que hasta removió la tierra en que estaban sembradas.

ANTONIO VASCÁNO.

(Se continuará.)





CRÓNICA POLÍTICA

CONTINÚA el debate político en el Congreso de los diputados, en el momento de escribir estas líneas, y precisamente sus últimos ecos adquieren, como de costumbre, un tono más agudo, apasionado y penetrante que en los comienzos de esa interminable serie de discursos y en el promedio de ese nuevo derroche de elocuencia, que fué siempre la manía congénita de nuestras asambleas y es el más sensible de los abusos del parlamentarismo en España. Así suele consumirse en la esterilidad lo mejor del tiempo de cada legislatura, con evidente merma de los vigores gubernamentales y cansancio del país entero.

Verdad es que el debate se habría contenido en la exposición de los disentimientos de algunas individualidades, en fijar la fuerza de los elementos ministeriales y en limitar la órbita de todas las agrupaciones políticas, sin las improcedentes é inconvenientísimas expansiones toleradas al más tenaz é intencionado de los oradores del republicanismo por una presidencia tan exageradamente democrática que no ha sabido aún encarnar del todo en los sentimientos de la Cámara y es á veces víctima quizás inconsciente de sus pasadas aficiones y veleidades.

Pero no nos adelantemos á la exposición de los hechos, y fijemos metódicamente las principales peripecias del debate.

*
* * *

Primera parte: Los heterodoxos.

El elemento romerista inició, con la misma brillantez que en el Senado, la discusión política en el Congreso.

El Sr. Puga presentó con acierto las desconfianzas que inspira el Gobierno á la derecha y á la izquierda; calificó de infecunda la vida del Gabinete por lo antitético é inconciliable de su constitución; condenó la propaganda que se hace contra la Monarquía, símbolo de la riqueza pública y privada y garantía de la paz; culpó á los Ministros que consienten que se predique el derecho de insurrección en todas partes, en los clubs, en los meetings, en la prensa y hasta en el Parlamento, y censuró el indulto en un país en el que son tan fáciles las rebeliones como las del 19 de Setiembre, indicando que en lo sucesivo no se podrá ya fusilar á los sublevados, cuando éstos sean de la clase de tropa, sin que se indigne la conciencia del país, ante el hecho de ver el indulto de los encumbra- dos como Villacampa y la condenación de los inferiores.

Sin novedad en los temas, recalcó elocuentemente el señor Bergamín los argumentos de su correligionario Sr. Puga. Consideró absurda la teoría del turno de los partidos, que si es turno no se puede calificar de pacífico cuando gobiernan los liberales; pidió que cesase la vinculación del poder, pues siempre la vinculación supone injusticia y es tentadora la herencia; combatió la benevolencia conservadora, que calificó de complicidad, y la republicana, que calificó de interesada. Dedicó párrafos elocuentes á tratar la cuestión del indulto, y en uno muy sentido, consignó cómo han pagado los republicanos coalicionistas esa gracia al proclamar en sus reuniones la política de fuerza actualmente.

Al contestar al Sr. Bergamín el ex-Ministro de la Gobernación Sr. González, presentóse con la ingenuidad del político de buena fe que nunca llega á desconfiar de la eficacia de la

doctrina que profesa. Así explicó cómo ante los amagos revolucionarios no retrocedía asustado ni acudía á medidas extremas que hubieran sido contraproducentes y peligrosas, sino que vigilaba fiando más el éxito en el respeto á las leyes, que en su olvido ante imaginarios terrores que producen alarmas más terribles muchas veces que el mal que se intenta prevenir. Todo su discurso se distinguió por una gran elevación de ideas y una gran sobriedad, siendo acogido por la Cámara con mucha simpatía.

Pero algunas frases del Sr. González necesitaban una explicación del Sr. Cánovas del Castillo, que con la magia de su lógico raciocinio y de su contundente palabra supo conmover una vez más á la Cámara, haciéndose proclamar de nuevo el más eminente de los oradores parlamentarios y el más autorizado de los definidores é intérpretes del derecho político. Al desenvolver magistralmente la doctrina constitucional, al hablar de los organismos de los partidos existentes, al pintar el conflicto que surgía y los problemas que había que resolver con premura á la muerte del Rey, al desenvolver y juzgar el estado social de España, supo atraerse el Sr. Cánovas la admiración general y los entusiastas, espontáneos y unánimes aplausos que sólo se tributan á la ciencia que se impone y al verdadero patriotismo de un gran hombre de Estado.

Hablando de la situación política á la muerte del Rey, decía:

«No había peligro de revolución, de verdadera revolución entonces, como ha reconocido el Sr. González; no lo había por parte de los revolucionarios, pero lo había grandísimo de parte de los monárquicos, que alrededor de aquella cuna, todavía vacía, y de aquella Reina Regente extranjera, hubieran continuado entregados á luchas que en otras circunstancias completamente distintas, circunstancias en que el Trono estaba firme, firmísimamente garantido, no habrían sido insuperables, ni siquiera difíciles de dominar. Había, pues, un peligro gravísimo, y era preciso á toda costa procurar que alrededor de aquella cuna vacía se hiciera la concordia, más ó menos larga en su duración, pero suficiente para que el Trono y la Regencia echaran profundas raíces en el país. Bien se puede

decir, como mero recuerdo histórico, no de todo punto impertinente, que los elementos propiamente revolucionarios no han puesto aquí jamás en peligro el orden público; bien se puede afirmar que en 1854 y en 1868 y siempre, las luchas á todo trance de los partidos monárquicos entre sí han traído, tarde ó temprano, las catástrofes. Olvidar estos ejemplos de la historia hubiera sido insigne locura; fuese cual fuese la pureza de las intenciones de todos, que yo respeto, los hechos esos son, los antecedentes son esos, y ningún hombre cuerdo y sensato podía prescindir de ellos á la sazón.»

Y respecto de la actual actitud de los conservadores, añadía:

«Para nadie es un misterio, ni podrá serlo, después de los discursos pronunciados en la otra Cámara por nuestros correligionarios políticos, y de la actitud de nuestra prensa, que nosotros reprobamos la conducta del Gobierno respecto, muy principalmente, al acto de clemencia, á nuestro juicio, adverso á la disciplina militar, al acto que el Sr. González ha alabado tanto esta tarde; pero no por ese acto y por actos parecidos, si es que ellos pudieran realizarse, el partido conservador abandonará lo que quizás con exceso se llama su benevolencia. El partido conservador entiende que hoy más que nunca, en la situación en que el país se encuentra, son necesarios, para suplir otras deficiencias irremediabiles, que haya partidos robustos que ocupen y que defiendan el poder. El partido conservador entiende que los partidos no son sólo escuelas políticas, como con error se pretende; meramente llamados á sustituir principios tras de principios en la gobernación del Estado; si así fuera, la gobernación del Estado sería, á la larga, una verdadera tela de Penélope, y esto, además, sería imposible, porque supuesto cierto género de reformas, aceptadas, cuando fueran aceptables, por todos los partidos, no era posible que incesantemente se prolongaran otras y otras de una manera indefinida. Hay en los partidos inventados por el régimen parlamentario, y es natural que efectivamente haya dos tendencias, y que estas dos tendencias tomen su parte en la legislación y en el gobierno del país; pero antes que esto, y más que esto todavía, es la necesidad

de los partidos políticos de constituir instrumentos diversos de Gobierno, que cuando las circunstancias y los azares del Gobierno mismo hacen que uno decaiga ó pierda la confianza pública, permita al otro restaurar las fuerzas del poder.»

Hasta los más implacables enemigos del Sr. Cánovas le han hecho en esta ocasión justicia. «Cuando el Sr. Cánovas del Castillo se puso en pie—ha dicho la prensa republicana,—la Cámara ofrecía el aspecto de las grandes solemnidades. La expectación era grandísima. El jefe de los conservadores no defraudó las esperanzas que al pedir la palabra hizo concebir. Mostróse como orador por su varonil entonación, por lo vigoroso de su frase y de su pensamiento, por su elocuencia y por su fuerza, á la altura de los mejores días. Y como jefe de partido, pensando bien en la actitud en que se encuentra colocado, supo disipar todas las dudas que se tengan respecto á su conducta, y conseguir que todo el mundo entendiese qué quiere y dónde está.» Sólo puede hablarse así del adversario cuyas doctrinas con mayor saña se combaten, cuando su innegable superioridad subyuga realmente y fascina.

Tocó el turno al Sr. Romero Robledo. El elocuentísimo jefe de la disidencia conservadora pronunció un discurso como suyo, haciendo un exacto proceso de la situación y condenando por deficientes, estériles y peligrosos los principios y procedimientos del Gobierno. Pero hubo párrafos que produjeron algunas notas discordantes, sobre todo, cuando manifestaba cierto empeño en allegar materiales de discordia entre las fuerzas hoy agrupadas alrededor del Trono. El tono general resultó, sin embargo, simpático á todos los monárquicos y merecieron aplausos los párrafos en que, volviéndose á la minoría republicana, decía enérgicamente: «Ya sabéis que nada podéis esperar de mí; ya sabéis que no he de coligarme con vosotros para combatir á un Gobierno monárquico; ya sabéis que no respeto vuestra propaganda ni os prometo el sufragio universal para que traigáis la República; ya sabéis que no pondré el indulto cuando se subleven vuestros militares; ya sabéis que os combatiré siempre con lealtad, pero también habéis de saber que jamás he de admitir vuestra benevolencia, y que me encontraréis dispuesto á defender la Monarquía.»

Siguióse una breve rectificación del Sr. Cánovas del Castillo, que ya no pensaba terciar nuevamente en el debate y terció á fin de no dejar sin correctivo errores sustanciales de doctrina en que había incurrido su antiguo colega. Contundente fué la réplica; pero el debate se mantuvo siempre dentro de la más exigente cortesía, huyendo con cautela del resbaladizo terreno en el que pudieran surgir las susceptibilidades. Fueron examinadas por el Sr. Cánovas y expuestas con clarísima dialéctica, todas las teorías aplicables al caso presente, lo mismo la que explica la formación de los partidos y las relaciones de las fuerzas monárquicas organizadas, como la que atañe á la responsabilidad de los Consejeros de la Corona y al nunca interrumpido funcionamiento del poder público.

La primera parte de la discusión política había terminado de una manera sosegada y brillante.

*
*
*

Segunda parte: La disidencia fusionista y el izquierdismo. Con rumores fué acogido el principio del discurso del Sr. Gullón, declarando que él y sus amigos se mantienen dentro del partido liberal y de su programa; pero que reivindican toda su libertad para fijar su criterio en materias determinadas y censurar recientes sucesos. Cree el Sr. Gullón que las benevolencias sistemáticas perjudican más que favorecen al que las recibe, y advirtió que no está de acuerdo con muchas declaraciones hechas por D. Venancio González y que siente la gran necesidad de vigorizar los resortes del Gobierno.

Las acaloradas rectificaciones á que dió lugar este discurso y la réplica del Sr. Sagasta, las frases excesivamente enérgicas que se cambiaron, interviniendo la mayoría y las minorías izquierdista y heterodoxa, en medio de la más perfecta neutralidad de los conservadores, acabaron de evidenciar que son ya hechos definitivos ciertas anunciadas escisiones en el campo fusionista.

Intervino para alusiones el Sr. Becerra, consignando que venía al debate sin odios ni rencores personales, y sólo á de-

fender los principios de la izquierda, que no obstante los grandes desprendimientos que ha tenido, es hoy el mismo que se formó al publicarse el manifiesto de Biárritz por el Sr. Duque de la Torre.

El jefe civil de la izquierda declaró que en mano del Gobierno estaba hacer desaparecer la izquierda, realizando las reformas que este partido defiende, recordando al efecto, que cuando se concertó la fórmula de los Sres. Montero Ríos y Alonso Martínez, él y el Sr. López Domínguez sólo disintieron de los Sres. Balaguer y Montero Ríos en creer que la ley de garantías, aceptada como término de transacción, debiera tener carácter constitucional.

Tratando de las relaciones de la izquierda con el Gobierno, dijo el Sr. Becerra que su partido no será nunca obstruccionista para un Gobierno liberal, y que al lado del Sr. Sagasta estarán siempre que la libertad peligre ó se trate de reformas progresivas. Hizo constar que ni el Sr. Romero Robledo ha hecho abdicación de sus principios conservadores, ni la izquierda ha pensado jamás en hacerla de los suyos reformistas, y que si las circunstancias de la política hicieran posible ó necesaria una nueva coalición como la pasada electoral con el Sr. Romero, no sería inspirada en pesimismo.

Tratando de las benevolencias, dijo que las hallaba admisibles y justificadas siempre que para ellas no mediasen pactos y fueran desinteresadas, y que jamás, si él ocupara el banco azul, consentiría que merced á la benevolencia ministerial vinieran á las Cortes diputados republicanos á combatir á la monarquía. Y terminó su discurso haciendo votos por la buena inteligencia entre todas las fracciones liberales, porque con la práctica leal y sincera de la democracia espera llegue un día en que los republicanos se persuadan de que, al amparo de la monarquía, pueden hallar lo mismo que buscan dentro de una forma de Gobierno.

Tomó luego la palabra el Sr. López Domínguez para revelar el sentido de sus conferencias políticas con los Sres. Romero Robledo, Vega de Armijo, Salamanca y otros, en vista del fracaso del Gabinete Sagasta, imposibilitado para seguir en el poder. Pero es lo cierto que en sus afirmaciones dejó

bastante al descubierto ideas vacilantes y hasta opuestas al sentido benévolo que había respirado el Sr. Becerra, y no escasearon las discrepancias sustanciales, que cuando menos vienen á probar que la homogeneidad de sentimientos y propósitos no es aún en la izquierda tan compacta, invariable y segura como se pregona.

En suma: ni las desidencias heterodoxa y fusionista, ni la izquierda, se encuentran en estas circunstancias, según confesión propia, en condiciones idóneas para constituir Gobierno.

*
**

Tercera parte: El republicanismo y las actitudes ilegales.

Suele reservarse, en algunas fiestas de pirotecnia, la combinación más vistosa y de más efecto para el momento preciso en que todos los fuegos han de apagarse. Así ha de suceder, sin duda, con el debate político, á juzgar por el tiroteo y las descargas que sin interrupción y á última hora se suceden. Es ya tan animado el espectáculo, que de veras sentimos no poder participar de las últimas impresiones ni oír la bomba final antes de enviar, como es fuerza que suceda, nuestras cuartillas á la imprenta.

Llega el turno al Sr. Salmerón, repetidamente aludido, y el Sr. Salmerón empieza por suponer que los conservadores ejercen como un ministerio de denuncia de todo lo que en su suspicacia consideran contrario á su sistema de restricción de las libertades públicas; con este motivo recuerda su última campaña política en Galicia, afirmando que el derecho de insurrección es legítimo y sagrado cuando no hay otro medio de reivindicar los derechos individuales y la soberanía nacional. Añade sin ambages que él se propone, en nombre de la justicia y de la razón, proseguir con energía su tarea de propaganda.

No es esto todo. Niega en nombre de la coalición republicana la legitimidad moral del Parlamento monárquico de que él mismo forma parte...; afirma que sólo recuerda una ocasión en que el Parlamento haya ejercitado sus derechos en Espa-

ña, y esta ocasión fué el 11 de Febrero de 1873, proclamando legalmente la República... «Todos los partidos—dijo,—todos los hombres políticos eminentes que se sientan en esos bancos, han acudido al ejército para el lógro de sus aspiraciones. ¿Qué os extraña, pues, su malestar y desasosiego? Todos, pues, habéis sido autores de esa triste y continuada escena de la indisciplina militar, y si los males que la han motivado son políticos, políticos también deben ser los remedios.»

Tratando de la intervención de la minoría republicana en las consecuencias de los sucesos del 19 de Setiembre, asegura que los móviles que la impulsaron están cumplidamente expresados en la fórmula publicada en la prensa, y que si no pidieron el indulto de los sentenciados por los sucesos de Cartagena, fué porque, á la sazón, no eran diputados los individuos de la minoría republicana. Protestó de que en la fórmula hubiera nada que implique pacto ni compromiso alguno con el Gobierno, á quien acudieron invocando sus sentimientos humanitarios, y nada más; pues no por la vida de seis hombres, ni por la de seis mil, sacrificaría él la integridad de su conciencia, y mucho menos los deberes que le impone la representación suya. Ya lo sabe el Sr. Sagasta.

Calurosamente elogió el Sr. Salmerón las heroicidades del Sr. Villacampa, en medio de los rumores y apóstrofes de los diputados de la mayoría, á quienes el orador recordaba de nuevo que todos sus jefes han sido insurrectos. Mejor apología de la rebelión armada y de los motines no pudo hacerse.

Queda, pues, declarada pública y oficialmente la guerra á la monarquía. La minoría republicana se aprovecha de las tolerancias que se le otorgan en el seno de una legalidad mal interpretada para preparar más acertadamente la obra revolucionaria. La minoría republicana lo ha dicho por boca del catedrático de Metafísica de la Universidad Central: «La monarquía no descansa sobre el derecho, y legítimas son las apelaciones á la fuerza, siendo el ejército instrumento constante de todas las ambiciones políticas...» Así lo dice y así quizás lo siente el hombre que fué monárquico en 1868 y declaró faciosa la proclamación de la República hecha ilegalmente por unas Cortes ordinarias; el hombre que más tronó contra Ruiz

Zorrilla y hoy se somete más humildemente á su atrabiliaria dictadura. No era ciertamente este resultado el que nos prometía con su política el Sr. Sagasta.

No bastan ahora los magníficos arranques oratorios del señor Gamazo; no bastan las protestas enérgicas y viriles del ex-Ministro de Ultramar ni los patrióticos y gubernamentales argumentos del Sr. León y Castillo, para destruir el mal efecto de tantas y tales irreverencias en el ánimo de todos los que hemos visto que semejantes espectáculos fueron siempre imposibles durante los años que han trascurrido desde que la restauración vino con la elocuencia de los hechos á simbolizar la paz, la dicha y la libertad de todos, contra el estado permanente de guerra, de ruina y de opresión que imperaba.

Se asegura, y efectivamente así parece, que los Sres. Azcárate y Muro no están conformes con el Sr. Salmerón; pero el hecho es que han repetido que piensan como él y que sus aspiraciones y su conducta se informan é informarán siempre en un mismo criterio.

Bueno es consignarlo.

*
* *

Al mismo tiempo que la atmósfera parece condensarse tempestuosamente en el Congreso, tiene lugar una reunión de conservadores disidentes en el Teatro de la Comedia..., y la presencia en el escenario del Sr. Romero Robledo, seguido de los hombres públicos que apoyan su política, es saludada con una nutrida salva de aplausos.

Aquella reunión tiene por objeto dar una muestra de vitalidad de lo que solamente por excesiva modestia puede llamarse grupo político, según el mismo Sr. Romero Robledo, cuando pudiera llamarse ya partido fuerte y poderoso.

¿Cuál es el nuevo programa de aquella gran disidencia? El jefe de la naciente y heterodoxa iglesia nos lo dice. Declara que la situación del país es grave, y que su grupo, que no aspira al poder, prestará su concurso á todos los que defiendan la monarquía, y muy especialmente al General López Domínguez, de quien ha sido, es y será siempre amigo cariñoso y ad-

mirador entusiasta; condena el libre-cambio y el sufragio universal; condena el caciquismo, la acción opresora de los Ministros de la Gobernación, que privan de libertad á las corporaciones populares, y condena también la política de benevolencias.

¿No resultan bien claros y distintos los colores de la bandera que levantan los disidentes? Pues conste que en ella están además inscritos estos inmutables principios: 1.º Defensa de la monarquía. 2.º *Todo aquello que pueda constituir el bien de la patria.* 3.º Condenación del libre-cambio, y protección á la industria nacional y á los intereses materiales del país.

Verdad es que el segundo de tan peregrinos como novísimos principios bastaba; pero se dirá que tienen el deber las agrupaciones serias de hacer resaltar detalladamente aquellos extremos que los distinguen y separan de otras agrupaciones afines.

¿No resulta así el programa romerista un credo político *sui generis* y diferente del que mantienen los conservadores ortodoxos? A quien lo dude, puede contestarse, que toda lengua ó fórmula litúrgica improvisada ha de tener algo de cabalístico y misterioso.

Para terminar debidamente esta crónica, habríamos de cambiar de asunto y volver al Congreso, donde empiezan á oírse los primeros ecos, ecos como siempre solemnes del eminente Castelar, el viejo é incorregible cantor del eterno femenino y de las poéticas democracias. Pero sentimos que nos falte tiempo para ver en este instante aquel gesto olímpico y oír aquellas esculturales frases, algo reñidas hoy con la idolatría del naturalismo imperante.

Por otra parte, podemos adelantar á nuestros lectores que el nuevo y anunciado idilio del festejado viajero, que París nos devuelve, será, políticamente considerado, el más melodioso de los cantos del cisne.

A.



REVISTA EXTRANJERA



ZAROSA y amenazada sigue la vida política de las Cámaras francesas, compuestas de elementos heterogéneos, inconciliables y adversos á la formación de toda mayoría más ó menos disciplinada.

Derrotado el Gabinete que presidió Mr. Freycinet, y derrotado repetidamente con motivo de la triste situación de la Hacienda y de la presentación de unos presupuestos en que se exigían nuevos sacrificios, el Presidente de la República ha echado días y días para resolver una crisis en la que parece un verdadero acto de abnegación el resignarse á aceptar una cartera.

Fué encargado primero de la formación del Gabinete el Presidente de la Cámara, y tuvo que desistirse muy luego de esta idea por dificultades insuperables, nacidas principalmente de las perturbaciones que en la continuación de la política extranjera de Francia, significaba la subida del Sr. Floquet en los críticos momentos actuales.

Finalmente, y después de interminables idas y venidas, cálculos, combinaciones y conferencias, Mr. Grevy confió á Mr. Goblet, Ministro dimisionario, el encargo de formar un Gabinete. La crisis parece momentáneamente resuelta.

Bueno es consignar que la crisis sólo parece resuelta momentáneamente; porque el irascible abogado Mr. Goblet no parece el hombre destinado á calmar, ni siquiera momentáneamente, las pasiones concitadas. Apenas el nuevo Gabinete se ha constituido, y ya es objeto de las iras de la prensa radical, lo que hasta cierto punto se explica, sabiendo que Mr. Goblet se propone seguir la política de contempORIZACIONES que tenía por norte Mr. Freycinet. Por otra parte, ¿cómo no ha de ser combatido por los conservadores de todos matices el famoso autor de la ley escolar que de poco acá en Francia rige y conculca los más respetables y sagrados sentimientos é intereses? Añádase el singular fenómeno de que hasta la prensa oportunista se manifiesta descontenta con la inesperada solución de la crisis.

El Ministerio Goblet es, pues, el Ministerio anterior, el mismo que hace ocho días era derrotado, con otra etiqueta y sin el incontestable talento, sin la suavísima oratoria y bello carácter de Mr. Freycinet. Hasta Mr. Sarrién, el Ministro de Hacienda que motivó la última crisis, queda de Ministro de Justicia en la combinación de ahora.

Mr. Goblet no debe hacerse ilusiones respecto á su verdadera situación. Su poder será mucho más débil que el de su antecesor. Las concupiscencias de la mayoría no se satisfarán ni con actos individuales, ni con discursos llenos del mejor sentido político; las divisiones y las impaciencias que las suscitan continuarán en el pernicioso camino ya emprendido, y el obstruccionismo no dejará de volver á hacer imposible todo Gobierno. Lo que Mr. Jules Simón ha escrito, habrá de realizarse inevitablemente; la disolución de la Cámara se impondrá, porque ya hasta los radicales la desean, y no es Mr. Goblet el hombre caracterizado que la Francia necesita ante la eventualidad de unas elecciones, y mucho menos ante el peligro de cualquier conflicto.



Entretanto, Mr. Freycinet tributa explícitas alabanzas y calurosos elogios á Mr. Goblet y á la sabiduría de que ha dado muestra el Presidente de la República, Mr. Grevy.

Los periódicos conservadores se congratulan también del término de la crisis y de la combinación ministerial, porque atribuyendo al nuevo Ministerio una vida muy efímera, tal vez no más que la de algunas semanas, preveen en lontananza, y como resultado de los conflictos que sobrevengan, una concentración de fuerzas conservadoras, que inevitablemente hayan de conducir á otras soluciones más definitivas.

Muy difícil es por ahora ver claro en esos asuntos de Francia, cuyo hecho culminante é innegable es que la administración pública y los intereses más vitales del país caminan fatalmente de un mal á otro peor todavía.

*
* *

La llegada á Berlín del Príncipe Luitpoldo, Regente de Baviera, es comentada, quizás sin motivo, como un acontecimiento diplomático. El Príncipe Regente se presentó en la capital de Prusia acompañado de su cuarto civil y militar, del mayordomo mayor del palacio de Munich y del Ministro de Negocios extranjeros de aquella Monarquía, para dirigirse luego á Dresde, en donde será también por algunos días huésped del Rey de Sajonia.

Aunque se había supuesto que esta visita al Emperador de Alemania y al Rey de Sajonia no era más que un acto de amistad y cortesía, en ciertos círculos se le concede mayor importancia y trascendencia. Las opiniones concuerdan en que en estas visitas habrán de tratarse asuntos muy interesantes de la política interior del imperio, en relación con las coronas que son sus súbditas y aliadas, y esta hipótesis la robustece la consideración del actual estado político de Europa, la del proyecto de aumento del ejército alemán pedido por el Ministro de la Guerra al Reichstag y la de la inteligencia previa que

para el caso de tener que movilizar el ejército debe existir entre los diferentes Soberanos del Imperio.

El Príncipe Luitpoldo tuvo solemne recepción, á que concurrieron los diputados bávaros que asisten al Reichstag; habló individualmente á cada uno de ellos, y después á todos juntos, manifestando la esperanza de que contribuirían á que se aprobase sin dilación la ley propuesta sobre aumento del ejército, pues así lo reclamaban los intereses de la patria alemana y el del pueblo bávaro.»

Parécenos, sin embargo, que todos los tristes pronósticos de guerra y de próximos cambios en la disposición actual del mapa de Europa, obedecen en gran parte á las susceptibilidades y recelos suscitados de improviso por esa malhadada cuestión de Bulgaria que tanto ha llegado á complicarse á impulsos de la interesada cuanto astuta diplomacia de Londres.

*
*
*

Hay decidido empeño en desorientar á la prensa de Europa, y es imposible que brote por el momento luz alguna de esas complicaciones y contradicciones que cada día, al decir de los telegramas, se reproducen y aumentan.

Se habla, por ejemplo, de un nuevo candidato para el trono de Bulgaria, candidato serio, aceptable ante todas las influencias que en los Balkanes se disputan el predominio, y llega al día siguiente un periódico de Bucharest, diciéndonos que el mismo candidato, el Príncipe Manuel Vogorides, no ha hecho la menor gestión personal cerca de ningún Gabinete, ni enviado agente ninguno á Tirnova ni á Sofía, como varios periódicos han supuesto, para trabajar por su candidatura. El Príncipe Vogorides es un súbdito fidelísimo del Emperador de Rusia; sus convicciones están conocidas por la carta que en Febrero de este mismo año escribió al Sr. Karaveloff, y acerca de Bulgaria no profesa más opiniones sino las que pueden inspirarle «una plena confianza en los sentimientos

paternales del Czar hacia este Principado, á fin de proporcionarle aquel Gobierno estable, serio y patriótico que pueda garantizar su independencia.»

Se habla un día de la actual benevolencia de Rusia y de sus amistosas disposiciones respecto del agitador triunvirato de Sofía, y llega al día siguiente el texto de una comunicación oficial del Gobierno de San Petersburgo, que nos entera precisamente de lo contrario. «El Gobierno, dice la circular dirigida por el Ministerio de Negocios extranjeros á los representantes de Rusia, al retirar sus agentes de Bulgaria, no ha tenido la intención de romper los lazos que unen á dicho país con el Imperio. Ha querido mostrar que no reconoce la legalidad del estado actual de cosas, estado por el cual una débil minoría que se ha apoderado del poder se cree con derecho á dirigir la suerte de la nación búlgara con arreglo á sus miras personales, y á hacer de ese pueblo el instrumento de pasiones revolucionarias que ejercen una influencia perniciosa en la moralidad pública. El pueblo búlgaro se distingue por sus inclinaciones pacíficas y por su amor al trabajo. Estas cualidades constituyen una prenda de la prosperidad futura del pueblo búlgaro, y, gracias á ella, el bienestar de la Bulgaria había hecho ya grandes progresos cuando la revolución de Filipópolis lanzó súbitamente al país en una peligrosa aventura política que ha costado sacrificios enormes y absolutamente inútiles. El estado actual de cosas es la consecuencia inmediata de este trastorno. Si esa situación se mantiene, Bulgaria tendrá nuevos disgustos y vendrá á ser además el foco de tendencias anarquistas y de pasiones revolucionarias, que pondrán continuamente en peligro la paz del Oriente.»

Dicha comunicación advierte, además, que el Gobierno imperial, considerándose como obligado á velar por la conservación de la tranquilidad en Oriente, y colocándose siempre en el terreno de los tratados, tiene la intención de consagrar sus esfuerzos, como en lo pasado, á hacer cesar la dura presión á que está sometido el pueblo búlgaro, y á restablecer en Bulgaria un orden de cosas legal. Ese estado de cosas será una segura garantía de la prosperidad futura, y justificará los penosos sacrificios que Rusia ha hecho por el Principado. El

Gobierno imperial está lejos de obedecer al menor deseo egoísta, y tiene la intención de no adherirse á ninguna combinación que, presentándose bajo las exterioridades de la legalidad, no serviría más que para consolidar la situación anormal en que se halla actualmente la Bulgaria.

Así se afirma y desmiente todo.

Pero no han de ser permantes las nieblas, intencionalmente atrevidas y acumuladas para impedirnos ver todo lo que en Oriente pasa. Las dudas se han mantenido ya en demasía, y hora será en que se disipen.

*
* *

Todos los esfuerzos han sido inútiles para mantener en *statu quo* las relaciones de la metrópoli de Inglaterra con la desgraciada Irlanda. No es posible poner término á las irritantes cuestiones pendientes entre el Gobierno de Londres y la patria del intransigente grupo de diputados que acaudilla Parnell.

A los propósitos de una política de vigorosa represión, anunciados por Lord Salisbury, contesta implacable el partido del *Home rule* con la amenaza del obstruccionismo en el Parlamento. ¿Qué resultados dará la lucha una vez entablada?

Creemos, como el presidente conservador del actual Gabinete británico, que la cuestión de Irlanda tiene mucho más de agraria que de política. Es cierto que los irlandeses son de otra raza que los habitantes de la Gran Bretaña; pero no es precisamente la reivindicación de su autonomía, sino la opresión y miseria en que gimen, la que suele empujarlos con mayor energía á las desesperadas vías de la fuerza.

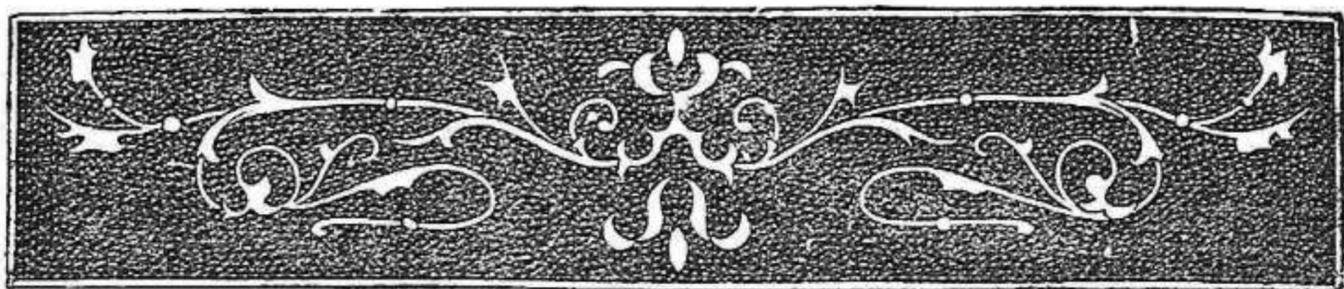
Haya, si se quiere, rigor extremado por parte de los Ministros en el cumplimiento de las leyes políticas, y recházese toda tendencia separatista. Es menos peligroso sin duda alguna que desconocer el derecho y las necesidades efectivas de los colonos. Y bien pudiera suceder que el remedio á los más

evidentes y agudos males sociales, si tal remedio tiene eficacia para proporcionar algún bienestar á las afligidas poblaciones, alcance mucha más fortuna que todos los proyectos de autonomía política que, sin respetar la unidad de la patria, se dió en discurrir el liberal Lord Gladstone en la última etapa de sus actos gubernamentales.

S.



MINISTERIO
DE CULTURA



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

Mis memorias íntimas, por el Teniente general D. FERNANDO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, Marqués de Mendigorria.—Tomo I.—Precio, 16 pesetas.

En condiciones desventajosas nos toca analizar la obra que anunciamos después del luminoso prólogo que la antecede, escrito por el Sr. D. José de Castro y Serrano, y el extenso y bien meditado Informe de la Real Academia española, puesto á continuación.

Lejos de nosotros la idea de alcanzar la perfección de cualquiera de entrambos juicios; muévenos sólo un deber de justicia hacia el distinguido militar que nos honraba con su amistad en sus últimos años, á quien conocimos en el sosiego de su estudio, siempre laborioso y activo, sin que las enfermedades consiguieran turbar su clara inteligencia, como los ries-

gos del campo de batalla jamás rindieron su entereza.

Allí, con efecto, oímos de sus labios palabras satisfactorias acerca de nuestro criterio en conocimientos especiales, y por entonces fué cuando se contaba entre los colaboradores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA, publicando en ella *La Expedición á Italia*, la *Biografía de Zumalacárregui* y otros trabajos importantes, que sólo su obra póstuma que á la vista tenemos, pudieran condenar al olvido.

Sobra de razón justifica nuestro deseo al emitir algunas breves consideraciones acerca de ella, pues si atrevimiento indica la empresa, mayor culpa fuera la indiferencia ante publicación de tamaño interés.

Comienza sus *Memorias* el señor Marqués de Mendigorria en 1809, año de su nacimiento en Buenos Aires, y cual protesta de no circular por

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al director de esta publicación.

sus venas sangre criolla, enumera con extensión su ilustre abolengo inmediato, emparentado de cerca con familias de nobilísimo solar y merecimiento en España.

El apellido de *Córdova* bastaría para demostrarlo; pero justo es detenerse algún tanto en decir de dónde viene, en quien se prepara á explicar al pormenor y con laudable franqueza los sucesos de su vida y la parte que su voluntad puso en desarrollarlos, ó bien dónde le llevó la ciega fortuna, quizá contra su propio convencimiento.

Hasta el año 1820 las *Memorias* ofrecen poco interés, en cuanto al estado político y social se refiere; pero desde la citada fecha son un cuadro magnífico de la segunda época constitucional, detallado y exacto, algo en demasía cargado de sombras, pero en conjunto estudio selecto de personajes y acontecimientos que sólo un testigo contemporáneo puede apreciar en su verdadera índole, según la opinión pública los apreció en su tiempo. Así lo ha demostrado el autor, con respecto al asesinato de D. Matías Vinuesa, más conocido por el cura de Tamajón; asimismo comentando los antecedentes, sucesos y consecuencias del célebre 7 de Julio de 1822, y así también la invasión francesa, tan aplaudida por unos como realizada con pasmosa facilidad para los invasores.

Pero esto es pálido y conocido, apesar de su novedad.

Uno de los períodos más originales del libro es el que abraza la década absolutista y la situación de la corte durante aquel espacio. En términos sencillos, sin hipérboles ni exageraciones, en pro ni en contra, pareciendo no apercibirse el escritor del

mérito de su narración, describe el estado social de Madrid por entonces, su vida íntima, relaciones mutuas de sus diversas clases, influencia de las personas reales en las costumbres públicas, sobre todo del carácter del Rey en la esfera de gobierno, reflejada en la manera con que éste trataba y consideraba á sus allegados, sin exceptuar á los Ministros, que parecían gozar valimiento indisputable.

Una de las muchas preciosas anécdotas que salpican y esclarecen la obra, bastará para demostrar algo de lo infinito que, á nuestro pesar, omitimos. Véase, pues.

«Era Calomarde hombre irascible, y su favor con el Monarca hacíale orgulloso y despótico, sin que le hubiera hecho contraer hábitos de cortesía y buenas formas el roce de la corte. Con estas circunstancias de su carácter, propasóse con mi hermano en los términos más inconvenientes, llegando á amenazarle con que le haría salir de Madrid atado codo con codo; el desatentado Ministro añadió algunas frases que no toleran nunca los caballeros. Ante tan dobles é inauditos insultos, mi hermano, que era de una naturaleza delicada, y no dispuesto á recibirlos sin castigarlos en el acto, dió á Calomarde un terrible bofetón, con tan forzada y nerviosa mano, que le hizo rodar sobre el canapé de su gabinete de despacho. El escándalo fué inmenso en la secretaría, porque de este acontecimiento sin igual en los anales ministeriales, se enteraron todos los oficiales y porteros.

»Conociendo mi hermano la gravedad inmensa de lo que acababa de hacer, quiso prevenir por sí propio al Rey, y subió á las regias habitaciones, en donde, y por conducto del Duque de Alagón, consiguió llegar en

el acto á presencia del Soberano. Enteróse S. M., al decir de los testigos, con satisfacción mal disimulada, del percance por que había pasado su primer Ministro, y dirigiendo al que había sido su defensor en la Cortadura y el 7 de Julio, una de aquellas penetrantes miradas que revelaban toda la profundidad de su alma, hubo de exclamar:

— » ¡Una bofetada á Calomardel... ¡Más tẽ valiera habérsela dado á mi hermano Carlos... ó al Arzobispo de Toledo!

» Inmediatamente dispuso que sin perder una hora saliera de Madrid, esperando sus órdenes y la contestación que debía llevar á Berlín en Victoria; y no habría llegado mi hermano á su casa, cuando el criado favorito del Rey venía de su parte y portador de 2.000 duros en onzas de oro para hacer el viaje y otros tantos cigarros de regalia.»

Este era el Rey de quien decían muchos que *era del último que llegaba*, suponiéndole falto de iniciativa. Error manifiesto. Amañero y ladino pudo ser quizá, también indiferente á los acontecimientos cuando á él no podían perjudicarle; mas consideró siempre como su mayor enemigo á quien trataba de coartar su voluntad en cualquier concepto que fuese.

Pudiéramos aducir infinitas pruebas en confirmación de lo dicho; pero no es ocasión. La historia de Fernando VII aún no se ha escrito con espíritu imparcial y filosófico. Muchos han tratado diferentes de sus interesantes períodos sin que la saña ni el fanatismo les cegase, y uno de ellos ha sido el Sr. Marqués de Mendigorria; su larga vida, sus relaciones en la corte y su claro entendimiento, le hubieran puesto en condiciones de

arrostrar dificultades, de calificar en toda su extensión sucesos tan diversamente apreciados; pero asuntos más de cerca le distrajeron de hacerlo. Lástima fué para la verdad y la enseñanza histórica.

Cierto es cuanto del estado brillante de la sociedad de aquel tiempo se dice en las *Memorias*; las fiestas y saraos, y hasta las reuniones de confianza en que se deslizaba el tiempo, todas revestían un carácter de buen tono y franqueza en el trato, que han desaparecido, quizá por habernos hecho más ricos ó más derrochadores, más sabios ó más asiduos á los círculos ó las tertulias de café; pero sea la causa cualquiera, es lo cierto que con respecto á diversión galante y caballeresca, hay que relegar aquel tiempo á las tradiciones de otra edad apenas comprendidas por los que han tenido la desgracia de no conocerlas.

Leyendo las *Memorias* se conocen los personajes de más significación por su elegancia, buen decir, chistosas ocurrencias ó temprano talento (con tan perfecta pluma están retratados), muchos de ellos célebres después en letras y armas ó elevados cargos gubernamentales.

La estancia y peregrinaciones del Infante D. Carlos y su familia en Portugal, suministran asimismo apuntes curiosísimos para la historia de la sublevación carlista, igualmente que las relaciones diplomáticas entre el Pretendiente y D. Luis de Córdova, Embajador del Gobierno español en Lisboa.

Con discreta oportunidad, siempre con galano discurrir, ameniza el autor aquellas negociaciones, en que si bien tan joven tuvo intervención, por sucesos á él acaecidos, que nunca olvidará el que leyere, por más que los

que la guerra trajo consigo despierten luego otras ideas, siempre amenizadas con anécdotas singulares por sí mismas, tanto como por relacionarse con sujetos y acontecimientos de la mayor importancia y consecuencia.

Nos llevaría el deseo muy lejos si á tratar fuéramos lo que á operaciones militares concierne, especialmente desde que D. Luis de Córdova tomó el mando del ejército del Norte; pero como todo ello había de coincidir con lo escrito en las *Memorias*, inútil fuera otra cosa que no sea aprobar el juicio que en el libro se hace, señalarlas como ejemplo de sabias combinaciones en campañas de igual especie, que dieron por resultado la batalla de Medigorria, que estableció la superioridad del ejército liberal sobre los sublevados, después de larga serie de contratiempos desastrosos, y el táctico y nunca bien ponderado sistema de líneas, que estrechando al enemigo en su territorio, comenzó á sembrar en él la discordia y penuria, completadas con el atrevido y estratégico movimiento sobre las cordilleras de Arlabán.

Todo esto sucedía cuando los pronunciamientos emancipaban las provincias del Gobierno central, cuando cada ciudad, cada pueblo se declaraba independiente, con su junta suprema y aspiraciones contradictorias, de acuerdo únicamente en resistir á la autoridad única, imposibilitada, no sólo de reforzar el ejército, sino de atender á sus necesidades, cada día más apremiantes.

Las *Memorias* explican de qué manera se salvó la patria (nunca dicho con mayor razón) de aquella catástrofe inminente, la parte que en su salvación cupo al General Córdova, sin negar á otros personajes la parte me-

recida en tan heroico resultado, y por fin, si, como es de suponer, el resto de la obra corresponde al mérito del primer tomo, el Sr. Marqués de Medigorria habrá dejado un monumento histórico, tanto más cuanto España carece de otros iguales en que tan gráficamente se pinten las épocas, no los hechos, que éstos sabidos son, sino las causas, pequeñas unas veces, elaboradas lentamente de antemano las más, y en raras ocasiones debidas al capricho de los gobernantes ó gobernados, que por lo regular son instrumentos ciegos, de consecuencias ineludibles, apesar de que ellos se atribuyan el privilegio del éxito.

Ponderar la esmerada impresión del tomo, excusado es, sabiendo está hecha en el establecimiento tipográfico de los sucesores de Rivadeneyra. Los muchos retratos que, no sólo adornan el libro, sino que ilustran la lectura, son copias de originales auténticos, perfectamente grabados, así como otras muchas viñetas intercaladas en el texto y al comienzo y final de los capítulos. Los tipos son claros y elegantes, luciendo más sobre el buen papel satinado.

D. CH.

* *

La Physiologie de l'Amour, par P. Mantegazza, professeur d'Anthropologie et Sénateur du Royaume d'Italie.—Paris, 1886. F. Fetscherin et Chuit, éditeurs — Un tomo en 8.^o de 393 páginas.

Aun cuando pudiera creerse por el título que esta obra pertenece al número de las que excitan las pasiones por su carácter pornográfico, hemos tenido la satisfacción de ver que su

autor, el ilustre catedrático de Antropología, Mantegazza, sabe bordear los escollos del tema, y nos presenta un estudio de fisiología, vestido con los encantos del lenguaje poético.

Separándose de los célebres escritores Michelet y Balzac, que han tratado el mismo asunto en *La mujer* y en la *Fisiología del matrimonio*, ha compuesto Mantegazza un libro en que celebra entusiasmado los encantos de la naturaleza; pinta el amor de todos los seres, desde la planta más humilde hasta el hombre; describe de hermosa manera cómo sienten el amor los vegetales y toda suerte de animales, y se detiene en el hombre, cuyas pasiones amorosas le inspiran pensamientos profundos gallardamente expresados.

El Sr. Mantegazza no ha querido ir examinando como naturalista las fibras que se ponen en vibración al sentirse el hombre conmovido por el amor; prefiere tratar el asunto desde los puntos de vista psicológico y social, dejando á un lado, con muy buen acuerdo, las anomalías del amor que caen dentro de la patología. Está la obra esmeradamente traducida de la cuarta edición italiana y muy bien impresa, como acostumbra hacerlo los editores Fetscherin y Chuit; se lee con interés creciente, y tan sólo podría señalarse como ligero lunar el exceso de crudeza con que Mantegazza expone algunos de sus aforismos finales.

Creemos que aprovechará grandemente el tiempo quien lea *La Physiologie de l'Amour*, porque es libro que enseña y distrae, hace meditar y causa honesto deleite.

A.

*
*
*

El Figaro Illustré, número excepcional de Navidad.—Precio, 3,50 francos.

Esta preciosa publicación, que recomendamos á los aficionados á lo bello, supera á los números de los años anteriores. El hermoso papel, la pureza de los caracteres tipográficos, la correcta impresión á dos tintas, sus excelentes grabados y láminas en colores, que muchas personas colgarán de las paredes dentro de un marco, pues se lo merecen, todo concurre á formar una interesante obra de arte. Un examen rápido de las partes literaria y artística, dirá más que una larga serie de elogios. Abre la marcha una novela corta de Ludovico Halévy (*Un tour de valse*), en la que hallamos la gracia á que el festivo autor nos tiene acostumbrados, y un soberbio grabado de Doucet. Dos páginas en color, *Après le reveillon*, de Delart, y *En Catterie*, escena admirable de Eduardo Détaillé. Pierre Loti ha escrito una sentida novelita: *La Chanson des vieux époux*, y la saladísima *Etincelle*, unos retratos de *La Parisiën* para los que Flameng ha pintado tres acuarelas fresquísimas. Carán d' Ache (que en ruso significa lápiz) ha dibujado una *Vision antique* de lo más cómico, y en frente vemos impresa en rojo sobre fondo gris, una poesía de Juan Aicarol: *l'Evangail*. Es de tono muy lindo el cuadro de Gilbert: *Convoitise*, que representa á un niño mirando con fruición unos cestos llenos de fruta, y la doble página de Kaemmerer, *Manou Lescaut*, posee la sencilla poesía de lo vívido. El *Cadeau de Noel* de Beaumont, que es otra página en color (y van siete), gustará especialmente á las señoras. Una novelita de Gille, *Camille Prélad*, ilustrada por Courboin con

característicos y magistrales dibujos termina la parte literaria, y cierran el número dos piezas de música, *La nieve*, vals de Métra, con orla de Goguet, y una polka de Faurbach, *Ellen*, que serán las preferidas en los bailes de este invierno. Como se ve, posee el número excepcional del FÍGARO ILLUSTRÉ cuantos atractivos se pueden pedir, y sólo por el número prodigioso de ejemplares que pone en venta, se explica que dé tantas cosas bellas por el precio que una sola cromolitografía vendrá á costar. Nuestras felicitaciones á los organizadores y artistas de esta joya que todo salón elegante verá en su mesa central, y que los aficionados guardarán en las carteras de sus bibliotecas.

L. G. R.

* * *

Le Theatre espagnol contemporain, por D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO, *traduit avec autorisation de l'auteur, par J. G. MAGNABAL, Agrégé de l'Université, Membre correspondant de l'Académie Royale Espagnole, de l'Académie Royale d'Histoire de Madrid et de l'Académie Royale des Belles Lettres de Séville.*—*Paris, E. Leroux, 1886.*—*Volumen de LIV-186 pág. in 18.*

Precioso por más de un concepto es el libro debido á la elegante pluma del Sr. Magnabal, autor tan reputado por su sana crítica como por su competencia y sus decididas aficiones á las letras españolas. Se ha propuesto dar á conocer en el extranjero el juicio formado por el Sr. Cánovas del Castillo acerca del teatro español contemporáneo, y ha sabido dar al mismo tiempo la más alta idea de la lujosa obra que con tan buen acuer-

do y notable patriotismo han editado los ilustrados marinos Sres. D. Pedro González Valdés y D. Pedro Novo y Colson, obra que resulta ser un verdadero monumento elevado á la literatura nacional y que, teniendo por valioso prólogo la sabia disertación del Sr. Cánovas, puede además contar ahora, como digno remate, con el trabajo sintético del Sr. Magnabal, ilustre correspondiente extranjero de nuestras Reales Academias de la Lengua, de la Historia y de Bellas Artes.

No es el libro del Sr. Magnabal una mera versión, discreta y elegantemente ordenada. El traductor francés ha sabido seguir también paso á paso al crítico español, haciendo resaltar sus capitales conceptos, mediante reflexiones propias, oportunísimas y rigurosamente exactas y originales. «Si no me engaño—dice, por ejemplo, el Sr. Magnabal,—la idea que preocupa en primer término al Sr. Cánovas, la idea que más vivamente le atrae é impresiona, es el concentrado esfuerzo de Lope de Vega para constituir una nueva escuela nacional dramática, escuela que rompa definitivamente con el pasado y asegure su largo porvenir, identificándose con los sentimientos del pueblo español. Para el Sr. Cánovas, Lope de Vega es, por decirlo así, la resultante espontánea de todo lo que le precede, el punto de apoyo y de partida de todo lo que ha de seguir, fundiéndose en el crisol de la inteligencia del gran dramaturgo todos los elementos del futuro teatro nacional. Esta idea dominante es la que da luz á todas las partes del magnífico cuadro literario que se desarrolla con el encanto de un estilo incomparable, una seductora sencillez de expresión, una belleza de forma,

y con las altas dotes de una crítica tan erudita y profunda, tan observadora y variada, que no puede menos de revelar al gran hombre de Estado y al literato eminente.» Es cierto. El espíritu de aquella reforma dramática simultáneamente realizada por Lope en España, y por Shakespeare en Inglaterra; el espíritu implantado por el genio de nuestro gran poeta, resumen de todas las tendencias espiritualistas y cristianas de la Edad Media, á la par que legado feliz de todas las aspiraciones eminentemente caballerescas encarnadas en el carácter nacional, es el que informa todavía las obras maestras de nuestro teatro contemporáneo, es el que palpita en el fondo del alma de nuestros autores, sean cuales fueren las influencias de tiempos y países que se hayan sentido. El Sr. Cánovas discurre y prueba de una manera elocuente, y el señor Magnabal juzga é interpreta con verdadero cariño y absoluta justicia.»

Difícil era el trabajo de síntesis que se propuso el Sr. Magnabal, al través de las opiniones ya formadas y de los opuestos ideales de escuela; pero ha sabido realizarlo de una manera admirable, relacionando los conceptos más sobresalientes del Sr. Cánovas con los datos dramáticos y

hasta con las consideraciones y preceptos emitidos por los críticos que han escrito las biografías de nuestros grandes poetas de la escena.

El cuadro es completo. No solamente da á conocer el traductor de una manera muy cabal el importante trabajo del Sr. Cánovas del Castillo, sino que presenta á los lectores un análisis rápido, pero completo, de esas biografías puestas al frente de las obras editadas por los Sres. González Valdés y de Novo y Colson, exponiendo magistralmente las consecuencias que de los datos biográficos se deducen. Sentimos no poder extendernos más en esta reseña.

El Sr. Magnabal, que así nos conoce y aprecia; el Sr. Magnabal, que así sabe vencer preocupaciones y con privilegiada inteligencia nos hace justicia en el mundo de las letras, merece un caluroso tributo de gratitud de los que fuimos tachados de orgullosos, y sabemos aunar en efecto el orgullo de nuestra raza, el noble orgullo por nuestras glorias, con la admiración y el cariño que nos inspiran siempre los actos del desinterés y las inteligencias benévolas y elevadas de que fué siempre pródiga la nación francesa.

C. S.

MADRID, 1886.—IMPRESA DE MANUEL G. HERNÁNDEZ,

Libertad, 16 duplicado

PIANOS BLONDEL



Paris, 53, rue de l'Echiquier, Paris
 Y EN LAS PRINCIPALES CASAS
 de ESPAÑA y AMERICA
 MEDALLAS de Oro y de Plata
 FABRICACION ESPECIAL •
 Planos de Estudio y de Laje

EAU FERRUGINEUSE DE

RENLAIGUE

(PUY-DE-DOME)

ANÉMIE-CHLOROSE-DYSPEPSIE

DIGESTIONALES

VINO

BI-DIGESTIVO DE

CHASSAING

PREPARADO CON

PEPSINA Y DIASTASIS

Agentes naturales é indispensables de la

DIGESTION

12 años de éxito

contra las

DIGESTIONES DIFICILES O INCOMPLETAS

MALES DEL ESTOMAGO,

DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,

PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS

ENFLAQUECIMIENTO, CONSUNCION,

CONVALENCIAS LENTAS,

VOMITOS...

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.

En provincia, en las principales boticas.

EXPOSICION UNIVERSAL

DE

BARCELONA

Setiembre, 1887. — Abril, 1888

ÉTABLISSEMENT DE SAINT-GALMIER (Loire)

CACHET
VERT

SOURCE BADOIT

MÉDAILLE
D'OR

EAU DE TABLE SANS RIVALE

La seule de toutes les Eaux minérales de table qui ait obtenu une Récompense à l'Exposit. univ. de 1878

La seule aussi qui ait obtenu une médaille d'Or à l'Exposition de Francfort-s-le-Mein en 1881

Diplôme d'honneur à l'Exposition de Bordeaux 1882

La consommation de cette Eau a pris des proportions considérables. C'est par millions de bouteilles qu'elle est aujourd'hui expédiée. Aussi quand un docteur distingué écrivait : « Cette Eau fera le tour du monde » il disait vrai. Cette progression est due à sa saveur, soit pure, soit mélangée au vin, à sa limpidité inaltérable, enfin à toutes ses propriétés hygiéniques, apéritives et digestives, constatées par les travaux scientifiques des Docteurs O. Henry, Durand-Fardel, Ladeveze, Gensoul, Petrequin, etc.

VENTE PAR AN:
10 millions de bouteilles

Exiger la Signature :

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

SOCIEDAD AMERICANA DE SEGUROS DE VIDA

120 BROADWAY.—NEW-YORK

Capital de garantía..... 342.274.948 pesetas.
Sobrante (evaluación al 4 por 100). 71.390.331 »

Esta Sociedad es la única que emite pólizas indisputables pagaderas á la presentación.
Los que solicitan seguros en ella no necesitan esperar la resolución de New-York.
Su Comité ejecutivo para España y Portugal está autorizado para emitir pólizas y pagarlas en Madrid.



El sobrante de esta Sociedad, al 4 1/2 por 100, tipo legal del Estado de New-York, asciende á 90.100.946 pesetas, y calculado á cualquier tipo de evaluación, es mayor que el de cualquier Compañía del mundo.

DIRECCIÓN GENERAL PARA ESPAÑA Y PORTUGAL.

Y

SUCURSAL DE ESPAÑA

MADRID.—SEVILLA, 16, PRINCIPAL

(Se dan informes y prospectos.)